

Bailando con el destino



EMILY HEART

Bailando ^{con} el destino

EMILY HEART



Primera edición.

Bailando con el destino.

© 2024, Emily Heart.

© Montaje y diseño de portada: Nuria M. Alvarez

© Maquetación: Nuria M. Alvarez

© Imágenes de portada: Freepik

ISBN: 9798334592049

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Prólogo

Junio, 2018. Miravet.

Me muevo al ritmo de la música dejándome llevar por los acordes. Bailo sin preocuparme por nada, a pesar de que la profesora y toda la clase me observan con atención. Improvisar no me supone ningún problema, al contrario, la música me envuelve por completo y en estos momentos solo existimos ella y yo. Giro, me deslizo, salto, y mis pies parecen volar sobre el suelo pulido del estudio. Siento la libertad en cada movimiento, una conexión pura con cada nota.

La melodía llega a su fin. Respiro profundamente, con el corazón acelerado, y me detengo en la pose final en un segundo de silencio que parece eterno, hasta que mis compañeros estallan en un gran aplauso mientras me miran con admiración. La profesora se acerca con una sonrisa en los labios.

—Leah, ha sido increíble —dice, con orgullo en la mirada—. Tienes un talento natural para la danza, y eso es algo que no se puede enseñar.

Siento que mis mejillas se ruborizan y sonrío agradecida.

—Gracias, Carla.

Ella asiente, pensativa.

—Creo que deberías perfeccionar esa coreografía para el examen de acceso al conservatorio. Con un poco de trabajo, estoy segura de que impresionarás a los jueces.

Sonrío, emocionada por sus palabras. Llevo preparándome para entrar en el mejor conservatorio de Madrid desde que tengo memoria, y ya solo quedan unos pocos meses para tener la posibilidad de hacer mi sueño realidad.

Aunque mis padres no llevan demasiado bien que me quiera mudar a 500km de casa, mi madre siempre ha creído en mí y me ha apoyado en cada paso del camino. Sin embargo, para mi padre, la danza es solo un hobby. No cree que pueda dedicarme a ello profesionalmente, pero eso solo me da más fuerzas para demostrarle que se equivoca.

Carla me da una palmadita en el hombro y me dedica una última sonrisa antes de volver su atención al resto de la clase. Mis compañeros empiezan a practicar sus propias rutinas, pero yo me quedo unos segundos pensativa. La música sigue resonando en mi mente, y ya puedo imaginarme cómo mejorar cada paso. Estoy decidida a dar lo mejor de mí y conseguir que todo el mundo se sienta orgulloso.

Mientras recojo mis cosas no puedo evitar pensar en lo que me espera. Los meses de preparación que quedan serán intensos, pero estoy más que preparada. Cada día es una oportunidad para mejorar y demostrar, no solo a los jueces del conservatorio, sino también a mi padre, que la danza es mi verdadera pasión y mi futuro.

Salgo del estudio con una mezcla de nervios y emoción. Sé que el camino no será fácil, pero estoy dispuesta a enfrentar cualquier desafío. La danza contemporánea es mi vida, y nada ni nadie me apartará de mi sueño.

Tras unos minutos caminando, llego al restaurante y me encuentro con mis abuelos sentados en la terraza, rodeados de amigos y vecinos. La atmósfera está llena de risas y complicidad. Es el encanto de formar parte de un pueblo pequeño en el que todo el mundo se conoce.

Mis abuelos abrieron el restaurante cuando eran jóvenes, y se ha convertido en un verdadero

legado familiar. Mi padre es el cocinero más famoso del pueblo, conocido por sus platos exquisitos que atraen a lugareños y turistas por igual. Mi madre es su fiel ayudante en la cocina, además de ejercer de camarera con una gracia y amabilidad que conquistan a todos los clientes.

El restaurante es mucho más que un simple lugar para comer; es un punto de encuentro donde se reúne todo el pueblo para compartir historias, celebraciones y momentos especiales. Casi todos los turistas que visitan Miravet hacen una parada aquí para disfrutar de la auténtica cocina local y experimentar la calidez de nuestra hospitalidad.

Al ver a mis abuelos rodeados de seres queridos, no puedo evitar sonreír. Este lugar es el corazón de nuestra familia y de nuestra comunidad, y me siento afortunada de formar parte de él. Con un suspiro de satisfacción, me acerco para saludar a todos, intercambiando abrazos y sonrisas mientras me abro paso entre las mesas.

—¿Qué tal, abuelo? —pregunto con dulzura mientras lo beso en las mejillas—. ¿Cómo ha ido el día?

—¡Hola, cariño! —responde él, con una sonrisa arrugada—. Estupendamente, ¡como siempre!

—¡Leah! —exclama mi abuela, con un brillo travieso en los ojos—. Ven, siéntate con nosotros un rato. Estamos recordando aquella vez que...

Me acomodo en una silla junto a ellos y escucho con atención mientras rememoran anécdotas del pasado. Las risas se mezclan con las historias, y por un momento me siento transportada a otra época, cuando todo era más simple y las preocupaciones se disipaban con la compañía de amigos y familiares.

Adoro pasar tiempo con mis abuelos, pero todavía tengo que ayudar a mis padres y estudiar para los exámenes finales del instituto, así que pronto me despido de ellos con un fuerte abrazo y me dirijo hacia la entrada del servicio. Sin embargo, me topo con Álex bloqueando la puerta, besándose con su ligue de turno.

—¿En serio, Álex? —digo con exasperación—. ¿Podrías apartarte un momento? Necesito pasar.

Él se separa de su amiga con una sonrisa burlona.

—Hola, Leah. Tú tan impaciente como siempre. ¿Puedes esperar un minuto? Estoy algo ocupado...

Pongo los ojos en blanco y me abro paso entre ellos para entrar en el restaurante. El olor familiar de la comida de mi padre y el murmullo de las conversaciones llenan mis sentidos. Mis padres, trabajando en perfecta armonía, saludan con una sonrisa cuando me ven entrar. Les devuelvo la sonrisa y al dar media vuelta me encuentro con mi hermano, Izan, quien me pregunta cuándo pienso ponerme a trabajar y me lanza un delantal. Resoplo mientras dejo mis cosas y me preparo.

—Ya voy, ya voy —murmuro, atándome el delantal alrededor de la cintura—. ¿Alguna novedad?

Izan sacude la cabeza mientras recoge algunos platos vacíos.

—Nada fuera de lo normal.

Me encojo de hombros y me uno a él, ayudándolo a limpiar y organizar las mesas.

Álex es el mejor amigo de toda la vida de Izan, y ambos ayudan como camareros en el restaurante los fines de semana y en vacaciones, cuando no tienen que ir a la universidad. Su sueño es montar una casa rural en el pueblo y ofrecer rutas turísticas, y por ello están estudiando turismo en Barcelona.

Mi relación con ellos es algo complicada. Álex y yo siempre hemos chocado. Nuestras personalidades son como el agua y el aceite, y cada interacción parece terminar en una pelea o en

intercambios de miradas llenas de desdén. Izan es el mediador, intenta mantener la paz entre nosotros, pero a veces ni siquiera él puede evitar que las cosas se salgan de control.

Sin embargo, a pesar de nuestras diferencias, no puedo evitar admirar la dedicación y el espíritu emprendedor de Álex. Su pasión por su proyecto es contagiosa, y sé que tiene lo necesario para lograr grandes cosas en la vida.

Izan, por otro lado, es el pegamento que nos mantiene unidos. Su naturaleza compasiva y su habilidad para encontrar soluciones a los problemas son admirables. En el fondo, los admiro y sé que conseguirán todo lo que se propongan, aunque ellos nunca lo van a saber.

Después del servicio, nos sentamos a cenar en familia. Mi padre nos cuenta emocionado sus ideas para crear nuevos platos, y todos compartimos su entusiasmo. Me dejo llevar por la emoción y decido compartir con ellos las nuevas noticias.

—Yo también quiero decir algo —comento, intentando contenerme—. Carla ha dicho que mi nueva coreografía es increíble, ¡que podría impresionar a los jueces del conservatorio!

Mi padre, con el ceño fruncido, deja de cortar las verduras y me mira con seriedad.

—¿Otra vez con eso, Leah? Ya te he dicho que la danza es solo un pasatiempo. Tu sitio está aquí, en el restaurante, con nosotros.

La frustración burbujea en mi interior y mis palabras salen con más fuerza de lo que pretendía.

—¡Pero papá, es lo que quiero hacer! No puedo ignorar mi pasión. Quiero seguir mi sueño, entrar en el conservatorio y convertirme en bailarina profesional.

Mi madre interviene, intentando calmar los ánimos.

—Por favor, cariño, no seas tan duro con Leah. Necesita que la apoyemos.

Mi padre suspira, pero su expresión no se suaviza. Tras unos segundos sumergido en sus propios pensamientos, me mira fijamente a los ojos.

—Tienes dieciséis años. Harás lo que yo diga, y punto —dice tajante, antes de levantarse para volver a la cocina a limpiar.

Izan me dedica una mirada de pena, y Álex apenas puede contener una sonrisa de satisfacción. Me siento frustrada y cabreada, y estoy a punto de gritarle cuatro cosas, pero antes de poder decir algo más, mi madre me toca suavemente la mano y me mira con comprensión.

—No te preocupes, cielo. Hablaré con tu padre. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Aunque la tensión sigue en el ambiente, me siento reconfortada por su apoyo. Sé que lucharé por mí y hará todo lo posible para que mi padre lo comprenda. Por ahora, me aferraré a la esperanza de que algún día él también vea mi sueño como algo más que una simple “tontería”.

Abril, 2022. Madrid.

Me encuentro en el metro, y mis nervios están a flor de piel. Después de un par de años participando en espectáculos y producciones organizadas por el conservatorio, por fin tengo la oportunidad de participar en la audición para nada más y nada menos que el musical de *El Rey León*.

Las luces parpadeantes del túnel se deslizan por las ventanas mientras el tren avanza con su suave traqueteo. El bullicio de la gente que entra y sale, el sonido de las conversaciones que se entrecruzan y el murmullo constante de la ciudad me envuelven, pero mi mente está en otra parte.

Repaso mentalmente cada paso de la coreografía una y otra vez, sintiendo el latido acelerado de mi corazón. Este casting es la oportunidad que he estado esperando desde hace años, la posibilidad de formar parte de un espectáculo icónico.

A medida que el metro se para en cada estación, siento que el tiempo se estira y se encoge al mismo tiempo. Cada parada me lleva un paso más cerca de mi destino, pero también significa que queda menos para enfrentarme al jurado. Me concentro en controlar mi respiración, intentando calmar los nervios que amenazan con abrumarme.

Finalmente, llegamos a mi parada. Me levanto y ajusto el bolso sobre mi hombro antes de empezar a caminar. La estación rebosa de gente, con cada persona perdida en su propio mundo, pero para mí, el objetivo está claro: llegar al casting y dar lo mejor de mí misma.

Cuando salgo a la calle, el sol brilla en el cielo azul y el aire fresco de la mañana me da un impulso de energía. Me encamino hacia el casting con paso decidido.

Al llegar, me uno a la fila de aspirantes. Nos miramos unos a otros con una mezcla de nerviosismo y camaradería, compartiendo el mismo sueño de brillar en el escenario.

Al fin llega mi turno. Entro en la sala de audiciones con el corazón latiendo a mil por hora y las manos temblando. El director de casting me mira con atención mientras me preparo para empezar. Con seguridad, me sumerjo en la música y dejo que mi cuerpo se mueva al ritmo de la coreografía que he preparado con tanto esmero. Cada movimiento es una expresión de mi pasión y mi dedicación a la danza, y me entrego por completo al momento.

Al terminar, espero conteniendo el aliento mientras el director me observa en silencio. Por unos instantes, el ambiente se carga de expectación, pero después su rostro se ilumina con una sonrisa.

—¡Impecable, Leah! —exclama—. Has hecho un trabajo excepcional. Estoy encantados de informarte de que el papel es tuyo. Es un placer tenerte como parte del casting para *El Rey León*.

La emoción me embarga y una oleada de alegría recorre todo mi cuerpo. Por fin, mi sueño está a punto de hacerse realidad. Le agradezco sus palabras con una sonrisa sincera y salgo de la sala de audiciones con una sensación de ligereza en el pecho, como si pudiera volar en lugar de caminar.

Recojo mi bolso de la taquilla y saco el teléfono móvil. Marco el número de Beca, mi única y mejor amiga en Madrid. Necesito compartir la noticia con ella.

—¡Hola, Beca! —digo, sin poder contener mi emoción—. ¡Ha sido increíble! ¡El casting ha

sido todo un éxito!

Beca grita de emoción al otro lado de la línea, y puedo imaginar su rostro iluminado por una sonrisa tan grande como la mía.

—¡Lo sabía! Eres un prodigio, amiga. ¡Estoy tan feliz por ti! Tenemos que salir a celebrarlo. ¿Te paso a buscar por la residencia después de cenar?

—¡Sí, por supuesto! ¡Va a ser una noche increíble! Nos vemos más tarde.

Con el corazón palpitando de alegría, guardo el teléfono y me encamino hacia mi parada de metro.

Apenas he podido cenar nada con tantas emociones revoloteando en mi interior. Después de darme una ducha rápida para refrescarme, me dirijo hacia mi armario en busca del atuendo perfecto para esta noche. Mi mano se desliza entre las telas hasta encontrarlo: mi vestido ajustado de encaje azul eléctrico. Un vestido corto que realza mis curvas y siempre me hace sentir segura.

Con cuidado, deslizo el vestido sobre mi cuerpo, sintiendo cómo se ajusta perfectamente a mi cuerpo. Después, escojo unos zapatos de tacón alto negros que complementan a la perfección con el vestido. Son elegantes y sofisticados, y me dan un poco más de altura, lo que siempre viene bien.

Abro el joyero y escojo las joyas que me regaló mi madre en mi último cumpleaños. Un par de pendientes pequeños y delicados, un collar con un colgante sencillo y un par de pulseras finas.

Una vez vestida, me siento frente al espejo y empiezo a maquillarme. Opto por tonos azules y plateados para combinar con el vestido, definiendo mis ojos con un ahumado suave y resaltando mis labios con un tono *nude* con algo de brillo. Después, defino las ondas de mi pelo, asegurándome de que cada mechón esté en su lugar.

Cuando estoy lista, me observo en el espejo y una sonrisa satisfecha se curva en mis labios. Me siento poderosa, confiada y lista para enfrentar lo que sea que la noche tenga reservado para mí. Con un último vistazo, recojo mi bolso *clutch* y salgo de la habitación.

Pocos minutos después, Beca aparece con su Mini Cooper rojo en la puerta de la residencia y baja la ventanilla.

—¡Leah! ¡Sube, vamos a comernos la noche! —exclama, con una amplia sonrisa.

Una risa nerviosa escapa de mis labios mientras asiento emocionada. Me apresuro a abrir la puerta del copiloto y me deslizo en el asiento con agilidad, sintiendo la emoción en mi interior mientras me acomodo en el asiento.

—¡Lista para la fiesta! —digo con una sonrisa brillante.

Beca me devuelve la sonrisa y empieza a conducir por las calles de Madrid, dando inicio a una noche que promete ser inolvidable.

El Mini Cooper se desliza por las calles iluminadas de Madrid, atravesando la bulliciosa vida nocturna de la ciudad. La emoción en el aire es palpable mientras nos acercamos a nuestro destino: la famosa discoteca *Kapital*.

Tras dejar el coche en el aparcamiento, entramos en la discoteca, sumergiéndonos en la atmósfera vibrante y llena de energía. Nos dirigimos hacia la pista de baile, donde la música retumba en nuestros oídos y la multitud se mueve al ritmo frenético.

—¡El ambiente es genial! —exclama Beca, emocionada.

—¡Sí, es increíble! —respondo, sonriendo mientras buscamos un lugar para bailar.

Nos dejamos llevar por la música y empezamos a bailar, disfrutando de la noche y la compañía mutua. Luego nos dirigimos a la barra, Beca pide un agua mientras yo opto por un

cóctel exótico que me promete una explosión de sabores.

—¿Quieres bailar conmigo? —me pregunta Beca, extendiéndome la mano.

—¡Por supuesto! —respondo, tomando su mano y uniéndome a ella de nuevo en la pista de baile.

Mientras nos divertimos, notamos que unos chicos bastante guapos nos observan desde el otro lado de la pista. Nos sonríen y se acercan a nosotras con una confianza contagiosa.

—Hola chicas, ¿os importa si nos unimos a vosotras? —pregunta uno de los chicos con una sonrisa encantadora.

—¡Claro, adelante! —responde Beca.

—Soy Hugo —el chico se presenta dándole un beso en la mejilla—. Este es mi amigo Daniel —señala al chico que va con él.

—Yo Rebeca —ella sonríe sin apartar la mirada de la suya—, pero puedes llamarme Beca.

La tensión sexual entre ellos se nota en el ambiente, y parece que no ven nada más a su alrededor, así que me acerco a Daniel con complicidad y me presento.

—Yo soy Leah —lo miro a los ojos—. Encantada.

—Igualmente, Leah —él me responde con una sonrisa perfecta—. Un nombre precioso.

—Vaya, ¡muchas gracias! —le devuelvo la sonrisa sin dejar de bailar.

Charlamos con ellos y compartimos algunas risas en medio del bullicio de la discoteca.

—¿Os gustaría tomar algo? —pregunta Hugo, ofreciéndose a invitarnos a unas copas.

—¡Claro, gracias! —responde Beca, aceptando amablemente—. Yo me conformaré con un refresco —se encoje de hombros—. Tengo que conducir, hay que ser responsable.

Él asiente comprensivo y se dirige hacia la barra.

Mientras disfrutamos de nuestras bebidas, la química entre nosotros es evidente y pronto nos encontramos bailando bien pegados, dejándonos llevar por la música y el momento.

—Eres un gran bailarín —le digo a Daniel, sintiéndome atraída por su energía contagiosa.

—Gracias, tú también bailas increíblemente bien —responde él, con una sonrisa que ilumina su rostro.

Con cada trago de mi cóctel, me siento más relajada y desinhibida. La música retumba en mis oídos y la excitación de la noche me embriaga. Entonces, en un impulso, me inclino hacia Daniel y le doy un beso suave en los labios.

—¡Vaya, eso ha sido inesperado! —dice él, sorprendido pero complacido.

Busco la mirada de Beca y que también parece estar disfrutando de la compañía de Hugo. Observo cómo se ríen juntos y comparten miradas cómplices, y me alegro de verla tan feliz. Entonces, de repente, los veo inclinarse el uno hacia el otro y, con un gesto espontáneo, se besan apasionadamente.

Miro a Daniel, quien sonríe y me guiña un ojo en señal de complicidad.

—Parece que las cosas se están poniendo interesantes —comenta, con una sonrisa traviesa.

Asiento devolviéndole una sonrisa.

La noche continúa con risas, bailes y más conversaciones animadas hasta que amanece y salimos de la discoteca.

—¡Vaya noche! —exclama Beca, con una sonrisa radiante.

—¡Totalmente de acuerdo! —respondo emocionada.

Nos despedimos de los chicos y vamos a buscar el coche de Beca al aparcamiento. Nos subimos al Mini Cooper, aún emocionadas por la noche que acabamos de vivir. Encendemos la música y comenzamos a cantar mientras nos dirigimos de camino a la residencia, con la emoción de la fiesta aún palpable en el aire.

—¡Esta canción es increíble! —exclama Beca, aumentando el volumen de la música.

—¡Sí, es una de mis favoritas! —respondo con una sonrisa mientras tarareamos la melodía juntas.

Todo va genial hasta que, de pronto, un coche a toda velocidad aparece de la nada y choca contra nosotras con una fuerza devastadora. El impacto es tan repentino que nos sacude con violencia dentro del coche, haciendo que se tambalee antes de volcar y dar vueltas de campana.

El caos se apodera del interior del vehículo mientras nos vemos envueltas en una sucesión de movimientos desordenados y frenéticos. El sonido del metal retorciéndose y los cristales rompiéndose me ensordece.

Un dolor agudo y punzante recorre mi pierna, como si mil agujas ardientes se clavaran en ella. Grito de dolor, sintiendo como si cada centímetro de mi cuerpo estuviera siendo castigado por el impacto. Mi mente se nubla de miedo y desesperación mientras intento comprender lo que está sucediendo a mi alrededor.

La música, que había estado sonando momentos antes, se apaga de golpe, dejando un silencio ensordecedor en su lugar. Me aferro al asiento con todas mis fuerzas, luchando por mantenerme consciente en medio del caos que nos rodea.

—¡Leah! ¡Leah, ¿estás bien?! —escucho la voz de Beca, llena de angustia y preocupación, como si viniera desde muy lejos.

Intento responder, pero el dolor es tan abrumador que no puedo articular palabra. Todo a mi alrededor se vuelve borroso y distante, como si estuviera viendo el mundo a través de un velo opaco. Mis ojos se cierran poco a poco y siento que me desvanezco en la oscuridad.

Me despierto aturdida entre sonidos extraños, pitidos y murmullos apagados que parecen venir de todas direcciones. Parpadeo, intentando enfocar mi visión borrosa. Mi entorno se aclara lentamente y me doy cuenta de que estoy en una habitación de hospital. El frío y estéril ambiente me resulta inquietante y me sobresalto. Intento moverme, pero una sensación de pesadez y rigidez en mi pierna me recuerda que algo no va bien. Una ola de pánico me invade al recordar el accidente.

—Tranquila, cariño —escucho la voz de mi madre, suave y reconfortante.

Mi mirada se encuentra con la suya. Está sentada a mi lado, con los ojos llenos de preocupación y alivio al mismo tiempo.

—Mamá... —digo con la voz ronca y débil.

Ella se inclina hacia mí, cogiendo mi mano con cuidado.

—Estoy aquí, hija. Todo va a estar bien —me asegura, acariciando mi pelo con ternura—. Estás a salvo.

—¿Qué... qué ha pasado? —balbuceo.

Mi madre me mira con una expresión calmada y empática.

—Cielo... Los médicos te han detectado una fractura en la tibia. Tendrás que hacer reposo y rehabilitación durante algunos meses para poder recuperarte.

—¿Y... y el musical? —mi voz apenas susurra la pregunta, temerosa de la respuesta.

Mi madre me observa con compasión.

—Ay, cariño, por el momento no va a ser posible que vuelvas a bailar —dice, con un tono suave pero cargado de pesar—. Pero es solo cuestión de tiempo. Necesitas recuperarte primero, y cuando estés lista, seguro que podrás volver a hacerlo.

Una oleada de desolación e impotencia me invade. Mi sueño, que ha estado tan cerca de hacerse realidad, se escapa de mis manos. Siento un nudo en la garganta y un gran peso en el pecho que no puedo expresar con palabras.

En medio de mi dolor, un pensamiento trae a mi mente otra pieza del rompecabezas del fatídico accidente. Recuerdo que Beca estaba conmigo en el coche. Mi corazón se acelera y la preocupación por ella se suma a la turbulencia de emociones que me embargan.

—¿Y Beca? —mis labios temblorosos pronuncian su nombre, temiendo lo peor.

La sonrisa de mi madre se suaviza aún más.

—Se encuentra bien, tranquila. Está en otra habitación, tiene algunas heridas, pero nada grave. Están cuidando de ella —responde, intentando tranquilizarme.

Un suspiro de alivio escapa de mi boca, agradecida de saber que está a salvo. Sin embargo, mi mente sigue atormentada por las imágenes del accidente, por la incertidumbre del futuro y por la gravedad de mis lesiones.

Aferrándome a la mano de mi madre, me sumerjo en la tormenta de emociones que amenazan con abrumarme. Las lágrimas brotan de mis ojos, calientes y saladas. Me siento vulnerable, desamparada, como una niña pequeña buscando el consuelo y la seguridad que solo el abrazo de su madre puede brindar.

En medio del torbellino de lágrimas y sollozos, mi madre me rodea con sus brazos. Su abrazo es un refugio en la tormenta, un recordatorio de que, a pesar del dolor y la incertidumbre, siempre habrá un lugar seguro en sus brazos donde encontrar consuelo.

Con cada latido de mi corazón y cada lágrima derramada, siento su amor incondicional envolviéndome, sosteniéndome, sanando las grietas de mi alma.

De pronto, la puerta se abre y entra mi padre con una taza de café en la mano. Su presencia es otro recordatorio silencioso de que no estoy sola. Me mira con preocupación y me pregunta si estoy bien.

—No, papá, no estoy bien. Estoy viviendo mi peor pesadilla —respondo entre sollozos, dejando salir la verdad sin filtrar.

Él se acerca a mí y posa su mano sobre mi hombro.

—Todo saldrá bien, Leah. Estamos aquí contigo y juntos lo superaremos.

Lo miro a los ojos, desesperada.

—Solo quiero irme a casa, papá —digo con un suspiro entrecortado.

Él me mira con comprensión, pero su expresión se vuelve seria.

—Lo entiendo, pero los médicos quieren que te quedes unos días en observación. Has recibido un golpe muy fuerte y es importante que te asegures de estar bien antes de volver a casa.

Aunque sus palabras me causan un nuevo brote de frustración y tristeza, sé en lo más profundo de mi ser que es la decisión correcta. Aunque anhele la comodidad de mi hogar, entiendo que ahora mi salud es prioritaria.

Mi madre me entrega las muletas para salir del coche. Me apoyo sobre ellas, sintiendo su rigidez bajo mis brazos mientras mis padres me acompañan hacia mi habitación. Cada paso es un recordatorio de mi vulnerabilidad, de la fragilidad de mi cuerpo que ahora depende de estas herramientas para moverse.

Al entrar en mi habitación, mis padres me ayudan a acomodarme en la cama, entre las almohadas, asegurándose de que esté lo más cómoda posible. Hay un silencio comprensivo que nos envuelve a los tres, un entendimiento mutuo de que mi camino hacia la recuperación no será fácil.

Una vez me quedo sola, me siento en el borde de la cama, dejando que la calidez de las almohadas abrace mi espalda. La habitación parece envuelta en un silencio reconfortante, roto solo por el suave murmullo del viento y por la luz del atardecer que se cuela a través de las cortinas entreabiertas.

Mis ojos se posan en el paisaje sereno que se extiende más allá de la ventana. La suave brisa agita las hojas de los árboles y el sol dorado acaricia delicadamente el horizonte, tiñendo el cielo con un manto de tonos cálidos y acogedores.

Un impulso me lleva a abrir el primer cajón de mi mesita de noche, donde reposa mi vieja libreta de dibujo, testigo silencioso de tantos momentos creativos y emocionales. Mis dedos acarician la cubierta gastada, recordando las historias que yacen entre sus páginas.

Mis ojos se posan en las páginas en blanco, invitándome, casi suplicando, a plasmar en ellas todo el torbellino de pensamientos e inquietudes que bulle en mi mente inquieta. La libreta, ahora más que nunca, se convierte en un refugio seguro, en un lienzo donde puedo dar rienda suelta a mi creatividad y expresión, donde puedo encontrar consuelo en medio de la incertidumbre que ahora me acompaña.

La ausencia de la danza, mi refugio y pasión, crea un vacío en mí y una necesidad aguda de encontrar una forma de mantener mi mente ocupada, de canalizar mi energía y emociones en

algo creativo. El lápiz en mis manos se convierte en un medio de comunicación con mi yo más profundo, una herramienta para explorar los rincones más oscuros y luminosos de mi ser, para dar forma y vida a las emociones que me abruman.

Como un artista frente al lienzo en blanco, me sumerjo en el mundo mágico de la creación artística, dejando que las líneas y colores fluyan de mi mente al papel con una naturalidad casi instintiva. Cada trazo es un susurro, cada color una emoción, cada forma una expresión. En cada movimiento del lápiz, encuentro un bálsamo para mi alma herida, una forma de sanar y transformar la adversidad en belleza y expresión.

Escucho el suave golpeteo en la puerta de mi habitación y, con un suspiro, invito a quien sea a entrar. La figura de mi hermano se materializa en la entrada y se acerca en silencio, con una sonrisa cálida que ilumina su rostro.

Se sienta a mi lado, sin decir una palabra. Su mirada se posa en el dibujo, apreciando cada trazo y cada detalle con una mezcla de admiración y cariño. Una chispa de nostalgia brilla en sus ojos mientras lo observa.

—Hacía mucho tiempo que no te veía dibujar —comenta en un tono suave y afectuoso—. Siempre se te ha dado genial.

Con lágrimas en los ojos, lo miro agradecida por sus palabras, pero mis peores pensamientos vuelven a invadirme y no puedo evitar hundirme.

—Izan, no puedo vivir sin bailar —confieso entre sollozos, dejando que la angustia y la sinceridad fluyan.

Él me abraza con ternura, comprendiendo la intensidad de mis sentimientos y la desesperación que me embarga. Me escucha en silencio, como un pilar de apoyo en medio de la tormenta.

—Leah, escúchame —me responde con voz calmada pero firme—. Sé que ahora parece imposible, pero esto es solo un obstáculo en el camino. El baile fluye en tu sangre, pronto todo esto será parte del pasado y volverás a darlo todo. Confía en ti misma. Yo confío en ti. Y sabes que me tienes aquí para lo que sea.

Sus palabras son como un faro de esperanza en medio de la oscuridad, un recordatorio de que incluso en los momentos más oscuros, siempre hay una luz que guía el camino.

Decido cambiar de tema, buscar un respiro en la conversación y hacer un esfuerzo consciente por desviar mi atención de la angustia y el dolor que me invaden.

—¿Qué tal va la reforma de la casa rural? —pregunto con un tono más tranquilo, mientras me seco las lágrimas, deseando llevar mi mente a un lugar diferente, a un futuro lleno de posibilidades y nuevos comienzos.

Izan sonríe, con una expresión radiante y optimista.

—Todo va genial. Si todo sigue así, en unos meses podremos inaugurarla. Estoy muy emocionado.

Asiento.

—Me alegro mucho de que tu sueño se vaya a hacer realidad por fin. Seguro que será un sitio maravilloso. Tengo muchas ganas de ver cómo está quedando todo.

Él se levanta de la cama sin borrar la sonrisa de su cara.

—Gracias, Leah. Prometo que pronto te haré una visita guiada —me guiña un ojo—. Bueno, tengo que irme, pero nos vemos en la cena, ¿vale?

Me despido de él con una sonrisa, sintiendo un atisbo de esperanza renacer en mi corazón, y me recuesto en la cama mirando al techo, dejando que la idea de la casa rural reformada y llena de posibilidades me de fuerzas para enfrentar todo lo que me espera.

Junio, 2022. Miravet.

Me encuentro en la sala de espera, esperando que llegue mi turno para empezar con mi primera sesión de rehabilitación. Han sido unas semanas muy difíciles, pero por fin me han quitado la escayola. La sensación de liberación se mezcla con la ansiedad de enfrentar este nuevo desafío: recuperar la movilidad y fuerza en mi pierna.

Me recibe Laura, mi fisioterapeuta, una mujer amable y comprensiva que me guía en el proceso, y me acompaña hasta la habitación equipada con máquinas y dispositivos especializados para la rehabilitación.

La primera parte de la sesión consiste en evaluaciones de rango de movimiento y fuerza muscular en la pierna. Siento la rigidez y debilidad que han afectado mi pierna durante semanas, pero también una determinación renovada para superar esos obstáculos.

Laura empieza con ejercicios suaves de flexión y extensión de la rodilla, ayudándome a recuperar la movilidad en la articulación. Cada repetición es un paso hacia la recuperación, un recordatorio de mi fortaleza y resistencia.

Después, pasamos a los ejercicios de fortalecimiento muscular, utilizando bandas elásticas y pesas ligeras para trabajar los músculos de mi pierna. Siento cómo se esfuerzan los músculos en cada paso.

Mientras trabajamos juntas, me explica la importancia de la constancia y la paciencia en este proceso. Cada pequeño avance es significativo, cada esfuerzo contribuye a mi recuperación total.

La sesión termina con ejercicios de equilibrio y estabilidad, desafiándome a mantenerme firme sobre mi pierna mientras realizo diferentes movimientos. Al principio me cuesta mantener el equilibrio, pero con su ayuda y consejos logro mejorar con cada intento.

Me siento agotada pero también motivada. Sé que la rehabilitación de mi fractura será un camino largo, pero estoy preparada para afrontarlo. Estoy lista para recuperar por completo mi movilidad y volver a bailar.

Salgo del centro y me encuentro con el BMW de Álex aparcado en la puerta. Él sale del coche y se acerca a mí con un suspiro.

—¿Álex? ¿Qué narices haces tú aquí? —pregunto, observándolo extrañada—. ¿Dónde están mis padres?

—Han tenido un problema en el restaurante y me han pedido el favor de que viniera a recogerte. Pero si prefieres irte caminando, yo no tengo ningún problema.

Será imbécil.

—No necesito tu ayuda, puedo arreglármelas sola.

—Muy bien, como quieras —arquea una ceja mientras se cruza de brazos.

Nos miramos desafiantes durante unos segundos, pero por mucho que me cueste, reconozco que no puedo volver a casa caminando. Me acerco al coche sin decir ni una palabra y él abre la puerta del copiloto con una sonrisa vacilona. Intenta ayudarme a entrar, pero lo aparto.

—Puedo hacerlo sola, gracias —digo, tajante, mientras me siento con alguna que otra complicación.

Lo miro, le dedico una sonrisa falsa y cierro la puerta de un portazo. Álex sacude la cabeza

con una expresión resignada y se dirige a la puerta del conductor. Entra en el coche y enciende el motor, rompiendo el incómodo silencio que se ha instalado entre nosotros.

—¿Qué tal ha ido el primer día? —pregunta sin apartar la mirada de la carretera.

—¿A ti qué te importa? —respondo con el ceño fruncido y algo de sarcasmo.

Él me mira con brevedad antes de responder.

—Solo era por cortesía. La verdad es que me importa bien poco tu vida.

Hago una mueca y aparto la vista de él, dirigiéndola hacia la ventanilla para admirar el paisaje. Pasamos el resto del camino en silencio, con solo el murmullo del motor resonando de fondo.

Minutos después llegamos a casa. Álex aparca el coche, baja de él y lo rodea hasta llegar a mi lado. Abre la puerta del copiloto y me ofrece su mano, pero yo la ignoro, decidida a no depender de él. Me niego a dejar que me ayude en nada.

Hago un sobreesfuerzo para salir del coche, usando mis muletas para apoyarme. Todo parece ir bien hasta que pierdo el equilibrio y estoy a punto de caerme al suelo de boca. Sin embargo, Álex me agarra al vuelo, sosteniéndome con firmeza entre sus brazos. Por instinto, me agarro a su cuello y nuestros ojos se encuentran.

Nos miramos fijamente durante unos segundos, y una extraña sensación recorre todo mi cuerpo. No puedo negar que siempre ha sido el chico más guapo del pueblo, con sus ojos grises y ese perfecto pelo negro ondulado, pero tengo que admitir que, ahora que sus rasgos son más maduros, está realmente atractivo.

Él sonríe complacido y rompe el silencio con una pequeña carcajada.

—¿Qué pasa, princesa? ¿No podías tú solita?

—¡Cállate! —digo mientras aparto la mirada y hago un gesto para que me baje.

Con cuidado, me deja en el suelo. Me apoyo de nuevo sobre las muletas y me aparto de él, sintiéndome incómoda por la cercanía y la confusión de mis propios sentimientos.

—Gracias por traerme —murmuro con desgana, evitando mirarlo a los ojos.

—De nada, histérica —responde con una sonrisa burlona—. Ten cuidado, no te mates por el camino.

—Descuida —respondo mientras lo observo meterse de nuevo en el coche, intentando ocultar la sonrisa que me ha provocado con sus estupideces.

Me quedo de pie mientras se aleja, sintiendo una mezcla de frustración y algo más que no logro identificar. ¿Qué ha sido eso? ¿Desde cuándo me hace gracia nada de lo que él diga o haga? Creo que el golpe del accidente me ha afectado a la cabeza, si no, no consigo comprender qué está pasando.

“Te recuerdo que es tu mayor enemigo, Leah”, me digo a mí misma mientras entro por la puerta, aún confundida. La casa está tranquila, y me doy cuenta de que mis padres aún no han vuelto del restaurante. Me dirijo a mi habitación, sintiendo el peso del cansancio y el dolor persistente de mi pierna.

Me dejo caer en la cama, mirando al techo, intentando ordenar mis pensamientos. Álex siempre ha sido un grano en el culo, pero lo de hoy ha sido muy raro. Su rostro, su voz, incluso su arrogante sonrisa... todo me ha afectado de una manera que no puedo explicar.

Cierro los ojos e intento apartar esos pensamientos de mi mente. Sin embargo, aunque intento convencerme de que todo es producto de mi imaginación, una parte de mí sabe que algo ha cambiado.

Estoy sentada en una mesa del restaurante, con mi cuaderno de dibujo y un lápiz en la mano, observando cómo el bullicio a mi alrededor se intensifica mientras todos se preparan para el inicio de la fiesta mayor. Mis padres corren de un lado a otro, organizando los últimos detalles.

Mis dibujos se han convertido en mi refugio, una manera de canalizar mis pensamientos y emociones. Hoy, en cambio, mi mente sigue volviendo a los bonitos ojos de Álex. Intento concentrarme en mi boceto, una escena del río Ebro con el castillo de Miravet de fondo, pero los recuerdos de ese momento incómodo y confuso no me deja en paz.

—¡Leah! —me llama mi madre desde la cocina—. ¿Puedes venir a ayudarme con algo?

—¡Voy! —respondo, aunque sé que en mi situación no puedo hacer mucho.

Me levanto con dificultad, apoyándome en las muletas, y cojeo hacia la cocina. La rehabilitación va bien, pero aún estoy lejos de recuperarme. Al llegar, veo a mi madre luchando con una enorme bandeja de canapés.

—Lo siento, mamá, pero no creo que pueda ayudarte con eso —digo, señalando mis muletas.

Ella me sonríe con ternura y sacude la cabeza.

—No te preocupes, cariño. Solo necesito que te quedes aquí para vigilar los fogones. Los chicos pueden encargarse del resto.

Asiento y me apoyo contra la encimera, observando cómo mi madre lo maneja todo con eficiencia. La terraza está decorada con flores y luces festivas, y el aire está lleno del aroma de la comida y del sonido de las risas y conversaciones de los comensales.

—¡Hola, Leah! —escucho la voz de Izan detrás de mí. Me giro y lo veo junto a Álex, entrando por la puerta trasera, cargados con cajas de bebidas.

Izan me sonríe mientras deja las cajas en el suelo.

—¿Lista para la fiesta?

—Sí, claro —respondo, intentando sonar entusiasta.

Álex me lanza una mirada rápida, pero no dice nada. Nos hemos visto poco desde el incidente del otro día, y cada encuentro sigue siendo más que incómodo.

—Vamos, Álex, tenemos que llevar las bebidas al bar —dice Izan, dándole un codazo.

Él asiente y ambos se dirigen a la barra. Los observo unos segundos antes de volver a centrarme en la cocina.

La tarde avanza y el restaurante empieza a llenarse de gente. Los turistas, atraídos por la fama del restaurante y la fiesta mayor, llenan las mesas junto con los vecinos. La música empieza a sonar y las luces de colores iluminan la terraza, creando un ambiente festivo y acogedor.

Mientras sirvo algunas bebidas y charlo con los clientes en la barra, no puedo evitar notar la tensión en mi pierna. Me apoyo en la barra un momento, intentando aliviar el dolor. Mi madre se acerca a mí con expresión preocupada.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta, tocando mi brazo con suavidad.

—Sí, mamá, solo necesito descansar un poco. Estoy bien.

Ella asiente y me ofrece una silla. Me siento y observo la fiesta, disfrutando de la alegría que llena el ambiente.

—¿Necesitas algo? —pregunta alguien en voz baja.

Levanto la vista y veo a Álex de pie frente a mí, con una expresión inusualmente seria.

—No, estoy bien —respondo, sorprendida por su repentina preocupación.

—Solo quería asegurarme —dice antes de volver al trabajo.

Lo observo mientras se aleja, con una punzada de curiosidad. Algo ha cambiado entre nosotros, algo que no puedo ignorar. Pero por ahora, decido centrarme en la fiesta y disfrutar del momento, dejando los pensamientos confusos para más tarde.

De pronto, se escucha el sonido de un coche pitando en la calle. Mi madre sale corriendo hacia la puerta y luego vuelve con una sonrisa radiante en el rostro.

—Leah, cariño, tengo una sorpresa para ti —anuncia, con los ojos brillantes de emoción.

Me incorporo en la silla, intrigada.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunto con curiosidad.

Antes de que pueda responder, Beca aparece detrás de ella, con una maleta en la mano y una sonrisa traviesa.

—¡Sorpresa! —dice con entusiasmo—. ¡He venido a pasar las fiestas contigo!

Me levanto como puedo, cojeo hacia ella y la abrazo con fuerza.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo—. ¡Estás aquí!

Ella me devuelve el abrazo con la misma intensidad, y las dos reímos emocionadas.

—Va a ser la mejor fiesta mayor de la historia —dice con una chispa de agitación en los ojos.

Asiento con una sonrisa, sintiéndome agradecida por tener a mi amiga aquí, conmigo, en estos momentos tan duros para mí.

Después de ponernos al día, nos dirigimos hacia la plaza del pueblo para presenciar el pregón que marca oficialmente el inicio de las fiestas. La plaza está llena de gente. Nos abrimos paso entre la multitud y encontramos un buen sitio desde donde podemos verlo todo bien.

El pregón es emocionante, lleno de recuerdos y anécdotas que nos hacen reír y llorar al mismo tiempo. Nos sumergimos en el espíritu festivo, sintiendo el calor y la energía de la comunidad.

Después del pregón, nos dirigimos hacia el río Ebro para presenciar las diferentes actividades que se están llevando a cabo. Desde carreras hasta gymcanas, piragüismo y natación, el río se ha convertido en el centro de la diversión.

Observo con nostalgia cómo otros participan en las actividades de las que siempre he formado parte, sintiendo un pinchazo de tristeza por no poder unirme a ellos este año. Pero no voy a dejar que los sentimientos negativos me invadan. Me niego a dejar que esta lesión arruine mis fiestas. En su lugar, me concentro en disfrutar cada momento junto a Beca, animando a los participantes y haciendo miles de fotos para compartir estos recuerdos en el futuro. Aunque no pueda participar, sé que el simple hecho de estar aquí, rodeada de amigos y familia, es suficiente para hacer que estas fiestas sean inolvidables.

Una vez que anochece, nos dirigimos al restaurante donde cenamos con mis abuelos y sus amigos. El restaurante está lleno de gente, todos compartiendo risas y conversaciones animadas mientras disfrutan de los deliciosos platos de mi padre, acompañados con copas de vino.

Después de una cena llena de risas, nos encaminamos hacia el lugar del primer concierto de la noche. Una orquesta local está tocando versiones de música actual. La plaza está repleta de personas de todas las edades, bailando y cantando al ritmo de la música.

No puedo aguantar mucho tiempo en pie, pero eso no va a detenerme para disfrutar de la música y la compañía de Beca. Encontramos libre una de las mesas dispuestas alrededor de la pista y nos sentamos, observando el espectáculo mientras disfrutamos de las melodías y el ambiente.

Beca y yo tomamos unas copas mientras charlamos y reímos como nunca. Observo a Izan y Álex, quienes están con sus amigos, riendo y bailando al ritmo de la música. Izan me hace un gesto desde lejos y le devuelvo el saludo con una sonrisa.

—Tu hermano parece majo —comenta Beca.

—Sí, lo es —respondo, asintiendo—. Aunque también tiene sus cosas.

Ella se ríe, y luego su mirada se posa en Álex.

—¿Y quién es ese chico tan guapo? —pregunta con curiosidad.

—Ese es Álex, su mejor amigo —explico, disimulando mis sentimientos encontrados.

—Parece interesante —dice con los ojos brillantes—. ¿Tiene novia?

—No, que yo sepa —respondo, encogiéndome de hombros, mientras intento no mostrar mi propia curiosidad sobre el tema.

Beca me lanza una mirada pícaro.

—Podrías presentármelo —sugiere.

—¿En serio? —pregunto, sorprendida por su propuesta.

—Claro, ¿por qué no? —responde con una sonrisa traviesa.

Mi corazón se acelera ante la idea, pero no puedo decirle que no.

—De acuerdo, vamos —digo, levantándome de la mesa y cogiendo mis muletas para dirigirnos hacia ellos.

Al acercarnos, noto que Álex me mira con una expresión que no logro descifrar del todo. Parece como si estuviera enfadado conmigo, pero no entiendo el por qué. Sin embargo, decido no prestarle demasiada atención y me concentro en presentar a Beca.

—Hola, chicos. Esta es Beca, mi mejor amiga —anuncio, ocultando mi incomodidad.

Todos le estrechan la mano, intercambiando saludos formales. Sin embargo, Álex se inclina hacia ella y se besan en las mejillas para presentarse.

—Encantado de conocerte, Beca. ¿Te gustaría ir dar una vuelta? Te enseñaré todo esto —dice, con un tono de voz más frío de lo habitual.

Ella, ajena a cualquier tensión, acepta con una sonrisa y se aleja con él. Observo cómo se marchan juntos, sintiendo una extraña emoción. Izan parece notar que algo pasa y se acerca preocupado.

—¿Todo bien, Leah? —pregunta.

—Sí, sí, todo bien —respondo, forzando una sonrisa.

Izan sigue mi mirada hacia Álex y Beca, y luego comenta:

—Parece que se llevan bien. Tu mejor amiga con mi mejor amigo, ¿te imaginas? Harían buena pareja —dice con una sonrisa.

Asiento con la cabeza sin decir una palabra. Con un nudo en la garganta, vuelvo a la mesa en silencio, sintiendo una mezcla abrumadora de celos y frustración creciendo en mi interior. Me hundo en la silla con pesar, mientras el ruido de la música y las risas de los demás parecen alejarse en la distancia.

Pido otra copa, dispuesta a ahogar mis penas en alcohol ahora que mi amiga me ha dejado sola. El camarero me sirve casi al instante, pero ahora que lo veo de cerca, el líquido ámbar de mi vaso no parece tener el poder para calmar la tormenta que se ha formado en mi interior. El tintineo de la copa al posarse sobre la mesa se mezcla con el zumbido de mis pensamientos, mientras me sumerjo en el torbellino de preguntas sin respuesta. ¿Por qué Álex ha actuado de esa forma? ¿Por qué me siento así por él? Sacudo la cabeza, intentado alejar esos pensamientos de mi mente, pero persisten.

Levanto la copa, la acerco a mis labios y bebo, dejando que el ardor del alcohol queme mi

garganta mientras intento encontrar algo de consuelo.

De pronto, Izan y sus amigos se acercan a la mesa con una sonrisa amistosa, rompiendo el silencio que me envolvía.

—¿Te importa si nos sentamos contigo? —pregunta, con una mirada de preocupación.

—¡Por supuesto, adelante! —respondo, intentando sonar lo más animada posible.

Se acomodan en las sillas libres alrededor de la mesa, y pronto la conversación se llena de risas y bromas. Izan hace lo imposible por distraerme, contando anécdotas divertidas y haciendo comentarios ingeniosos que logran arrancarme una sonrisa.

Sus amigos también se suman, compartiendo historias y chistes que me hacen olvidar, al menos por un momento, los problemas y las preocupaciones. Agradezco su compañía y el esfuerzo por levantarme el ánimo, aunque sea algo temporal. Por un instante, me permito sumergirme en la alegría con ellos.

—¿Qué tal si pedimos unos chupitos? —propone Marcos, con una sonrisa traviesa.

—¡Buena idea! —exclama Lucas entusiasmado.

—¿Qué te parece, Leah? ¿Te apuntas? —pregunta Izan, dirigiéndome una mirada llena de expectación.

Asiento con una sonrisa.

—Por supuesto —respondo.

Pronto, el camarero llega con una bandeja llena de chupitos multicolores y los coloca con cuidado sobre la mesa frente a nosotros. Los pequeños vasos brillan bajo la luz de las luces de colores, creando un efecto mágico.

—¡Por una noche inolvidable! —exclama Izan, levantando su chupito en el aire.

—¡Por una noche inolvidable! —repetimos todos al unísono, levantando nuestros vasos para hacer un brindis conjunto.

Nos tomamos los chupitos de un solo trago. El ardor del licor despierta mis sentidos y me llena de energía. Marcos propone otra ronda, y sin pensarlo dos veces, nos dejamos llevar.

—¡Uff, esto sí que quema! —exclama Lucas, frotándose la garganta con un gesto exagerado.

—Pero está bueno, ¿verdad? —responde Izan, con una risa animada.

Álex y Beca aparecen y se acercan a la mesa con una gran sonrisa en sus rostros.

—¡Vaya, vaya! Parece que nos hemos perdido algo —comenta Beca con una risa juguetona, echando un vistazo a los vasos vacíos sobre la mesa.

Los observo con la inevitable curiosidad de saber si ha pasado algo entre ellos mientras estaban a solas, pero en el fondo, una vocecita en mi interior me susurra que tal vez será mejor no averiguarlo.

Se sientan con nosotros y mi incomodidad se intensifica. Aunque intento disimularlo, siento un nudo en el estómago mientras observo como se unen a la conversación con el resto del grupo. A pesar de mis esfuerzos por integrarme, me siento desconectada y fuera de lugar. Mi cabeza está plagada de preguntas sin respuesta y no puedo pensar en nada más.

Después de un rato intenso, decido poner una excusa para irme a casa.

—Chicos, lo siento mucho, pero me voy a casa. Me empieza a doler la pierna y estoy cansada —comento con pesar—. Beca, puedes quedarte si quieres. Izan te acompañará de vuelta a casa.

Beca asiente con una sonrisa comprensiva.

—Claro, no te preocupes por mí. Ve y descansa. Nos vemos mañana —responde con amabilidad.

Me despido de todos y me levanto de la mesa, algo mareada por el alcohol. Sin embargo, antes de que pueda dar un paso para irme, Álex se ofrece a acompañarme a casa. Frunzo el ceño,

sorprendida por su inesperada oferta.

—No hace falta, Álex. Puedo ir sola —digo, intentando rechazar su ayuda.

Pero Izan interviene antes de que pueda continuar.

—Leah, no puedes ir sola, no seas cabezota. Además, seguro que a mamá y papá les tranquilizará saber que estás en buenas manos. Si te dejo ir sola me matarán —dice con firmeza.

Su argumento me deja sin palabras, y después de una breve pausa, asiento resignada.

—Está bien —respondo, aceptando solo para que mi hermano se calle y deje de insistir.

Álex se levanta de su silla y se acerca con mis muletas en la mano, bajo la desconcertada y atenta mirada de Beca, quien parece no entender nada de lo que está pasando, al igual que yo.

—Aquí tienes, Leah —dice Álex con tono amable mientras me entrega las muletas.

Lo miro con sorpresa, sintiendo una mezcla de emociones encontradas.

—Gracias —respondo, intentando ocultar mi desconcierto bajo una sonrisa forzada.

Empezamos a caminar en silencio, uno al lado del otro. Siento que el alcohol empieza a subir de golpe y, de pronto, una risa incontrolable brota de mis labios. Álex me mira con curiosidad, desconcertado por mi repentino ataque de risa.

—¿Qué te pasa? ¿Ahora por qué te ríes? —pregunta.

Intento contener la risa lo mejor que puedo, pero me resulta imposible explicar lo que me pasa.

—No lo sé, Álex. Simplemente... no lo sé —respondo entre risas, sacudiendo la cabeza.

Él frunce el ceño y me pregunta cuánto he bebido, y cuando intento contar las copas con los dedos de la mano, mis movimientos se vuelven torpes y pierdo el equilibrio. Antes de que pueda caerme, Álex me sujeta con firmeza y me guía hasta un muro de piedra cercano, donde me ayuda a sentarme con cuidado.

—Vaya, parece que te ha pegado fuerte, ¿no? —comenta, mirándome con una mezcla de preocupación y diversión.

Asiento con la cabeza, incapaz de contener la risa mientras me dejo caer contra el muro de piedra, con el mundo dando vueltas a mi alrededor.

Álex saca una botella de agua de su mochila y me la ofrece. Acepto el gesto y bebo un largo trago, sintiendo cómo el frescor del líquido calma mi garganta reseca. Levanto la mirada para agradecerse y me encuentro con sus ojos fijos en los míos, con una mezcla de preocupación y algo más que todavía no logro identificar.

—Gracias —baluceo mientras le devuelvo la botella—. Lo necesitaba.

Él asiente con una leve sonrisa, pero su expresión se vuelve divertida cuando me quedo mirándolo fijamente. Al notar su reacción, me sonrojo y aparto la mirada.

—¿Por qué me miras así? —pregunta.

Me siento avergonzada, pero decido ser sincera.

—Es solo que... bajo la luz de la luna, estás... —titubeo, buscando las palabras adecuadas—. Bueno, estás muy guapo.

Él suelta una risa suave y sacude la cabeza con incredulidad.

—Leah, eso solo lo dices porque estás un poco... —hace una pequeña pausa— afectada por el alcohol.

Frunzo el ceño e intento defender mi postura.

—No estoy borracha, Álex —protesto, aunque sé que mis palabras carecen de credibilidad.

—Si no estuvieras un poco... alterada, nunca me dirías algo así, siempre me has odiado —comenta, con una sonrisa irónica.

Intento articular una respuesta, pero la sensación de mareo se intensifica y las palabras se entrelazan en mi mente. Mis párpados empiezan a pesar y, luchando contra el cansancio, apenas

logro mantenerme erguida.

—Yo... yo no... —balbuceo, pero mis palabras se desvanecen en el aire.

Álex suelta una risa divertida y se pone en pie.

—Vamos, anda. Está claro que necesitas dormir —dice con suavidad, extendiendo su mano hacia mí.

Me cuesta mantener los ojos abiertos, pero con un esfuerzo, me pongo de pie y me apoyo en él.

—Gracias —murmuro, con un susurro apenas audible, antes de que mis fuerzas flaqueen y mis piernas cedan.

Él me sujeta y me levanta en brazos con facilidad, cargando también con mis muletas. Acomodándome entre sus brazos, cierro los ojos, sintiendo una mezcla de alivio y vergüenza por mi estado. Con paso firme, Álex empieza a caminar hacia mi casa, llevándome en sus brazos como si fuera lo más natural del mundo.

Con un esfuerzo, abro los ojos apenas un poco y diviso la puerta de mi habitación, borrosa y difusa. No estoy segura de cuando hemos llegado, solo sé que me siento tan cómoda entre sus brazos que me siento tentada a quedarme aquí para siempre.

Él me tumba con delicadeza en la cama, asegurándose de que esté cómoda antes de darme un beso suave en la frente. Sus labios cálidos me transmiten una sensación de paz inexplicable.

—Buenas noches, Leah —susurra antes de alejarse—. Que tengas dulces sueños.

Cierro los ojos y dejo que la tranquilidad me envuelva mientras la noche se desvanece en la oscuridad.

Me despierto con un dolor de cabeza terrible por culpa de la resaca. La voz de Álex resuena en mi memoria, pero no estoy segura de si lo que recuerdo es un sueño o la realidad. Miro al frente y me encuentro con la mirada de Beca, que me observa desde la puerta de mi habitación.

—¿Qué pasa? —le pregunto, frotándome la sien en un intento de calmar los pinchazos que siento en ella.

—¿Por qué no me dijiste que había algo entre Álex y tú? —me dice, cruzándose de brazos.

—¡No hay nada entre nosotros! —lo niego rotundamente, sentándome en el borde de la cama con un suspiro—. Te lo aseguro, Beca. No sé de dónde sacas eso.

—Vamos, Leah —dice ella, arqueando una ceja mientras se sienta a mi lado—. Anoche, cuando te acompañé a casa, parecía que había algo más.

—Anoche estaba perjudicada, eso es todo —respondo, intentando sonar convincente—. Álex solo me ayudó porque no puedo caminar bien. No hay nada más.

Beca me observa durante unos segundos sin decir nada.

—Bueno, te creeré, por ahora —dice—. Entonces, cambiando de tema, ¿qué tal tu cabeza? —pregunta con una sonrisa divertida.

—Horrible —respondo con una mueca—. Necesito café y comida. Pero sobre todo agua.

—Venga, vamos a la cocina —dice, levantándose—. Te prepararé el desayuno.

Me levanto, medio mareada, y sigo a Beca hasta la cocina, donde el aroma del café recién hecho empieza a despejar mi mente. Me siento a la mesa y la observo moverse con soltura, como si estuviera en su propia casa.

—Gracias, Beca —le digo con una sonrisa—. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente estarías deshidratada y hambrienta —bromea ella, sirviéndome una taza de café y unas tostadas.

Doy un sorbo a mi café y la calidez me reconforta. Empiezo a comer despacio. Beca se sienta frente a mí, con otra taza de café en la mano.

—Entonces, ¿qué planes hay para hoy? —pregunta.

—No tengo ganas de mucha fiesta —admito—, pero hoy es la procesión y después la comida popular.

—Bueno, algo tranquilo, suena bien —dice ella, sonriendo—. Además, seguro que me encantará ver la procesión.

—Sí, es una tradición muy bonita —le digo—. Y por la noche hay otro concierto, aunque no sé si quiero salir hasta tan tarde.

—Vamos paso a paso —responde con una sonrisa.

Después de desayunar, salimos al jardín a por un poco de aire fresco y nos sentamos en los escalones de la entrada. Beca me mira con curiosidad y luego pregunta:

—¿Qué tal llevas la lesión? Tiene que ser muy difícil para ti no poder bailar.

Suspiro, mirando mi pierna antes de responder.

—Está siendo duro, no te voy a mentir —admito—. El baile es una gran parte de mi vida, y no poder hacerlo es frustrante. Pero cada día estoy un poco mejor. La rehabilitación ayuda mucho.

—Me alegra escuchar eso —dice, rodeando mi cuello con su brazo—. Sé que volverás a bailar dentro de poco. Eres una luchadora.

Sonrío, agradecida por su apoyo, y cambio de tema para evitar que la conversación se vuelva demasiado intensa.

—Entonces, ¿lista para la procesión? —pregunto, intentando sonar más animada.

—¡Claro! —responde con entusiasmo—. Estoy lista para todo lo que estas fiestas tengan que ofrecerme.

El tiempo pasa demasiado deprisa y la mañana avanza sin darnos ni cuenta. Nos preparamos para salir y nos unimos al bullicio del pueblo, caminando poco a poco para no cansar demasiado mi pierna.

—Es impresionante cómo todo el pueblo se une para esto —comenta Beca mientras avanzamos entre la multitud.

—Sí, es algo que siempre me ha gustado —le digo—. Somos una gran familia.

Encontramos un buen sitio para ver la procesión, y pronto, las figuras religiosas adornadas con flores empiezan a pasar frente a nosotras, acompañadas por la música solemne de la banda del pueblo. La devoción y el respeto son palpables en el ambiente, y me siento orgullosa de nuestra tradición.

—Es increíble —dice Beca, observándolo todo con asombro.

—Sí, lo es —digo, asintiendo—. Es algo muy especial.

Cuando termina la procesión, nos dirigimos a la comida popular, de la que mi padre es uno de los protagonistas, al igual que todos los cocineros de los pueblos vecinos que participan en la comida. El aroma de los guisos y asados llena el aire.

Nos servimos platos generosos y nos sentamos en una de las largas mesas dispuestas bajo grandes toldos. La comida está deliciosa, cada bocado está lleno de sabores que evocan recuerdos del pasado.

—Tu padre es un cocinero excelente —dice Beca con la boca llena—. Esto está increíble.

—Sí, siempre ha sido su pasión —respondo con una sonrisa—. Y estas fiestas sacan lo mejor de él.

De pronto, aparece Izan con los chicos. Nos saludan muy animados y se sientan con nosotras. Intento evitar la mirada de Álex. No tengo muy claro si es mejor que mi recuerdo sea un sueño o sea realidad. De cualquiera de las maneras es algo embarazoso.

—¿Cómo va todo? —pregunta Izan con una sonrisa.

—Todo bien, gracias —respondo, devolviéndole la sonrisa.

Marcos mira a Beca con interés.

—¿Qué te están pareciendo las fiestas? —le pregunta con curiosidad.

Ella sonríe y se acomoda en su silla.

—Están siendo geniales. No me esperaba que fueran tan divertidas y auténticas. Me encanta el ambiente del pueblo —responde emocionada.

Mientras charlamos, noto la mirada de Álex posarse en mí de vez en cuando, pero prefiero no prestarle mucha atención y seguir viviendo el momento con el resto.

—¿Y qué vais a hacer esta noche? —pregunta Marcos—. ¿Vais al concierto? No os lo podéis perder. Es de uno de los grupos más famosos de la provincia.

Beca asiente con entusiasmo.

—¡Claro que sí! Me encantaría —responde con una sonrisa—. ¿Y a ti, Leah? ¿Te apetece ir?

Todavía no lo tengo claro, pero decido seguirles el juego.

—Bueno, ¿por qué no? —digo, intentando convencerme a mí misma.

Beca parece contenta de que me anime a salir.

—¡Genial! —exclama—. Será divertido. Y si no te sientes con fuerzas para seguir, siempre podemos volver.

Asiento con una sonrisa.

La comida se alarga hasta casi el anochecer, entre conversaciones animadas y risas. Finalmente, Beca y yo decidimos que es hora de prepararnos para el concierto. Paseamos con tranquilidad de vuelta a casa, con la brisa de la tarde refrescando nuestros rostros.

Una vez hemos llegado, Beca se ofrece para ducharse primero. La observo desaparecer tras la puerta del baño, escuchando el suave sonido del agua correr mientras me siento en la cama, sin poder dejar de pensar en que lo único que deseo es volver a ver a Álex. Es posible que sea lo único que me ha animado a salir, es surrealista. No puedo sacarlo de mi cabeza, la manera en que me miró anoche, cómo me sostiene cada vez que estoy a punto de caer. No estoy segura de lo que significa, pero no puedo negar que siento una extraña emoción cada vez que pienso en él.

Beca sale del baño envuelta en una toalla, con su pelo rubio mojado cayendo sobre sus hombros.

—Tu turno —dice con una sonrisa.

Me levanto y entro en el baño cojeando, cerrando la puerta detrás de mí. El vapor aún flota en el aire y el olor a champú y gel de ducha es reconfortante. Me deshago de la ropa y me meto bajo el chorro de agua caliente, dejando que relaje mis músculos, que están más tensos que nunca. Me tomo mi tiempo. Lavo mi pelo con mimo y me enjabono el cuerpo mientras me pierdo en mis pensamientos.

Salgo de la ducha, me envuelvo en una toalla y me seco con esmero. Al salir por la puerta del baño, veo a Beca ya vestida, con un look veraniego que le queda genial. Lleva un vestido blanco de algodón con bordados de flores, que le llega justo por encima de las rodillas. Sus sandalias de tiras doradas brillan a la luz del atardecer que se filtra por la ventana, y además ha añadido un collar sencillo que realza su cuello. Su pelo, ahora seco, cae en un perfecto liso natural, y ha optado por un maquillaje ligero que resalta sus ojos y labios.

—Estás increíble —le digo, impresionada.

—Gracias —responde sonriente—. ¿Y tú? ¿Qué vas a ponerte?

Miro hacia mi armario con una mueca. No tengo gran cosa que ponerme, este año no he tenido ningunas ganas de salir de compras.

—No te preocupes —dice Beca, que parece adivinar mis pensamientos—. Tengo algo que te quedará perfecto.

Se acerca a su maleta y saca un par de prendas. Me entrega una blusa de tirantes de un azul profundo, que tiene un bonito escote y un toque de encaje en los bordes. También me pasa una falda corta tejana, que parece tan cómoda como bonita.

—Pruébate esto —me anima.

Le sonrío, agradecida, y me visto entusiasmada. La blusa es fresca y suave, y la falda es muy favorecedora. Completo el look con unas sandalias planas que encuentro en mi armario y dejo mi pelo suelto, dejando caer sus ondas sobre los hombros. Opto por un maquillaje sencillo, un poco de máscara de pestañas y un brillo de labios.

Beca me mira y asiente con aprobación.

—Estás lista para esta noche —dice, guiñándome un ojo.

Echamos un último vistazo al espejo y posamos juntas entre risas antes de salir para el concierto. Al llegar, tengo la sensación de que el ambiente es más juvenil que la noche anterior, y empiezo a sentirme más animada. Las luces, la música de fondo y la emoción contagiosa de los

asistentes crean un ambiente espectacular.

Buscamos un sitio lo suficientemente cerca del escenario, pero donde tenga algún tipo de apoyo para descansar si lo necesito. De pronto, veo a Izan junto a los demás, haciéndome un gesto desde la tercera fila. Están justo al lado de un banco de madera que parece que hayan reservado poniendo todas sus cosas encima, no muy lejos de su vista.

—¡Eh, chicas! —grita Izan, moviendo los brazos para llamar nuestra atención.

Le devuelvo el saludo y nos dirigimos hacia él. Al llegar, me da un fuerte abrazo y saluda a Beca con una sonrisa.

—¿Qué te parece? —dice Izan, señalando el banco cubierto con mochilas y chaquetas.

—Es perfecto —le dedico una sonrisa—. Gracias.

Beca y yo nos hacemos hueco en el banco, intentando acomodarnos lo mejor posible. Es el sitio perfecto, y el ambiente es genial, pero, a pesar de todo, no puedo evitar notar la ausencia de Álex. Siento una punzada de desilusión, aunque intento mantener una sonrisa en mi rostro.

Charlamos, riendo y compartiendo anécdotas mientras esperamos que el concierto empiece. Poco a poco, más amigos y conocidos se acercan a nosotros, y la emoción crece. La música empieza a sonar más fuerte, y las luces del escenario iluminan la noche. El grupo sube al escenario y el público empieza a animarse. Beca y yo nos levantamos para unirnos a los demás.

Después de unas cuantas canciones, decidimos volver al banco para descansar. Justo cuando nos sentamos, veo a Álex acercarse desde el otro lado del parque, saludando distante.

—Mira quién decidió aparecer —dice Beca con una sonrisa traviesa.

Álex llega al banco y nos saluda. Mi mirada se cruza con la suya durante unos breves instantes y luego aparto la vista. Él pasa de largo y se reúne con los demás. Beca y yo nos quedamos solas, y ella carraspea, atrayendo mi atención.

—¿Qué pasa? —le pregunto, al notar su expresión inquisitiva.

—Aquí pasa algo, y me lo tienes que contar —dice ella, con sus ojos fijos en los míos.

—¡Cállate! —le susurro—. Te van a escuchar.

—¿Y qué? ¿Tienes algo que ocultar? —replica, arqueando una ceja.

Me quedo sin palabras. No puedo seguir fingiendo con ella, me conoce demasiado bien. Además, en el fondo, sé que tengo que sincerarme sobre esto con alguien o mi mente va a explotar.

—Vamos a dar una vuelta y te cuento —digo, levantándome con dificultad del banco.

Nos alejamos del bullicio del concierto y nos adentramos en una zona más tranquila del parque. Beca me observa con una mezcla de curiosidad y expectación.

—Vamos, escúpelo —dice ella, rompiendo el silencio.

Suspiro, intentando ordenar mis pensamientos.

—No hay mucho que contar —empiezo, sin saber muy bien por dónde empezar—. Álex y yo siempre hemos tenido una relación complicada. Sabes que es el mejor amigo de Izan, pero lo que no sabes, es que siempre nos hemos llevado fatal. Nunca lo he soportado, ni él a mí.

Beca asiente y me anima a seguir con un gesto de la mano.

—Pero últimamente... —continúo, mordiéndome el labio—. Algo ha cambiado. No sé si es por el accidente o por qué, pero siento algo diferente por él. Anoche, cuando me acompañó a casa, fue... raro. Me sentí... muy bien. Demasiado.

Beca me mira con los ojos brillantes.

—Quiero más detalles —insiste.

—No sé cómo explicarlo —admito, frustrada—. Me sentí segura con él, pero a la vez, confundida. No puedo dejar de pensar en él, y cada vez que lo tengo cerca, me provoca un

cosquilleo en el estómago inexplicable.

Beca suelta un suspiro largo y dramático.

—¡Estás pillada por él!

—¡No lo estoy! —protesto, aunque la inseguridad en mi voz es evidente incluso para mí.

—Vamos, Leah. Todos esos sentimientos contradictorios... eso es interés, y lo sabes.

Nos paramos un momento, y me siento en un banco cercano. Beca se sienta a mi lado, esperando pacientemente mientras intento procesarlo todo.

—Está bien, puede que tengas razón —confieso en voz baja—. Pero seguro que es algo pasajero, se me pasará.

—Tienes que hablar con él —dice Beca muy segura.

—¿Hablar con él? —repito, horrorizada ante la idea.

—Sí, hablar con él. Saber qué piensa de todo esto. Tal vez él también se siente igual.

Nos quedamos en silencio unos segundos, y Beca me da una palmadita en la espalda.

—Vamos, volvamos al concierto. Piénsatelo, pero yo de ti no lo dejaría pasar.

Mientras volvemos al concierto, no dejo de darle vueltas a las palabras de Beca. La verdad es que Álex se comporta de una forma diferente conmigo desde que volví al pueblo, pero eso no significa nada. Quizás solo ha madurado.

Pronto nos encontramos a los chicos donde los dejamos. Me siento en el banco, observando a Álex desde la distancia, intentando descifrar mis propios sentimientos mientras la música sigue sonando.

No he dormido nada en toda la noche, a pesar de que volvimos a casa pronto. Después de mi conversación con Beca no pude disfrutar del concierto. Sus palabras siguieron repitiéndose en mi cabeza, y no puedo dejar de darle vueltas a todo lo que ha pasado.

A pesar de mi falta de sueño, nos levantamos temprano para ir a la feria y al mercado de productos locales. El aire fresco de la mañana y el bullicio del mercado consiguen distraerme un poco. Los colores brillantes de las frutas y verduras, el aroma del pan recién horneado y los puestos llenos de artesanías locales son un tesoro para los sentidos. El sol empieza a calentar y me siento algo más animada.

—¡Mira esto, Leah! —exclama Beca, señalando un puesto de joyería artesanal. La sigo y admiro los collares y pulseras hechos a mano que hay expuestos. Beca se prueba una pulsera de cuentas de colores y se gira hacia mí—. ¿Qué te parece?

—Es muy bonita —le digo, intentando sonreír. Ella me lanza una mirada intensa, pero no dice nada.

Después de recorrer varios puestos y comprar algunas cosas, decidimos volver a casa para descansar un poco. Beca se desploma en el sofá nada más llegar, y yo me dirijo a mi habitación para cambiarme de ropa. Me miro en el espejo, pensativa, durante unos minutos, y luego me dispongo a prepararme para la verbena.

Me esfuerzo en elegir un conjunto que me haga sentir cómoda y segura, pero estoy muy indecisa. Beca se viste con un bonito vestido veraniego y me anima a hacer lo mismo. Al fin, elijo un vestido sencillo, adecuado para la ocasión, y me siento un poco mejor cuando me vuelvo a mirar en el espejo.

—Estás preciosa —dice Beca, sonriendo mientras se ajusta los pendientes.

Salimos de casa y pronto llegamos a la plaza del pueblo, donde las luces de colores ya iluminan el ambiente festivo. La música suena alegre y la gente está bailando y riendo en el centro.

Nos sentamos en una mesa cerca del escenario, desde donde podemos disfrutar del ambiente y de la noche cálida y animada. Aunque no puedo bailar, me divierto observando a la gente hacerlo.

Por un momento mis preocupaciones desaparecen, pero cuando veo a Álex entre la multitud, vuelven todos los pensamientos. Nuestras miradas se cruzan y él me sonríe. Le devuelvo la sonrisa, sintiendo un nudo en el estómago. Quizás Beca tenga razón y debo hablar con él.

Después de mucho pensarlo, me convengo, pero justo cuando estoy a punto de acercarme a él, alguien me saluda por detrás con una voz familiar. Me giro y veo a Víctor, mi ex novio.

Nos saludamos efusivamente.

—¿Qué haces por aquí? —le pregunto, emocionada por volver a verlo.

—He vuelto para pasar las fiestas con mi familia —responde—. ¿Y tú? ¿Qué te ha pasado en la pierna?

—Un desafortunado accidente —le explico, intentando quitarle hierro al asunto—, pero ya estoy mucho mejor.

—¿Y el baile? —pregunta, con tono preocupado.

—De momento está en pausa —respondo con pesar—, pero tengo la esperanza de volver a hacerlo pronto.

Víctor asiente, con confianza en la mirada.

—De eso estoy seguro —dice con una sonrisa alentadora.

Seguimos charlando y parece que el tiempo no haya pasado. Estuvimos juntos durante tres años, pero él se mudó a Reino Unido y la distancia acabó con nuestra relación. Al principio fue difícil, pero luego volvimos a ser amigos. Perdimos el contacto con el tiempo, y hace un par de años que no sé nada de él. Lo último que supe es que la expansión de las bodegas de su familia iba genial, y que él estaba allí ayudando a gestionar las operaciones y supervisando la exportación de sus vinos.

—Me alegra verte —le digo con sinceridad—. ¿Cómo va el negocio?

—Cada vez mejor —responde con una gran sonrisa—. Además, estoy saliendo con alguien y... estamos prometidos.

—¡Eso es increíble! Me alegra verte tan feliz —le digo con sinceridad.

Lo nuestro no salió bien, pero eso no quita que Víctor es una de las mejores personas que he conocido en la vida y que me alegro de sus logros tanto como si fueran míos.

Nos despedimos, prometiéndonos vernos de nuevo antes de que se vuelva a marchar, y vuelvo a la mesa con Beca.

—¿Quién era ese? —me pregunta con curiosidad.

—Es Víctor, mi ex —le cuento—. Hacía mucho que no nos veíamos.

—Vaya... Qué bonito. Yo no me llevo nada bien con mis ex —dice ella, haciendo una mueca y provocándonos un ataque de risa a ambas.

La noche pasa rápido y volvemos a casa. Esta noche yo no he probado ni gota de alcohol, pero Beca sí, y va algo piripi. No puedo dejar de reír con sus ocurrencias; tengo que aceptar que Beca borracha es más divertida de lo que ya es de por sí.

Llegamos a casa, me deshago de las muletas y la acompaño como puedo hasta la habitación. Beca se tumba en la cama sin dejar de hablar, aunque no se entiende la mitad de lo que dice. Me quito la ropa y me pongo el pijama mientras la observo, divertida, y me siento en el borde de la cama, pensativa.

Hoy ha sido el mejor día. Me lo he pasado genial y he conseguido dejar de pensar durante unas cuantas horas. Pero sé que mañana será un día difícil. Por la mañana es el torneo de fútbol y la carrera popular, en la que he participado y por la que me he retado con Izan a muerte desde que tengo memoria. Por otro lado, por la tarde son los espectáculos de danza y teatro, y mi escuela de baile participa. Tengo demasiados sentimientos encontrados.

Me tumbo entre los cojines y suspiro. Beca balbucea algo ininteligible y se duerme al instante. Me río y cierro los ojos, intentando seguir su ejemplo. El cansancio está a punto de vencerme, pero todavía me permito un último pensamiento, alentándome a intentar encontrar la manera de disfrutar el día de mañana.

Después de desayunar, Beca y yo nos dirigimos a ver la carrera. Izan y todos los demás participan y nosotras los animamos desde fuera del circuito. Álex queda en segundo lugar e Izan en tercero. Cuando se acercan a nosotras, Álex apenas nos mira y ni siquiera saluda. Los felicitamos, pero él está inquieto y no tarda en decir que se tiene que ir. Yo tardo unos segundos en reaccionar antes de ir detrás de él.

—¡Espera, Álex! —lo llamo, y no sé si me ignora o es que no me escucha. Acelero el paso

como puedo con las muletas—. ¡Álex! ¡Espera, por favor, no puedo correr! —insisto.

Él se para en seco, lejos de la multitud, y se gira hacia mí. Me acerco, intentando recuperar el aliento.

—¿No me escuchabas? —le pregunto.

—Claro que te escuchaba —responde él, con tono gélido—. Pero tenía la esperanza de que te cansaras de seguirme en algún momento.

Lo miro desconcertada.

—¿Te pasa algo? —pregunto.

Él se ríe con sarcasmo.

—¿A ti qué te importa?

Me quedo en silencio, mirándolo fijamente a los ojos, mientras intento encontrar las palabras para decir algo. Pero él se adelanta.

—Mira, Leah, no sé qué quieres de mí, pero ya tengo bastante con verte por el pueblo y en el restaurante. A ver si te recuperas ya y te vuelves a largar.

La ira me invade y me doy cuenta de que todo lo que he sentido hasta ahora era una fantasía de mierda.

—Ya veo que sigues siendo el mismo gilipollas de siempre —le suelto, cabreada.

Él me lanza una mirada de desprecio antes de darse la vuelta.

—Déjame en paz —dice, antes de largarse, dejándome sola con mi frustración.

Vuelvo donde está Beca, quien me mira preocupada.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

—Nada importante —respondo con un suspiro, intentando mantener la compostura. Pero sé que mis ojos reflejan la impotencia que siento.

Beca me rodea con un brazo y me guía de vuelta a donde están los demás.

No tardamos en ir a comer algo al restaurante antes de seguir con las actividades de la tarde. No tengo ganas de nada, pero sé que lo mejor es mantener la mente ocupada. Nos dirigimos a ver los espectáculos de danza y teatro. Me emociona ver las actuaciones, y cuando llega el turno de la escuela de Carla, mi escuela de toda la vida, se me encoge el corazón.

Observo las actuaciones de los pequeños bailarines, recordando los viejos tiempos, y cuando llega el turno de mis antiguos compañeros, las lágrimas inundan mis ojos.

Irme a Madrid y cumplir mi sueño de entrar en el conservatorio ha sido una experiencia increíble, pero en el fondo echo de menos mis raíces, el compañerismo y el amor que hay entre los miembros del equipo. Eran mi segunda familia.

Cuando terminan los espectáculos, esperamos en la entrada hasta que salen mis compañeros. Me saludan entusiasmados.

—Te echamos mucho de menos, Leah —dice Marta, con una sonrisa—. Pero estamos muy orgullosos de ti.

—Siento lo de tu lesión —dice Mía en voz baja.

Las caras de todos cambian y se vuelven tristes.

—Eh, ¡estoy bien! —intento animarlos—. No os preocupéis, pronto volveré a daros guerra.

Entre ellos se abre paso Carla y me pide hablar a solas. Nos apartamos del resto y tenemos una conversación bastante profunda.

—Sé que lo del accidente fue un golpe muy duro para ti —me dice, con una mirada comprensiva—, pero mira todo lo que has conseguido. Entraste en el conservatorio y hasta conseguiste entrar en el musical de *El Rey León*, eso no lo puede decir cualquiera. Has tenido un contratiempo, pero volverás a brillar, mi niña.

Sus palabras son sagradas para mí. Carla siempre sabe qué decir para que las personas se sientan mejor, es un amor de mujer. Seguimos charlando, y antes de despedirnos, me mira a los ojos con cariño.

—Cuando quieras, las puertas de la escuela estarán abiertas para ti —sonríe—. Tanto si quieres venir a ver las clases, como si necesitas un lugar para volver a empezar a practicar.

—Me encantaría —le digo mientras seco las lágrimas que se escapan de mis ojos—. Gracias, Carla.

Ella asiente y me da un largo abrazo antes de irse. Yo vuelvo con Beca, con una sensación diferente.

—¿Qué tal? —me pregunta.

—Bien, muy bien —respondo con una sonrisa.

—¡Bien! Vamos bien, Leah. ¿Qué te apetece hacer ahora?

—¿Qué te parece si vamos a la piscina y luego hacemos sesión de belleza?

Ella acepta entusiasmada y nos dirigimos a casa. Una vez allí, nos cambiamos y nos dirigimos a la piscina. El agua es refrescante y me ayuda a relajarme y a despejar la mente. Beca y yo charlamos y reímos, disfrutando del buen tiempo.

Después de un buen rato, volvemos dentro para nuestra sesión de belleza. Beca saca una colección impresionante de esmaltes de uñas, mascarillas faciales y productos para el cuidado de la piel y el cabello. Pasamos el resto de la tarde mimándonos, pintándonos las uñas y poniéndonos mascarillas, riendo y disfrutando de nuestra compañía.

—Gracias, Beca —digo mientras aplico una mascarilla en mi rostro—. Necesitaba un día así.

—Para eso están las amigas —responde con una sonrisa—. Nos lo merecemos.

Después de la sesión de belleza, cenamos unas pizzas en casa. Nos sentamos en la mesa de la cocina, devorando las deliciosas porciones cargadas de queso y pepperoni. La cena transcurre llena de risas, y por un momento, todo parece perfecto.

—¿Lista para los fuegos artificiales? —pregunta Beca, limpiándose las manos con una servilleta.

—Sí, vamos a prepararnos —respondo con entusiasmo.

Nos arreglamos, eligiendo conjuntos cómodos pero bonitos. Me pongo unos *jeans* y una camiseta suelta, mientras que Beca opta por otro vestido veraniego.

Llegamos al lugar donde se lanzan los fuegos artificiales, y encontramos un buen sitio con una vista despejada del cielo. La plaza está llena de gente, todos emocionados. Nos sentamos en el suelo, sobre una manta que hemos traído, y esperamos con expectación.

De pronto, el primer cohete sube al cielo, estallando en una brillante explosión de colores. Rojos, azules y verdes iluminan la noche, creando formas impresionantes que se reflejan en los ojos de todos los presentes. Los fuegos artificiales dibujan patrones complejos, cada uno más impresionante que el anterior. La multitud reacciona con “*oohs*” y “*aaahs*”, y el ambiente se llena de celebraciones.

—Son preciosos —susurra Beca, con los ojos brillantes.

—Sí, lo son —respondo, maravillada.

El espectáculo dura casi una hora, cada minuto más fascinante que el anterior. Las luces llenan el cielo en una sinfonía de explosiones y colores, terminando con un final espectacular que deja a todos sin aliento. Cuando el último fuego artificial se desvanece, la multitud estalla en aplausos y vítores.

—Ha sido increíble —digo mientras nos levantamos y recogemos nuestras cosas.

—Mágico —responde Beca con una sonrisa.

Volvemos a casa y nos sentamos en la terraza, con unas copas en la mano, para disfrutar del final de la noche. La brisa nocturna es fresca y agradable.

—Mañana terminan las fiestas y vuelves a casa —digo, sintiendo un nudo en el estómago.

—Lo sé —responde Beca—. No quiero que se acabe, pero al menos nos queda un último día juntas.

—Pienso exprimirlo hasta el último segundo —digo, levantando mi copa—. Por nosotras.

—¡Por nosotras! —exclama Beca, chocando su copa con la mía.

La noche avanza mientras charlamos y reímos, hasta que el cansancio se apodera de nosotras y decidimos irnos a dormir.

El último día de las fiestas empieza con la ceremonia de entrega de premios, un evento esperado por todos los habitantes del pueblo. La plaza principal está decorada con banderas y guirnaldas, y un pequeño escenario se ha montado para la ocasión. Beca y yo llegamos temprano para encontrar un buen sitio. La emoción en el aire es palpable mientras los vecinos nos reunimos para celebrar a los ganadores de las competiciones deportivas y concursos que se han llevado a cabo durante la semana.

La ceremonia empieza con una serie de discursos de las autoridades locales, quienes destacan la importancia de las fiestas para mantener vivo el espíritu comunitario. Luego, uno a uno, los ganadores son llamados al escenario para recibir sus premios. Entre aplausos y vítores, se entregan trofeos a los mejores atletas, medallas a los talentosos artistas y diplomas a los contribuyentes más destacados.

Finalmente, llega el momento que más me emociona: el reconocimiento a mi padre por su contribución como cocinero y propietario del mejor restaurante del pueblo. Su nombre es anunciado y la multitud estalla en aplausos. Mi padre, con una gran sonrisa, sube al escenario y recibe su premio. Lo miro con orgullo mientras sostiene el trofeo en alto, agradeciendo a todos por su apoyo.

—¡Bravo, papá! —grito.

Después de la ceremonia, la plaza se transforma para el baile popular. Las luces de colores se encienden y la música tradicional empieza a sonar. Aunque no puedo bailar, disfruto de ver el espectáculo desde una mesa cercana. Beca y yo observamos cómo la gente se divierte, con sus risas y movimientos llenando el ambiente de alegría.

Más tarde, las sillas y mantas se distribuyen por la plaza para el cine al aire libre. Proyectan *Grease*, y todos parecemos disfrutarla al máximo. La tarde es perfecta, con una brisa suave y el cielo despejado como telón de fondo. Nos acomodamos en nuestras sillas, disfrutando del cine bajo el atardecer.

Cuando la película termina, nos dirigimos a casa para cenar una última vez juntas. Sin embargo, antes de que podamos sentarnos a la mesa, el taxi de Beca llega para recogerla. El momento que tanto temía ha llegado.

—Supongo que es hora de despedirse —digo, intentando mantener la voz firme.

—Sí, pero nos volveremos a ver pronto —responde ella, abrazándome con fuerza—. Lo prometo.

—Te voy a echar de menos —digo, con un nudo en la garganta.

—Y yo a ti —responde ella, con lágrimas en los ojos—. Gracias por estos días increíbles.

—Gracias a ti por venir —respondo, intentando sonreír.

Nos despedimos con un último abrazo antes de que ella suba al taxi, y yo lo observo alejarse, llevándose consigo a mi mejor amiga. Vuelvo a casa sintiéndome melancólica, pero también agradecida por haber podido disfrutar de su compañía durante todos estos días.

Me dirijo a mi habitación. Tenía pensado pasarme más tarde por la cena de hermandad, pero la verdad es que no me apetece salir de casa. Me siento en la cama y decido dibujar para despejar

mi mente. Empiezo a hacer un boceto de Beca y yo disfrutando de las fiestas, riéndonos y pasándolo bien.

De pronto, escucho ruido fuera. Miro por la ventana y veo a Izan y Álex llegando borrachos, con dos chicas que no reconozco. Deben ser turistas. Intento ignorarlos, pero el escándalo es demasiado para dejarlo pasar. Sus risas y gritos resuenan por toda la casa.

Decido llamarles la atención. Cuando abro la puerta, Izan me ve y se ríe.

—¡Leah! Pensé que no estabas en casa. Puedes unirme a la fiesta si quieres —dice con una sonrisa torcida.

Álex ni siquiera me mira, está demasiado ocupado haciendo manitas con su nueva amiga. Siento un nudo de rabia formarse en mi estómago.

—No, gracias —respondo con frialdad, dedicándole una mirada asesina a Izan antes de volver a mi habitación sin decir nada más.

Mientras me alejo, escucho hablar a una de las chicas y me paro a cotillear.

—¿Quién es la coja? —pregunta entre risitas.

—No es nadie, solo una pardilla. Ignórala —responde Álex.

La ira hierve en mi interior. Estoy a punto de dar media vuelta y darle un puñetazo en toda la cara, pero me contengo. No pienso volver a empezar un juego del que escapé hace años. Respiro hondo y cierro la puerta de mi habitación con fuerza, dejando que el sonido resuene por toda la casa.

Me siento en la cama, inundada de rabia. Miro mi dibujo inacabado, y veo las líneas borrosas por culpa de mis manos temblorosas. Aprieto los puños, decidida a no dejar que Álex arruine esta semana maravillosa.

Me acuesto, pero el sueño no llega. Me esfuerzo en pensar en los buenos momentos con Beca, en vez de hundirme en todo lo que siento ahora mismo. Al final, el cansancio me vence y caigo en un sueño inquieto.

Febrero, 2023. Miravet.

Llevo meses viniendo a ver las clases de baile de Carla, y nunca me canso de ellas. Hace semanas que no necesito las muletas. Mi médico y Laura dicen que la rehabilitación va de maravilla y que ya puedo añadir ejercicios de resistencia y equilibrio para restaurar completamente la función de la pierna. Eso significa que, sin forzar demasiado, puedo volver a bailar. Dicen que no va a ser fácil, que es como si tuviese que volver a empezar desde cero, y que tengo que hacerlo poco a poco, o puede ser contraproducente.

Le he dado muchas vueltas y, cuando Carla está cerrando la escuela, decido pedirle permiso para poder venir a practicar cuando no haya nadie. Ella no duda en darme unas llaves y me susurra el código de la alarma al oído. Me dice que hoy cierro yo y se marcha, dejándome sola. Cierro la puerta con llave y me dirijo a una de las aulas vacías.

Lo admiro todo a mi alrededor. Aquí empezó todo, cuando apenas tenía tres años y mis padres me apuntaron a clases de baile. He crecido aquí, y no creo que exista un lugar mejor en el que volver a aprender a bailar y reconectar conmigo misma.

Me acerco a una de las barras y empiezo a hacer algunos estiramientos con cuidado. Además de la pierna, noto mi cuerpo muy rígido. Aunque supongo que es lo normal después de meses moviéndome lo justo y necesario.

Empiezo a practicar algunos pasos básicos, sin cargar la pierna demasiado, pero cuando intento hacer algo con ella, me da miedo hacerme daño y pierdo el equilibrio, cayéndome al suelo. Tenían razón, esto no va a ser nada fácil. Me levanto frustrada y recojo mis cosas antes de cerrar la escuela e ir a dar un paseo nocturno.

Caminar bajo la luz de la luna me ayuda a despejar la mente y a calmar los nervios. Sabía que no iba a ser un camino de rosas, pero no me imaginaba esto. Me siento inútil y ahora mismo no tengo nada claro que pueda seguir dedicándome a la danza.

Me dirijo a casa aguantando las lágrimas y, al llegar, me encuentro con Álex en la entrada. Lo que me faltaba. Llevo mucho tiempo evitándolo, y en el restaurante hago como si no existiera. Si yo no soy nadie, él menos.

Intento pasar por su espalda sin que me vea, pero hago un ruido inesperado y él se gira.

—Hola, Leah —me saluda como si nada.

Yo fuerzo una sonrisa, sin decir ni una palabra, y sigo mi camino.

—Me gustaría hablar contigo —dice antes de que entre en casa.

—¿Qué quieres, Álex? No es un buen día. No tengo ganas de aguantar tus tonterías.

—Por favor... —me suplica con la mirada.

Dejo las cosas en el jardín con un suspiro y le hago un gesto con la mano para ir a dar un paseo y charlar.

—Siento haberme comportado tan mal contigo este verano —consigue decir a unos pocos pasos de mi casa.

—Como si te importara lo que yo piense —digo con ironía.

—Claro que me importa —dice, mirándome como si quisiera decir algo más.

Lo miro a los ojos, en silencio, esperando que continúe. Él se acerca un poco más, y durante

unos segundos, mi respiración se corta.

—No entiendes nada, Leah —dice, acariciándome el pelo sin apartar la mirada de mi boca. Yo me aparto de él.

—Me vas a volver loca —le recrimino antes de alejarme de vuelta a casa, con él siguiéndome de cerca.

—¡Leah, espera! —me llama, pero intento ignorarlo.

Cuando llegamos a la puerta doy media vuelta y le hago un gesto para que pare. Me mira desesperado.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —le pregunto, pero cuando está a punto de responder, Izan sale por la puerta.

—¿Nos vamos? —pregunta, mirando a Álex—. Vamos a llegar tarde.

Él lo saluda como si nada.

—Si llegamos tarde no será por mi culpa —le responde con una sonrisa—. Al que siempre hay que esperar es a ti. Eres peor que una mujer.

Se ríen como auténticos macacos y después Izan se despide de mí. Álex le sigue, y mientras se aleja me dedica alguna que otra mirada de disculpa.

Hoy ha sido un día raro y estresante, y decido darme un baño para intentar relajarme. Me sumerjo en el agua caliente, sintiendo cómo el vapor envuelve mi cuerpo y relaja cada músculo. Cierro los ojos y dejo que la tensión se disipe poco a poco. El sonido del agua cayendo suavemente en la bañera me tranquiliza, y por un momento, me olvido de todo.

Después de un buen rato, salgo del baño envuelta en una toalla y me siento en la cama, todavía con el pelo mojado. Enciendo la lámpara de la mesita de noche y cojo la libreta y el lápiz. Empiezo a dibujar, dejando que mis manos sigan el movimiento sin pensar demasiado.

Los trazos fluyen sobre el papel, creando una silueta. Dibujo cada detalle, desde su pelo hasta sus ojos. A medida que la imagen cobra vida en la página, me doy cuenta de que se trata de Álex. Suelto el lápiz y cierro la libreta de golpe, con el corazón latiendo con fuerza.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunto en voz baja.

Decido dejar la libreta y el lápiz sobre la mesita de noche, dejando de lado el dibujo a medias. Ya tengo suficiente en mi vida como para volver a preocuparme por él. No necesito más complicaciones ni distracciones.

La tarde de rehabilitación ha ido genial. Laura dice que si continúo así, pronto estaré completamente recuperada. Me encamino hacia la escuela de baile, para ver las últimas clases, hasta que llegue el momento de quedarme a solas. Cuando todos se marchan, incluida Carla, cierro la puerta con llave y enciendo la música. Me animo mientras hago estiramientos y recuerdo las recomendaciones de Laura para no hacerme daño. Empiezo a bailar suave, sin hacer movimientos bruscos que puedan desestabilizarme, dejando que la música fluya por mis venas. Aunque me siento algo torpe al principio, poco a poco vuelvo a conectar con ella.

Tras unos minutos de plena libertad, escucho golpes en la puerta. Paro la música, y al asomarme, veo a Álex en la entrada. Abro la puerta, sorprendida.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Izan comentó en el restaurante donde estarías, y he pensado venir a verte.

Lo miro perpleja.

—Adelante, pasa si quieres, estoy entrenando —le digo.

Él me sigue hasta la sala. Se sienta en el suelo y me observa. En otro momento, me habría sentido incómoda, pero estoy tan concentrada que no puedo pensar en nada más.

Sigo con mis ejercicios, intentando subir la intensidad, pero siempre dudo cuando llega el momento de usar la pierna lesionada. Álex se levanta y se acerca a mí.

—Deja que intente ayudarte —se ofrece.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —pregunto con una risa sarcástica.

—Tú vuelve a intentarlo, hazme caso —insiste.

Empiezo a realizar los pasos, y cuando llega el momento crítico, Álex me levanta suavemente por la cintura, permitiéndome continuar sin forzar la pierna.

—¡Funciona! —exclamo, emocionada.

—¡Pues claro! —responde, riéndose—. Venga, sigue.

Tras un rato de entrenamiento, acabamos exhaustos. Sacamos bebidas energéticas de la máquina expendedora y nos sentamos en la entrada a contemplar las estrellas.

—Estás avanzando mucho, Leah —me felicita Álex.

—¿Si, verdad? Muchas gracias por tu ayuda —le agradezco con sinceridad.

Después de un largo silencio, consigo preguntar algo que llevo todo el día pensando.

—Oye, Álex, ¿que querías decirme ayer?

Él me mira a los ojos.

—No es fácil de explicar —suspira.

—Prueba a empezar por el principio —lo animo.

—Tengo que confesarte algo —dice con una sonrisa nerviosa.

—Venga, va, di lo que tengas que decir —digo, desesperada—. Arranca la tirita.

Después de un breve titubeo, continúa:

—¿Alguna vez te has enamorado?

Su pregunta me desconcierta.

—¿A qué viene eso ahora? —replico.

—Verás, creo que llevo más años de los que quiero admitir enamorado de alguien de quien no me esperaba enamorarme nunca.

Lo observo en silencio durante unos breves segundos.

—¿A dónde quieres llegar? Ve al grano —digo, cruzándome de brazos.

Él se ríe.

—A veces pareces boba, Leah. Esa persona... eres tú.

Una carcajada se escapa de mi boca.

—Eso es imposible. ¿Qué es esto? ¿Una broma?

—No me di cuenta de cuanto me importas hasta que te mudaste —me mira con seriedad—. Te echaba tanto de menos que hasta me deprimí. Luego, pasó lo del accidente, y pensar que te podría haber pasado algo malo me destrozó. Creo que mi actitud contigo durante toda la vida siempre ha escondido algo más detrás. Empiezo a pensar que buscaba discutir contigo solo para poder tener esos momentos solo nuestros.

Me quedo sin palabras, observándolo. Por unos instantes me permito pensar que esto es real, pero entonces recuerdo las palabras hirientes que dijo sobre mí.

—Pensaba que no era nadie, solo una pardilla —comento.

—Leah... Solo dije eso porque estaba enfadado. Te vi con Víctor en las fiestas y me moría de celos.

—¿Por eso cambiaste tu actitud conmigo? —pregunto, intentando comprender algo de lo que está pasando.

Él asiente, avergonzado.

—Víctor y yo solo somos amigos —destaco—. Pero tú y yo nunca hemos sido nada para que

te sientas así al respecto.

—Por eso decidí apartarme —confiesa—, pero no consigo sacarte de mi cabeza. Necesitaba hablar contigo.

—No sé qué decir —digo mientras intento descifrar como debo sentirme.

—No hace falta que digas nada, olvídalo —se levanta y me da un beso en la mejilla—. Buenas noches, Leah —se despide antes de marcharse.

Me siento tentada a seguirlo y lanzarme a sus brazos, pero necesito procesar todo esto. Me quedo en el umbral de la puerta, sintiendo la brisa de la noche en mi rostro, mientras intento ordenar mis pensamientos.

Hoy me toca ayudar a mis padres en el restaurante. Me he cruzado un par de veces con Álex, quien solo me dedica sonrisas vergonzosas. Hace días, desde que me confesó sus sentimientos, que nuestros encuentros son más incómodos de lo normal. Después del servicio, nos preparamos para la cena familiar de todos los días y me quedo a solas con él en la cocina.

—¿Va todo bien? —le pregunto, notando su comportamiento extraño.

—Sí, sí, todo bien —responde sin mirarme a los ojos.

Sonrío y decido romper la tensión.

—¿Te apetece ir a dar un paseo después de cenar?

Él asiente, y en ese momento entra Izan en la cocina.

—Qué raro que llevéis solos más de cuatro segundos y no os estéis matando —comenta, bromeando a medias.

Nos reímos, e Izan se va por donde ha venido, mirándonos como si estuviera viendo algo imposible. Salimos tras él y nos reunimos con el resto a la mesa. Durante la cena, Álex y yo compartimos algunas miradas, pero no decimos nada. Cuando terminamos, me giro hacia él.

—Pasa a buscarme por casa en quince minutos, necesito darme una ducha —le susurro antes de levantarme de la silla.

Él asiente y me despido para ir corriendo a casa a arreglarme. Mientras me ducho, el agua caliente me ayuda a relajarme y a calmar los nervios que siento por nuestra conversación pendiente.

Salgo del baño y me seco con rapidez, sintiendo la frescura del aire nocturno. Abro mi armario, buscando algo cómodo pero bonito, algo que me haga sentir segura y tranquila, como si fuera a una cita.

Elijo un vestido de algodón, de un color azul claro que siempre me ha gustado. Tiene un diseño sencillo pero elegante, con tirantes finos y una falda que cae suavemente hasta justo por encima de las rodillas. Me pongo un par de sandalias blancas con una pequeña cuña que me dan un poco de altura sin ser incómodas.

Me seco el pelo, dejándolo suelto, y me aplico un poco de maquillaje: una base ligera, un toque de rubor para darme color, máscara de pestañas y un brillo de labios rosa pálido que realza mi sonrisa.

A los quince minutos exactos, escucho el timbre de la puerta. Respiro hondo antes de abrir, y me encuentro con Álex. Él lleva una camisa blanca de lino, unos vaqueros oscuros y unas deportivas bastante elegantes.

—¿Lista? —pregunta con una sonrisa nerviosa.

—Lista —respondo, devolviéndole la sonrisa.

Juntos, salimos a caminar por el pueblo. Paseamos hasta el castillo, una impresionante fortaleza templaria situada en lo alto de una colina. Aunque de noche está cerrado, nos ofrece unas preciosas vistas panorámicas del río Ebro y del paisaje. Nos sentamos en el suelo, disfrutando del aire fresco y la tranquilidad que nos rodea.

—Hace días que espero que aparezcas por la escuela de baile —le digo, rompiendo el silencio.

—No sabía si te sentirías cómoda estando a solas conmigo —responde, mirándome con timidez.

—No te preocupes por eso —digo, apartando la mirada y observando el horizonte, pensativa.

Él me mira en silencio durante unos segundos.

—¿En qué piensas? —pregunta con curiosidad.

—Es raro —respondo, volviendo mi mirada hacia él—, nunca me habría imaginado que podríamos llegar a llevarnos bien.

Álex se ríe, con su risa cálida y contagiosa. No puedo evitar quedarme embobada, admirando su rostro iluminado por la tenue luz de las estrellas. Es tan guapo y tiene una sonrisa tan bonita que me siento atrapada.

—¿Sabes? No eres el único que se siente diferente —continúo, suspirando—. Creo que yo también siento más por ti de lo que quiero admitir.

Nos miramos en silencio, con una conexión inexplicable. Álex rompe el silencio con una pregunta:

—¿Y ahora qué hacemos?

—No tengo ni idea —respondo con una sonrisa.

Él me mira a los ojos y acerca su mano hacia mi pelo, apartándolo de mi cara con una suave caricia. Se acerca lentamente, hasta que nuestros labios se encuentran en un beso dulce y mágico. Siento una oleada de emociones, una mezcla de alivio y euforia. Sin embargo, me aparto, preocupada.

—Si esto no sale bien, no va a ser bueno para nadie —le digo, mirándolo a los ojos con seriedad.

—Ahora mismo me da igual el resto del mundo —responde, con una convicción que me desarma.

Nos besamos de nuevo, y esta vez, el beso es más intenso, lleno de promesas y de una nueva posibilidad que ambos estamos dispuestos a explorar.

Volvemos a casa cogidos de la mano, entre abrazos y besos fugaces. Cuando estamos cerca, me separo de él.

—Es mejor que de momento nadie sepa nada —digo mirando hacia la ventana de la habitación de Izan—. Antes de hacerlo oficial, tenemos que ver cómo va la cosa.

Álex asiente y, con una sonrisa pícaro, coge mi mano y me arrastra hasta detrás de un arbusto. Nos damos un último beso a escondidas.

—Mañana sin falta iré a la escuela a echarte una mano —promete.

Sonrío complacida y le doy las buenas noches. Él me mira con ternura y dice:

—Aún no me he ido y ya te echo de menos.

Nos despedimos con mimos, y entro en casa sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo. Me dirijo a mi habitación y abro el cuaderno de dibujo por la página del retrato de Álex. Esta vez lo admiro con una sonrisa, y decido terminar el dibujo. Me he repetido muchas veces que no necesito más complicaciones, pero la verdad es que esto es superior a mí.

Mientras dibujo, dejo que mis pensamientos fluyan. La suavidad de sus labios, la calidez de su mano agarrando la mía, y la sinceridad en sus ojos. Termino el dibujo con cuidado, añadiendo los detalles finales con esmero. Es un retrato de él sonriendo, con una expresión llena de esa mezcla de confianza y vulnerabilidad que tanto me atrae.

Cierro el cuaderno y me recuesto en la cama, mirando hacia el techo. Me siento emocionada y aterrada a la vez. Dejo escapar un suspiro y cierro los ojos, dejándome llevar por los recuerdos de una noche perfecta.

Ya hace un rato que me he quedado sola en la escuela, pero no he empezado a practicar, solo puedo esperar el momento en que Álex aparezca, y por fin lo hace. Abro la puerta y me lanzo sobre él, comiéndomelo a besos.

—Si me vas a recibir así voy a venir cada día —comenta con una sonrisa.

—¿Dónde está el problema?

Nos reímos mientras vuelvo a cerrar la puerta con llave y luego nos dirigimos al aula. Enciendo la música y empiezo a bailar a su alrededor, bajo su mirada hechizada. Él me levanta con delicadeza del suelo cuando lo necesito y la coreografía empieza a tomar forma.

Me siento segura en sus brazos y cada vez que me roza la cintura siento escalofríos. Terminamos con un *porté* perfecto, él me mira a los ojos a la altura de mis caderas y me ayuda a bajar, deslizándose por su cuerpo mientras nos miramos fijamente, sudados y jadeando.

Nos besamos con pasión, y después me hace girar hasta darle la espalda. Empieza a besar mi cuello, erizando cada centímetro de mi piel, y luego introduce su mano dentro de mis pantalones con cuidado. Empieza a hacer movimientos suaves con sus dedos sobre mi clítoris, consiguiendo que el placer se apodere de mí. Me dejo llevar mientras intento silenciar mis gemidos descontrolados.

Sus labios sobre mi piel y sus caricias me hacen sentir en las nubes. Doy media vuelta y lo miro a los ojos, todavía con el corazón acelerado.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, con la respiración entrecortada.

—Solo una pequeña muestra de lo que te espera —dice, con una sonrisa juguetona.

Un cosquilleo recorre todo mi cuerpo y no puedo evitar soltar una risa nerviosa. Tras la inesperada pausa, seguimos entrenando hasta el anochecer, y luego me acompaña a casa. Nos despedimos cerca del portal, envueltos en un aura de dulzura y complicidad, prometiéndonos encontrarnos mañana.

Hace días que Álex y yo nos vemos solo en el restaurante, pero hoy al fin vamos a tener nuestra primera cita oficial. Hace frío, así que decido abrigarme bien. Me pongo unos *jeans* oscuros ajustados, un suéter de color crema y un abrigo de lana *camel* que me llega hasta las rodillas. Completo mi atuendo con una bufanda de tonos tierra y un gorro de punto beige, además de mis botas favoritas.

Álex llega puntual, también abrigado con un chaquetón de cuero y una bufanda gruesa. Me sonrío con esa mirada que me hace sentir especial.

—Estás preciosa —dice antes de darme un beso.

—Tú tampoco estás mal —respondo, guiñándole el ojo.

—¿Lista? —me pregunta, ofreciéndome su brazo.

—¿A dónde vamos? —le pregunto, curiosa.

—Es una sorpresa —responde con una sonrisa enigmática.

Le devuelvo la sonrisa y me encojo de hombros antes de cerrar la puerta con llave. Después, me agarro a su brazo y me dejo llevar por él. Paseamos con calma, disfrutando de cada segundo, mientras charlamos con libertad sobre cualquier tema que se nos ocurre. Su risa es contagiosa, y no puedo evitar sentirme completamente feliz a su lado.

Caminamos hasta el muelle y, al llegar, veo un pequeño barco esperándonos.

—¿Te apetece un paseo en barco? —me pregunta mientras me observa, esperando mi reacción.

—¡Claro que sí! —respondo, entusiasmada. La idea de un paseo en barco me hace mucha ilusión.

Subimos al barco y nos acomodamos mientras el capitán nos saluda con amabilidad. El paisaje es impresionante. Las aguas del Ebro reflejan los colores apagados del cielo invernal, y el sonido del agua al chocar contra el casco del barco crea una atmósfera tranquila y relajante.

Durante el paseo, Álex y yo seguimos hablando de todo un poco, desde nuestras esperanzas y sueños hasta recuerdos de la infancia.

—¿Te acuerdas de cuando intentamos construir una balsa con Izan y casi nos lleva la corriente? —dice riendo.

—¡Cómo olvidarlo! Creo que ese fue el día en que nuestros padres se dieron cuenta de que los tres juntos éramos un peligro —respondo con una gran sonrisa.

El barco se desliza suavemente por el río, y nos acercamos a una parte más tranquila donde los árboles a ambos lados se inclinan sobre el agua, creando un túnel natural. Las ramas desnudas se reflejan en el agua, creando un efecto casi mágico. Nos sentamos uno junto al otro, compartiendo un silencio cómodo que solo se consigue con alguien a quien conoces tan bien.

—Esto es precioso —digo, apoyando mi cabeza sobre su hombro.

—Sí, lo es. Pero no tanto como tú —dice él, provocando que me sonroje.

Seguimos disfrutando del paseo en barco, señalando las pequeñas maravillas de la naturaleza que encontramos en el camino.

La tranquilidad del río, el sonido del agua, y la compañía de Álex hacen que el tiempo pase

volando. El paseo termina y atracamos de nuevo en el embarcadero. Bajamos del barco y Álex me coge de la mano.

—Tengo otra sorpresa —dice, guiándome hacia nuestro próximo destino.

Caminamos por las calles de Miravet hasta llegar a una bodega bastante acogedora, con una fachada de piedra que parece sacada de otro tiempo. Al entrar, el ambiente cálido y el aroma a vino me envuelven de inmediato. Nos recibe un enólogo muy amable, que nos guía hacia una mesa dispuesta con varias copas y botellas de vino.

—Bienvenidos a nuestra cata. Hoy probarán una selección especial de nuestros mejores vinos —dice, con una sonrisa.

Nos sentamos, y Álex me mira con los ojos brillantes.

—Espero que te guste el vino —dice, un poco nervioso.

—Me encanta, esto es perfecto —respondo, acariciando su mano.

La cata empieza con un vino blanco ligero. El enólogo nos explica la historia de cada vino, las uvas utilizadas y el proceso de fermentación, mientras saboreamos cada copa. El primer sorbo es refrescante, con notas de cítricos y flores.

—Es increíble —comento, girando la copa para apreciar mejor el aroma.

—Opino lo mismo —responde Álex, sonriendo—. Me alegra que te guste.

El siguiente vino es un rosado, con un color vibrante y un sabor afrutado que me hace cerrar los ojos para disfrutar mejor de la experiencia.

—¿Qué te parece? —pregunta Álex, observándome con atención.

—Maravilloso. Nunca había probado un vino así —respondo, impresionada.

Seguimos con varios tintos, cada uno más delicioso que el anterior. Disfrutamos de la conversación con el enólogo y entre nosotros, comentando los matices y sabores de cada vino.

—Este tiene un sabor a frutos rojos muy marcado, ¿no crees? —digo, después de probar un tinto robusto.

—Sí, y también noto un toque de especias —responde Álex, compartiendo mi entusiasmo.

La última copa es de un vino dulce, perfecto para finalizar la cata. Su sabor suave y meloso es el cierre ideal para esta experiencia.

—Este es el mejor. Es como si cada sorbo me llenara de pura felicidad —digo, saboreándolo.

—Totalmente de acuerdo. Este sitio es muy especial, ¿verdad? —responde Álex, mirándome con ternura.

Al terminar, salimos de la bodega entre risas. Me siento feliz y algo mareada por culpa del vino. Álex agarra mi mano, mirándome a los ojos.

—Vamos, quiero llevarte a otro sitio —dice, emocionado, arrastrándome con él.

Paseamos hasta llegar a un mirador cercano, justo a tiempo para ver el sol desaparecer detrás de las colinas, pintando el cielo de tonos anaranjados y rosados. La vista es espectacular. Nos sentamos en un banco a observar el paisaje, y Álex me envuelve con su brazo para protegerme del frío.

—Esto es increíble —digo en voz baja, mirando como las luces del pueblo se encienden una a una.

—Sí, lo es —responde él, mirándome a los ojos.

—Gracias por este día, Álex. Ha sido perfecto —le digo, apoyando mi cabeza sobre su hombro.

—No hay de qué, ha sido un placer. Me alegra que te haya gustado —responde, besándome en la frente con suavidad.

Nos quedamos en silencio, abrazados, viendo anoecer. El cielo se oscurece cada vez más, y

las estrellas empiezan a brillar sobre nosotros. El aire frío nos rodea, pero la calidez de estar juntos hace que sea más llevadero.

—¿Te acuerdas de cuando solíamos venir aquí de niños? —pregunta Álex, rompiendo el silencio.

—Claro que sí. Queríamos quedarnos hasta que oscureciera, pero nuestros padres siempre nos hacían volver a casa para cenar —respondo, sonriendo al recordar aquellos días.

—Sí, eran buenos tiempos. Pero este momento es aún mejor —dice, mirándome de una forma que hace que mi corazón se acelere.

—Lo sé —digo, devolviéndole la mirada.

Nos quedamos un rato más, disfrutando de la tranquilidad de la noche, hasta que Álex se pone en pie y me entrega su mano.

—Es hora de llevarte a casa, princesa —dice con una sonrisa juguetona.

—De acuerdo, caballero —respondo, cogiendo su mano y levantándome del banco.

Caminamos de vuelta, con las manos entrelazadas, y cuando llegamos a mi casa, nos paramos a unos pocos metros de la puerta.

—Gracias por todo, ha sido un día maravilloso —le digo, con una mezcla de felicidad y tristeza por tener que despedirme de él.

—Gracias a ti, por dedicarme tu tiempo. Ya estoy deseando que llegue la próxima cita —responde, inclinándose para darme un último beso.

Nuestros labios se encuentran en un beso dulce y prolongado, y siento que el tiempo se detiene por un instante. Cuando nos separamos, nos miramos a los ojos, sonrientes.

—Buenas noches, Álex —digo en un susurro.

—Buenas noches, Leah —responde, acariciando mi mejilla antes de dar media vuelta para irse.

Entro en casa con una sonrisa en los labios y el corazón latiendo con fuerza. Subo a mi habitación y me dejo caer sobre la cama mientras repaso cada segundo de la cita en mi mente. Cojo mi cuaderno de dibujo y, antes de irme a dormir, hago un esbozo rápido de nosotros en el mirador bajo las estrellas.

Estoy cansada, así que no tardo en devolver la libreta al cajón de la mesita de noche. Apago la luz y me acurruco bajo las mantas, sintiendo una felicidad que hace mucho tiempo que no experimentaba. Cierro los ojos y sigo divagando entre mis pensamientos.

Álex y yo llevamos todo el día lanzándonos miraditas mientras trabajamos en el restaurante. Llevo horas esperando a que llegue el momento de salir y poder pasar tiempo a solas con él. El restaurante se va vaciando poco a poco y, después de ayudar a recoger las mesas y limpiar la cocina, nos sentamos en la terraza a esperar que el resto se vaya. La brisa fresca de la noche, acompañada por el sonido de las hojas moviéndose con el viento, es muy agradable.

Álex me coge de la mano bajo la mesa y yo sonrío, disfrutando de nuestra conexión.

—Hoy ha sido un día muy largo —comenta, entrelazando sus dedos con los míos.

—Sí, pero no hay nada mejor que terminarlo así —respondo, mirándolo a los ojos.

Justo cuando estoy a punto de decirle algo más, Izan sale y se sienta con nosotros, interrumpiéndome.

—¿Qué tal, chicos? —pregunta, con su típica energía contagiosa.

—Bien, cansado pero feliz —responde Álex, apretando mi mano con suavidad.

—Sí, hoy ha sido un día duro —añado, sonriendo.

Nos quedamos charlando un rato, hablando de cosas del día a día y riéndonos de algunas anécdotas que han ocurrido en el trabajo. Izan menciona la casa rural.

—Por cierto, ya está casi todo listo —dice con entusiasmo—. Tienes que venir a verla, Leah. Podrías venir mañana. ¿Qué te parece?

—Sí, te va a encantar —añade Álex, mirándome con una sonrisa—. Ha cambiado mucho.

—¡Claro! Me encantaría —respondo, emocionada—. Me muero de ganas de ver cómo ha quedado.

—Perfecto. Podemos ir después del almuerzo —propone Izan—. Así tenemos tiempo de enseñártelo todo con calma.

—Me parece una idea genial —digo, mirando a Álex—. Estoy deseando ver el resultado de vuestro trabajo.

Izan empieza a actuar de forma extraña. Intercambia miradas fugaces con Álex y conmigo sin parar. Una y otra vez, como si tuviera alguna sospecha.

—Aquí pasa algo —dice, frunciendo el ceño y apoyando los codos sobre la mesa para acercarse más a nosotros.

Álex suelta una risa nerviosa.

—¿De qué hablas? —pregunta con una sonrisa inocente.

Yo también intento mantener la calma, aunque mi corazón late a mil por hora.

—Sí, ¿qué te pasa? —añado, esforzándome por parecer despreocupada mientras le devuelvo la mirada a Izan.

Él nos observa durante unos segundos, hasta que la duda desaparece de su rostro.

—Ah, serán cosas mías —dice, encogiéndose de hombros y esbozando una pequeña sonrisa—. Bueno, chicos, me voy. Nos vemos mañana.

Nos despide con un gesto de la mano antes de levantarse y dirigirse hacia la puerta, lanzándonos una última mirada que no consigo interpretar.

—Hasta mañana, Izan —digo, observando cómo se aleja.

Nos hemos quedado solos en la terraza y aprovecho para acercarme más a Álex, apoyando mi cabeza sobre su hombro.

—Estoy deseando poder pasar más tiempo contigo —le digo en voz baja.

—Yo también —responde, besándome con dulzura en los labios—. Pronto tendremos un sitio donde poder escaparnos de vez en cuando —sonríe.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de la tranquilidad de la noche. Las luces del restaurante se reflejan en el pavimento húmedo, creando un ambiente muy romántico. Suspiro, aferrándome a su brazo, con la mirada perdida el horizonte.

—¿En qué piensas? —me pregunta mientras juega con mi pelo.

—En la casa rural. Me encantaría pasar un fin de semana allí, sin preocupaciones —respondo, cerrando los ojos y dejándome llevar por la imaginación—. Caminatas por el bosque, cocinar juntos, una noche de películas junto a la chimenea... disfrutar de la tranquilidad del río.

Él asiente.

—Suena perfecto —dice, pasando su brazo por detrás de mis hombros y apretándome un poco más contra él.

Nos quedamos en silencio de nuevo, disfrutando del simple hecho de estar juntos.

—¿Sabes? —digo, levantando la cabeza para mirarlo a los ojos—. Creo que esta es la primera vez en mucho tiempo que me siento realmente feliz.

Él me mira con ternura, acariciando mi mejilla.

—Eso me hace muy feliz, Leah —responde con un tono suave—. Y haré todo lo posible para que sigas sintiéndote así.

Le devuelvo una sonrisa y nos besamos con dulzura. Unos segundos después, alguien nos interrumpe con un inesperado carraspeo.

—Hola, Leah —saluda Carla con una sonrisa, paseando de la mano de su marido—. Perdonad la interrupción, pero me gustaría hablar contigo. ¿Podrías venir mañana por la tarde a la escuela antes de que terminen las clases?

—Claro, allí estaré —respondo, asintiendo con la cabeza.

—Perfecto. ¡Hasta mañana entonces! —se despide y continúa con su paseo.

Álex y yo nos miramos y estallamos a carcajadas.

—Deberíamos irnos a casa —sugiere.

—Sí, será lo mejor —respondo.

Nos levantamos, aún cogidos de la mano, y caminamos de vuelta a casa en un paseo lento lleno de risas y besos. Nos despedimos a unos metros de mi casa, con un último abrazo y un beso suave en los labios.

Una vez en mi habitación, saco el móvil de la mochila y me doy cuenta de que tengo varias llamadas perdidas de Beca. Preocupada, la llamo de inmediato.

—¡Beca! Perdona, acabo de ver tus llamadas perdidas. ¿Va todo bien? —digo en cuanto responde.

—¡Hola, Leah! No te preocupes. Solo quería decirte que nos veremos en unos días —responde ella, entusiasmada.

—¿Vas a venir a mi casa? —pregunto, sorprendida.

—No exactamente —contesta, riéndose—. Verás, desde que estuve allí, he mantenido el contacto con Marcos. Nos hemos visto varias veces en Madrid, y ahora me toca ir a mí.

—¡Vaya sorpresa! —digo, emocionada—. ¡Me alegro mucho, Beca!

—Gracias. ¿Y tú? ¿Alguna novedad? —pregunta con curiosidad.

Me aseguro de cerrar bien la puerta, suspirando con una mezcla de emociones revoloteando en

mi interior.

—Sí, de hecho, tengo algo que contarte —le digo, bajando la voz como si alguien pudiera escucharme—. Me estoy viendo con Álex, pero no es oficial todavía.

—¿Qué?! ¡Cuéntamelo todo! —exclama.

—Bueno, ha sido algo inesperado. Nos hemos visto mucho últimamente, y hay algo especial entre nosotros... —le explico, sintiendo una sonrisa formarse en mi rostro—. Pero hemos decidido mantenerlo en secreto por ahora, hasta ver cómo van las cosas.

—Me alegro mucho por ti, Leah. Pareces feliz. Espero que todo salga bien, hacéis muy buena pareja —dice con cariño.

—Gracias, Beca. Ya te contaré más cuando nos veamos.

—¡Por supuesto! Cuídate mucho, nos vemos pronto —se despide.

—Hasta pronto. Un abrazo —le digo antes de colgar.

Me cambio de ropa y me meto en la cama, y no puedo evitar sonreír al recordar los mejores momentos del día. Las cosas están cambiando y tengo la sensación de que todo empieza a encajar.

Esta mañana me he levantado llena de energía y he limpiado la casa a fondo. Es la primera vez que disfruto de la sensación de verlo todo en orden. Mi madre está en la cocina preparando el almuerzo mientras yo me doy una ducha rápida.

Quiero ponerme guapa, así que escojo un conjunto bonito pero abrigado: unos *jeans* ajustados de color claro, un jersey de lana blanco y un abrigo negro largo. Me miro en el espejo y sonrío, satisfecha con el resultado, y luego bajo a la cocina para unirme a mi madre en la mesa. Ella me observa con una expresión extraña.

—Te veo diferente, hija —dice con una sonrisa mientras nos sentamos a comer—. Estás recuperando la sonrisa, y eso me hace muy feliz. Estaba preocupada por ti, después de todo lo que acarreó el accidente...

—Eso es el pasado, mamá —la interrumpo con una sonrisa—. Hay que seguir adelante.

De pronto, se escucha el claxon del coche de Izan en la entrada. Me apresuro a terminar mis tostadas y cojo una manzana para el camino. Me levanto y me acerco a mi madre, dándole un beso en la frente.

—Te quiero, mamá. Nos vemos luego —le digo antes de salir corriendo hacia la puerta.

—Yo también te quiero, hija —me responde con una sonrisa.

Corro hacia el coche de Izan, donde él me espera impaciente.

—¡Vamos, que hay mucho que enseñarte! —dice, abriendo la puerta para que suba.

Subo al coche con entusiasmo, con la sensación de que hoy va a ser un gran día. Izan me lleva hasta la casa rural, situada entre el castillo y el río, y al llegar, veo a Álex, que nos espera en la entrada con una amplia sonrisa.

Al bajar del coche, me quedo sorprendida con el gran cambio. La antigua casa abandonada a la que veníamos a jugar de pequeños está completamente reformada y ha quedado preciosa.

—¡Es increíble! —exclamo, sin poder dejar de admirarlo todo a mi alrededor.

—Sabía que te gustaría —dice Álex, guiándome hacia la entrada.

Entramos en la casa y me encuentro con un recibidor encantador, decorado con flores frescas y detalles de madera. Después, me enseñan las habitaciones. Son amplias y tienen vistas al río y a los alrededores, decoradas con muebles rústicos y detalles que hacen que cada espacio sea cálido y hogareño.

—Mira estas habitaciones —digo, asomándome a una de las puertas—. Son tan acogedoras.

—Hemos puesto mucho esfuerzo en cada detalle —responde Izan, orgulloso.

Seguimos explorando y llegamos al salón, que tiene una chimenea de piedra y una biblioteca repleta de libros. Ya me imagino pasando tardes enteras leyendo o dibujando junto al fuego.

—Esto es perfecto —digo, maravillada—. La chimenea, la biblioteca... todo.

—No hemos acabado —dice Álex, guiándome hacia la siguiente área.

Hay una zona de juegos para niños, con juguetes y actividades infantiles, y varios talleres de artesanía y cocina donde los huéspedes pueden disfrutar de experiencias únicas.

—Los talleres son una gran idea —comento, pensando en todas las opciones que tienen—. Seguro que serán un éxito.

—Eso esperamos —responde Izan con una sonrisa.

Salimos al exterior y me quedo sin palabras. Hay una zona de barbacoa con mesas de madera y luces colgantes. Y la piscina exterior está rodeada de tumbonas y sombrillas, creando un pequeño oasis de tranquilidad.

—Es una pasada, chicos —digo, girándome para mirar a Izan y Álex a los ojos—. Habéis hecho un trabajo fantástico.

—Gracias, Leah. Nos alegra que te guste —responde Álex, acercándose un poco más a mí—. Estamos muy contentos con el resultado.

—¿Quieres saber más? —me pregunta Izan mientras nos dirigimos a una de las mesas del jardín.

—Claro, cuéntame —respondo, intrigada.

—El desayuno viene incluido, lo que será una experiencia con productos locales y caseros, obviamente, de nuestro restaurante. También ofreceremos degustaciones de vinos, excursiones y visitas guiadas, y rutas de senderismo o en bicicleta. O, si lo prefieren, también pueden alquilar una bicicleta e ir por su cuenta.

—¡Eso es perfecto! —exclamo, emocionada—. Ofrecéis tantas actividades...

—Sí, y eso no es todo —añade Álex—. Organizamos paseos en barco por el río y rutas en kayak, para los que buscan un poco más de emoción.

—Es increíble todo lo que habéis pensado —digo, impresionada—. Estoy segura de que a los huéspedes les va a encantar.

—Esa es la idea —responde Izan, sin poder dejar de sonreír—. Queremos que se sientan como en casa y disfruten al máximo.

Nos quedamos un rato más hablando sobre todas las posibilidades que ofrece la casa rural y luego nos levantamos para cerrarlo todo bien antes de irnos. Mientras caminamos por uno de los pasillos, veo una puerta cerrada, y me doy cuenta de que se trata de una sala que no me han enseñado. Me detengo, intrigada.

—¿Y esa sala? —pregunto, señalando la puerta.

Álex e Izan intercambian una mirada cómplice y sonríen.

—Es una sorpresa —responde Álex, con un brillo misterioso en los ojos.

—¿Una sorpresa? ¿Qué tipo de sorpresa? —insisto.

—Lo sabrás cuando llegue el momento —añade Izan, guiñándome un ojo.

—Venga, vamos, solo un adelanto... —les suplico.

—Tendrás que esperar —dice Álex, riendo—. Pero te prometo que valdrá la pena.

Suspirando, acepto la respuesta a regañadientes, aunque la curiosidad sigue latente en mi mente. Terminamos de cerrar todas las ventanas y puertas, asegurándonos de que todo está en orden antes de marcharnos.

Dejamos a Álex en su casa y, mientras conduce de camino a la nuestra, Izan me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Vas a contarme de una vez qué pasa entre vosotros dos? —pregunta, sin rodeos.

Intento mantener la calma.

—¿Entre nosotros dos? —respondo con una sonrisa forzada—. Nada.

Él niega con la cabeza, sonriendo.

—No me mientas, Leah. Toda la vida no habéis podido estar juntos más de cinco minutos sin pelearos por cualquier tontería. Ahora veo cómo os miráis, y sé que tiene algo que ver con el hecho de que, de pronto, tanto Álex como tú estéis rebosantes de felicidad.

No puedo evitar reírme por los nervios.

—Bueno, puede que sí tenga algo que ver. No te había contado nada por miedo a tu reacción, ya sabes, es tu mejor amigo...

—Lo que os haga felices a vosotros me hará feliz a mí —me interrumpe—. Aunque sea muy raro veros juntos, me acostumbraré. Siempre y cuando seáis conscientes de todo. No me gustaría que si las cosas salen mal entre vosotros me salpiquen a mí.

Asiento, comprendiendo su preocupación.

—Somos conscientes, Izan. Te prometo que eso no pasará.

Llegamos a casa y aparca en la entrada. Antes de salir del coche, se inclina hacia mí y me envuelve en un abrazo cálido.

—Me alegra mucho verte tan bien, hermanita —dice con sinceridad.

—Gracias, Izan. —Le doy un beso en la mejilla antes de bajar del coche—. Nos vemos luego.

Después de comer en el restaurante, ayudo a mis padres a recoger y salgo volando para llegar a la escuela de baile antes de que terminen las últimas clases, tal como me pidió Carla. Llego a tiempo y, al entrar, me detengo un momento para observar una de las clases infantiles a través del cristal, recordando con nostalgia los viejos tiempos en los que yo era una de esas niñas.

Una vez finalizan las clases, Carla se reúne conmigo en su despacho, con una expresión seria pero amable. Me invita a sentarme.

—Leah, tengo algo importante que comentarte —dice, mientras se acomoda en su silla.

—Claro, dime —le respondo, sintiendo una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Una de nuestras profesoras está embarazada y en unos días cogerá la baja. He pensado en ti para cubrirla. Trabajarías de lunes a viernes, dando clase a niñas de entre tres y diez años. Te he visto crecer entre estas paredes y no creo que haya nadie mejor que tú para hacerlo.

Estoy encantada y sorprendida ante la idea, pero también me abruma tanta responsabilidad.

—Me encantaría hacerlo, Carla —digo, mirándola a los ojos—. Pero necesito hablarlo con mis padres antes.

Ella asiente comprensiva.

—Por supuesto, piénsalo. Estoy segura de que tomarás la mejor decisión.

Nos despedimos y vuelvo a casa, pensando en cómo plantear la conversación con mi familia.

Durante la cena, nos sentamos a la mesa en silencio hasta que mi madre rompe el hielo.

—¿Cómo ha ido el día? —pregunta.

Izan, que siempre ha sido más directo, responde antes que nadie.

—Álex y yo le hemos enseñado la casa rural a Leah —dice con orgullo.

Mi madre sonríe con interés.

—¿Y qué te ha parecido, cariño? —pregunta, dirigiendo la mirada hacia mí.

—Es increíble lo que han creado —respondo con admiración.

Después de mucho pensarlo, decido ser sincera y tomar la iniciativa.

—Quiero deciros algo. Necesito que tengáis la mente abierta, y que me escuchéis antes de decir nada.

Mis padres e Izan me miran con atención, así que continúo.

—Después del accidente, todo mi mundo se derrumbó y no veía salida, pero ya estoy casi recuperada y me siento mejor que nunca. Lo único que echo de menos con toda mi alma es bailar, y hoy Carla me ha ofrecido ser profesora en la escuela durante un tiempo, dando clase a las pequeñas. Pero eso significa que solo podría ayudaros en el restaurante los fines de semana.

Termino de hablar con un nudo en la garganta, temiendo la reacción de mi padre. Mi madre e Izan lo miran expectantes y, finalmente, rompe el silencio.

—Creo que nos apañaremos sin ti —dice con tranquilidad—. Si es lo que de verdad quieres hacer, ve a por ello, hija.

Mi madre suspira con alivio y mi hermano me da la enhorabuena con una sonrisa de complicidad. Les doy las gracias, pero no puedo apartar la mirada de mi padre. Estoy orgullosa de que haya cambiado de opinión y, al fin, crea en mí. Él asiente, dedicándome una sonrisa y demostrándome con la mirada que me quiere por encima de todo.

No he podido dormir en toda la noche por culpa de los nervios. Me preparo para salir con Álex a desayunar, hemos planeado ir a la cafetería de un pueblo cercano. Cuando me recoge, nos saludamos con un beso. Estoy encantada de poder empezar el día con él.

Durante el camino, él me acaricia la pierna y yo rasco su nuca con delicadeza.

—Hoy estás deslumbrante —dice con una gran sonrisa—. Me encanta verte así.

—Será porque estoy feliz —digo, devolviéndole la sonrisa—. Y en gran parte es culpa tuya.

Nos reímos con complicidad pero, de pronto, me pongo seria.

—Tengo algo que contarte —le confieso—. Izan lo sabe todo.

Álex reduce la marcha y aparca en el arcén, mirándome con preocupación.

—¿Y... qué opina? —pregunta, con la voz temblorosa.

Yo le sonrío para tranquilizarlo.

—No se opondrá —explico, encogiéndome de hombros—. Está de acuerdo. Lo que no quiere es que si las cosas salen mal entre nosotros, él salga perjudicado.

Álex suspira y sonrío.

—Entonces, ¿no tenemos por qué escondernos más? —pregunta con alivio.

—Supongo que no —le respondo, intentando contener la emoción.

Él se acerca poco a poco y nos fundimos en un beso largo y suave.

—¿Te importa que cambiemos nuestro destino? —pregunta, apartándose de mi, pensativo, como si hubiera tenido una idea genial.

—Confío en ti —digo, acariciándole la mejilla.

Álex arranca el coche y da media vuelta, dirigiéndose de nuevo hacia Miravet.

—¿A dónde vamos? —pregunto con curiosidad.

—Te voy a llevar a la cafetería de un amigo —responde, con una sonrisa juguetona.

Niego con la cabeza mientras me recuesto en mi asiento. Ya puedo imaginarme a dónde me va a llevar. Y, efectivamente, en pocos minutos llegamos a la cafetería de Lucas. Álex aparca cerca de la puerta. Nos bajamos del coche y me da la mano antes de entrar en el local.

Lucas nos saluda y, al darse cuenta de que vamos juntos, se queda blanco.

—¿Te pasa algo? —le pregunta Álex.

—¿Vosotros también? —reacciona Lucas.

No puedo evitar reírme y Álex me mira sin entender nada.

—¿Qué está pasando? —pregunta, confundido.

—Resulta que Beca y Marcos están juntos desde hace meses —le explico.

—¿En serio? —pregunta, mirando a Lucas.

—Sí, tío —le responde él, con desgana.

—¿Y porque yo no sabía nada? —pregunta Álex con indignación.

Lucas se encoje de hombros.

—Eso tendrás que hablarlo con él, ¿no crees?

Álex respira profundamente antes de continuar.

—Lo siento, tienes razón —admite—. Prepáranos el desayuno, anda —le da una palmadita en

el hombro.

Lucas nos toma nota y nos deja a solas.

—¿Estás bien? —le pregunto a Álex.

—Bueno, me ha molestado que mis mejores amigos no confíen en mí, pero no es nada.

—Piénsalo de otra forma, ponte en su lugar —le aconsejo—. Tú tampoco le has contado lo nuestro, y lo más seguro es que ya se haya enterado por Beca.

Álex sonríe y me mira a los ojos.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

—Lo sé —bromeo, provocando la risa de ambos.

Lucas trae nuestro desayuno y esta vez nos mira diferente. Disfrutamos de la comida entre risas y conversaciones divertidas, pero el tiempo pasa volando y nos tenemos que ir. Me despido de Lucas y espero en la puerta a que Álex pague la cuenta. Sin querer, escucho su conversación en la barra.

—Invita la casa —dice Lucas—. Oye, me alegra veros juntos. Leah es una chica increíble, y los dos os merecéis lo mejor. Se os ve muy felices.

—Gracias, tío —le responde Álex—. Espero que todo salga bien, es lo mejor que me ha pasado nunca.

Intento contener las lágrimas mientras me alejo, antes de que se den cuenta de que he estado escuchando a escondidas. Álex sale del local y nos montamos en el coche. Tenemos que ir al restaurante. Él tiene que trabajar y yo debería comer pronto para poder empezar cuanto antes mi primer día de clases en la escuela.

Ha llegado la hora. Observo a las niñas entrar en clase con un nudo en el estómago. Sé que puedo hacerlo, pero no puedo evitar sentirme nerviosa. Las niñas, con sus caras de expectación, me miran curiosas. Una vez están todas bien colocadas, sentadas en el suelo con las piernas cruzadas, Carla me da unas últimas instrucciones.

—Podrías empezar con unos ejercicios básicos y luego inventar una coreografía fácil para que la aprendan —me sugiere con una sonrisa.

Yo asiento, conforme. Me parece una idea genial, así podré ver el nivel de cada una y sabré cómo adaptar mis enseñanzas de forma individual.

Respiro hondo y me acerco al centro de la sala.

—¡Hola a todas! —saludo con energía—. Soy Leah, y voy a ser vuestra profesora durante un tiempo. Vamos a empezar con unos ejercicios básicos de calentamiento, ¿vale?

Las niñas asienten, algunas tímidas y otras más entusiasmadas. Empiezo a guiar los ejercicios, recordando las clases a las que asistía de pequeña. Poco a poco, mis nervios se disipan al ver cómo siguen mis instrucciones con atención.

—Vamos a estirar los brazos hacia el cielo y luego tocamos los pies —digo, demostrando el movimiento.

Las niñas me imitan, algunas riéndose mientras intentan alcanzar sus pies. Después de varios ejercicios de calentamiento, decido que es momento de empezar con la coreografía.

—Ahora, vamos a aprender unos pasos sencillos y los juntaremos en una pequeña coreografía. ¿Listas?

Las niñas responden con un animado “¡Sí!” casi al unísono. Empiezo a enseñarles los pasos, asegurándome de ir despacio y repetir cada movimiento varias veces.

—Primero, un paso a la derecha y luego a la izquierda, ahora giramos y aplaudimos. Muy bien, otra vez, chicas.

Repetimos los pasos varias veces hasta que noto que todas se sienten cómodas con la coreografía. La energía de la sala es contagiosa y pronto todas se encuentran riendo mientras disfrutan del baile.

—¡Estáis haciendo un trabajo fantástico! —les digo con entusiasmo—. Vamos a hacer la coreografía una vez más, todas juntas.

Al final de la clase, las niñas aplauden emocionadas. Me siento orgullosa de ellas y de mí misma por haber superado mi primer día.

—¡Gracias a todas! —digo, sonriendo—. Nos vemos mañana, chicas.

Las niñas se dispersan, algunas de ellas corriendo hacia sus padres que las esperan en la puerta. Carla se acerca y me da una palmadita en la espalda.

—Lo has hecho genial, Leah. Sabía que eras la persona perfecta para este trabajo.

—Gracias, Carla. Las niñas son maravillosas, eso ayuda.

Carla asiente.

—Lo son. Estoy segura de que vais a disfrutar mucho de la experiencia. Os acabaréis adorando mutuamente.

—Eso espero —sonrío.

Nos despedimos y salgo de la escuela con una sensación de felicidad indescriptible. No puedo esperar para contarles a Álex y a mi familia cómo ha ido mi primer día como profesora.

La rutina de dar clases se ha vuelto una parte de mi vida que adoro. Las niñas son encantadoras y cada clase es una oportunidad para conectar con ellas y transmitirles mi amor por el baile. Sin embargo, hoy las horas parecen alargarse de forma interminable. Después de las clases, Álex, Izan y Lucas pasarán a recogerme para ir a la fiesta sorpresa que Marcos ha preparado para Beca en la casa rural. Aunque aún no está abierta al público, los chicos han hecho una excepción por Marcos.

Al fin llega la hora tan esperada. Me despido de las niñas con una sonrisa y corro hacia el vestuario para cambiarme. Estoy tan emocionada que casi doy saltos mientras me visto. Salgo con prisas y me encuentro con los chicos en el coche. Álex está al volante, e Izan y Lucas están en el asiento trasero.

—¡Hola a todos! —saludo mientras me acomodo en el asiento del copiloto.

—Hola, preciosa —responde Álex, dándome un beso suave en los labios.

Lo miro a los ojos y no puedo evitar sonreír.

—Hola —susurro, perdida en su mirada.

Me pongo el cinturón de seguridad mientras escucho los cuchicheos y risas de la parte trasera.

—¿De qué habláis ahí detrás? —pregunto, divertida.

—Nada importante —responde Izan con una sonrisa traviesa—. Solo apostamos si Beca descubrirá la sorpresa antes de tiempo.

—No va a descubrir nada, todo irá genial —añade Lucas—. Marcos se lo ha currado, y se lo merece.

—A Beca le va a encantar, pase lo que pase —digo, girándome un poco para mirarles—. ¿Todo está listo?

—Sí, ya está todo preparado —responde Álex, sin apartar la mirada de la carretera—. Marcos se ha pasado allí todo el día, asegurándose de que esté todo perfecto.

Cuando llegamos a la casa rural, me quedo impactada. El lugar está iluminado de una manera que resalta su belleza. La transformación de la antigua casa abandonada es aún más impresionante por la noche. Al bajar del coche, el aire fresco me llena de energía.

—¡Vamos! —digo, agarrada de la mano de Álex mientras nos dirigimos hacia la entrada.

Dentro, la decoración es acogedora y festiva. Marcos está nervioso pero emocionado, revisando los últimos detalles. Nos saluda con una sonrisa y un abrazo.

—¡Gracias por venir! —nos dice—. Todo está listo. Beca debería llegar en cualquier momento.

Nos posicionamos estratégicamente para la sorpresa. Marcos mira hacia la puerta con expectación, y cuando escuchamos el sonido de un coche acercándose, todos contenemos la respiración.

Beca entra y la sorpresa es total. Sus ojos se llenan de lágrimas de alegría al vernos a todos reunidos. Marcos la abraza y le susurra algo al oído que la hace sonreír aún más. La fiesta empieza con risas, abrazos y buena música.

En tre tanto alboroto, Beca y yo encontramos un momento para hablar a solas en el jardín. La

luna ilumina el entorno con suavidad, creando un ambiente mágico.

—Te veo genial —me dice Beca, con una sonrisa radiante.

—Tú estás increíble —le respondo, devolviéndole la sonrisa.

Nos abrazamos con fuerza.

—Cuéntame, ¿qué tal te va con Álex? —me pregunta, mirándome con curiosidad.

—No podría ir mejor —digo, sintiendo una oleada de felicidad—. Ya no nos escondemos, oficialmente somos novios.

Los ojos de Beca se iluminan y me abraza de nuevo, esta vez con más entusiasmo.

—¡Me alegro tanto por ti! —exclama—. Sabía que estabais hechos el uno para el otro.

—Gracias, Beca —le digo, agradecida.

—Yo también soy muy feliz con Marcos —continúa ella—. Siento que por fin las cosas van a ir bien. ¡Hemos encontrado el amor, Leah! —dice entre risas.

—Parecía algo imposible, ¿verdad? —digo, intentando no contagiarme con su risa.

Ambas estallamos a carcajadas, riéndonos sin sentido como locas, hasta que no podemos más y nos quedamos en silencio, intentando recuperar el aliento.

—Es increíble cómo han cambiado las cosas —consigo decir.

—La vida da giros inesperados, pero todo sucede por una razón —dice ella con una sonrisa.

Nos abrazamos una vez más.

—Volvamos dentro —le digo—. Esta fiesta es por ti, y no querrás perderte ni un segundo más de esta noche tan especial.

—Claro, ¡vamos!

Volvemos al interior, donde la música y las risas continúan llenando el ambiente. Al entrar, veo a Álex, que me dedica una sonrisa desde el otro lado de la sala. Nos dirigimos hacia él, y poco después Marcos se une a nosotros, rodeando a Beca con su brazo.

—La casa rural ha quedado espectacular, Álex —dice Marcos, admirando los detalles.

—Gracias, tío —responde él—. Pero recuerda que si rompes algo, lo pagas —bromea antes de darle un abrazo. Beca y yo nos miramos emocionadas.

Los chicos lo han tenido todo en cuenta y han llenado las despensas y neveras de comida y bebida. La noche promete ser inolvidable.

Después de una cena improvisada con sándwiches, ensaladas y un par de platos más elaborados que Marcos ha preparado, tomamos unas copas mientras bailamos y disfrutamos de la noche. La música suena alta, y todos nos dejamos llevar por el momento.

Jugamos a algunos juegos de beber, empezando por el clásico “*Yo nunca*”, donde revelamos secretos y nos reímos de las confesiones más inesperadas. Luego, seguimos con “*Beer Pong*”, con la mesa llena de vasos y risas constantes mientras intentamos encestar la pelota en los vasos del equipo contrario.

Los primeros en caer son Izan y Lucas, que se duermen en los sofás de recepción, alcoholizados y agotados, con una sonrisa en sus rostros. Yo estoy sentada sobre Álex. Nos miramos a los ojos mientras intercambiamos besos fugaces pero intensos.

Me doy cuenta de que Beca y Marcos también se han dormido, abrazados en otro de los sofás, y acerco mi boca al oído de Álex para proponerle algo.

—¿Podemos ir a un sitio más privado? —pregunto en un susurro.

Él asiente, nos levantamos con cuidado de no despertar a nadie y nos dirigimos a una de las habitaciones.

Al entrar, cierro la puerta con suavidad detrás de nosotros. La habitación es acogedora, con una cama grande y mullida y una decoración exquisita. Álex me coge de la mano y me acerca a

él, besándome de nuevo con intensidad.

—Esto es perfecto —murmura contra mis labios—. Ya te tengo solo para mí.

—Sí —respondo, con el corazón latiendo a mil por hora—, ya soy toda tuya.

Nuestros labios se encuentran en un beso suave y profundo, lleno de amor. Las yemas de sus dedos recorren mi mejilla con ternura, mientras nuestros cuerpos se acercan aún más, buscando el calor del otro.

—No puedo creer lo afortunado que soy por tenerte —dice con emoción contenida en la voz.

Sonrío, mientras juego con su pelo, sintiendo su suavidad entre mis dedos.

—Yo también me siento muy afortunada, Álex —respondo, mirándolo a los ojos—. Nunca imaginé que encontraría a alguien que me hiciera sentir tan completa.

Nos besamos de nuevo, esta vez con más pasión. Álex desliza sus manos por mi cintura, levantando mi blusa lentamente y apartándola con suavidad. Yo hago lo mismo con su camisa, desabrochando cada botón con cuidado, disfrutando de la sensación que me provoca tocar su piel desnuda.

Nuestros cuerpos responden al deseo que hemos estado conteniendo tanto tiempo, y cada movimiento que hacemos demuestra una innegable necesidad mutua. Sus manos recorren mi espalda, dibujando líneas invisibles que me estremecen y me hacen suspirar. Nuestros labios se encuentran una y otra vez, en besos profundos y cada vez más agresivos, mientras seguimos desnudándonos el uno al otro, hasta que no queda nada entre nuestros cuerpos desnudos.

Nos tomamos nuestro tiempo, explorándonos mutuamente con caricias y besos, profundizando en nuestra conexión. Las yemas de sus dedos trazan caminos por mi piel, desde mis hombros hasta mis caderas, encendiendo cada célula de mi cuerpo. Mis manos hacen lo mismo, deslizándose por su pecho y su abdomen, sintiendo cada músculo bajo mis dedos.

Álex me tumba con suavidad en la cama, acaricia mi cuello con sus labios, y desciende por mi pecho, provocando pequeños gemidos. Sus manos siguen acariciando mi cuerpo, deteniéndose en cada curva, en cada rincón, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel.

—Eres perfecta —susurra.

—Álex —murmuro, acariciando su rostro—. Tú eres un sueño hecho realidad.

Él sonríe y se acerca despacio a mis labios. Yo lo beso, enredando mis dedos en su pelo, y mientras lo hago, consigo cambiar la posición y ponerme encima de él.

—¿Continuamos con lo que estábamos? —pregunto con picardía.

Él asiente y saca un preservativo del bolsillo de su pantalón. Yo se lo quito de las manos, abro el envoltorio y se lo pongo con cuidado. Él me acaricia la cintura y baja por mi cuerpo hasta llegar con sus dedos a mi clítoris, donde inicia unos movimientos más que placenteros. Después de unos minutos, empieza a introducirse dentro de mí, poco a poco, sin dejar de mover los dedos.

Nuestros cuerpos se encuentran, piel contra piel, moviéndose al unísono en una danza íntima y rítmica. Cada movimiento, cada caricia, nos lleva más y más alto. Nos perdemos entre besos y gemidos, con la sensación de estar tan conectados que nada más importa.

La habitación se llena de suspiros y susurros, y el tiempo parece detenerse mientras nos amamos. Alcanzamos juntos el clímax y nuestras voces se mezclan en un coro de puro placer.

Nos quedamos abrazados, con nuestros cuerpos aún entrelazados, respirando juntos en el silencio de la noche. Álex acaricia mi pelo y con sus labios roza mi frente con un beso.

—Te amo, Leah —dice en apenas un susurro.

—Yo también te amo, Álex —respondo, sintiendo una felicidad abrumadora.

Nos quedamos así, disfrutando de nuestro amor, hasta que el sueño nos alcanza y nos dormimos envueltos en la calidez de nuestro abrazo.

Me despierto con la luz que entra por la ventana. Es cálida y suave, y llena la habitación de una tranquilidad que parece casi irreal. Siento la respiración lenta y profunda de Álex en mi nuca. Sonrío, me giro con cuidado y le doy un beso en los labios para despertarlo.

—Buenos días, dormilón —le susurro.

—Buenos días —responde con la voz ronca y somnolienta, devolviéndome el beso con ternura.

Me levanto despacio, sin dejar de sonreír, y me pongo su sudadera, que cuelga de la silla junto a la cama. Es grande y me envuelve con su olor, haciéndome sentir más cerca de él. Camino hacia la ventana y me quedo embobada mirando el paisaje. El río serpentea tranquilo, con la luz del sol reflejándose en sus aguas como pequeños diamantes.

—El paisaje es más bonito desde mi punto de vista. —Álex se acerca por detrás y me rodea con sus brazos. Aparta mi pelo y me besa en el cuello antes de apoyar su barbilla sobre mi hombro.

—Estoy segura de que la casa rural va a triunfar —le digo, girándome para mirarlo a los ojos—. Deberíamos ir a ver qué hacen los demás —digo antes de cogerle la cara con ambas manos y plantarle un beso.

Me pongo los pantalones con prisas y Álex se ríe, con esa risa que siempre me hace sentir cosquillas en el estómago.

—Ten cuidado con la pierna —me recuerda, con una preocupación evidente en su mirada.

—Estoy perfectamente —le aseguro mientras me calzo las deportivas.

—¿Cómo puedes tener tanta energía de buena mañana? —me pregunta, volviendo a tumbarse en la cama con una sonrisa perezosa.

—Porque soy feliz —respondo con seguridad.

—Yo también soy feliz, pero necesito unos minutitos más —dice, estirándose.

—Vamos, perezoso, levántate —digo mientras busco su ropa. Le voy lanzando las prendas una a una, riéndome mientras él las atrapa con movimientos lentos y exagerados.

—Vale, vale, ya me levanto —dice, riéndose.

Una vez ambos estamos vestidos, nos dirigimos hacia el salón, donde encontramos a Izan y Lucas todavía medio dormidos en los sofás. Beca y Marcos están en la cocina, preparando el desayuno con una complicidad que se nota en cada gesto.

—Buenos días, chicos —saludo, acercándome a ellos.

—¡Buenos días! —responde Beca con una sonrisa radiante—. ¿Cómo habéis dormido?

—Mejor imposible —responde Álex, agarrando mi mano—. ¿Y vosotros?

—Igual, ha sido una noche increíble —dice Marcos, sirviendo café para todos—. Gracias por hacerlo posible —agradece mirando a Álex a los ojos.

Izan y Lucas, se terminan de despertar con el olor a café y se unen a nosotros. Nos sentamos todos juntos alrededor de la mesa, entre risas y anécdotas, disfrutando de un desayuno simple pero delicioso.

—El café está buenísimo —dice Izan, todavía con cara de sueño pero bastante más animado.

—Es una mezcla especial de Marcos —responde Beca, dándole un pequeño empujón con el hombro—. No puede empezar el día sin él.

Lucas se ríe.

—Tenemos que hacer esto más a menudo —añade.

—Coincido —dice Álex—. Hacía mucho que no me lo pasaba tan bien.

Terminamos de desayunar y decidimos salir a dar un paseo. El aire fresco de la mañana y el canto de los pájaros invitan a disfrutar de la naturaleza. Caminamos por los senderos, paseando junto al río, que fluye tranquilo a nuestro lado.

Beca y yo caminamos un poco más lentas que el resto, charlando detalladamente sobre todo lo que nos ha pasado en los últimos meses, y los chicos nos adelantan unos pocos metros, mientras discuten sobre proyectos absurdos para la casa rural.

—Esto es tan bonito —comenta Beca, mirando a su alrededor con asombro.

—Lo sé —respondo con una sonrisa, sintiéndome afortunada de poder compartir todo esto con ella.

—Estoy deseando que Izan y Álex abran la casa rural —dice con sinceridad en la mirada—. Es un sitio muy especial.

—Es una maravilla —digo mientras intento contener las lágrimas de emoción—. Les va a ir genial.

—Marcos está muy orgulloso de ellos —comenta mientras lo mira y le dedica una sonrisa.

Él le lanza un beso con la mano y el rostro de Beca se ilumina, demostrando pura felicidad.

—Y tú y Marcos, ¿qué planes tenéis? —le pregunto con curiosidad.

—Nos estamos tomando las cosas con calma, pero nos va genial —responde con una sonrisa—. Me tiene enamorada, Leah. Me siento como si estuviera flotando sobre una nube.

—Me alegro tanto por ti, Beca —le digo, apretando su mano en señal de apoyo—. Te mereces toda la felicidad del mundo.

—Tú también, Leah —responde ella, mirándome con ternura—. Álex y tú hacéis una pareja increíble. Estoy segura de que os va a ir genial.

Nos dirigimos hacia el ferry que nos llevará al otro lado del río. El agua del Ebro refleja el sol de la mañana, creando destellos brillantes. Subimos al ferry, disfrutando de la brisa fresca y el sonido del agua moviéndose bajo nuestros pies. Una vez en la otra orilla, seguimos caminando junto al río, por un sendero serpenteante que nos lleva a través del paisaje.

El camino empieza a empinarse cuando nos acercamos al castillo de Miravet. La subida es un poco difícil, pero la vista desde la cima vale la pena. Mientras ascendemos, Beca y yo seguimos charlando, entre risas y confidencias.

Llegamos al castillo y los chicos nos están esperando en la entrada. Álex me lanza una mirada de complicidad, mientras Lucas y Marcos siguen discutiendo sobre ideas descabelladas.

—¡Aquí estáis! —exclama Marcos al vernos llegar—. ¿Preparadas para la visita guiada?

—Claro que sí —responde Beca, entusiasmada—. Estoy deseando descubrir todos los secretos del castillo.

Nosotros lo hemos visto millones de veces, pero es la primera vez para ella. Sé que lo va a disfrutar como nadie.

Nos unimos al resto y empezamos la visita, guiados por nuestros entusiastas guías locales, Izan y Álex, que nos cuentan historias fascinantes sobre el castillo y su importancia. Caminamos por los antiguos pasillos de piedra, subimos por escaleras interminables y disfrutamos de las impresionantes vistas desde las torres.

—Es como estar en otra época —susurra Beca, mientras caminamos juntas por uno de los

corredores del castillo—. Puedo hasta imaginarme cómo era la vida aquí hace siglos.

—Izan y Álex son los mejores —digo con una sonrisa—. Saben cómo hacer que la gente disfrute con la historia.

—Sí, es increíble —me responde, mirándolo todo a nuestro alrededor, asombrada—. Me encanta.

La visita continúa y cada rincón del castillo le revela nuevas maravillas y secretos. Llegamos a una terraza que ofrece una vista panorámica del río y los alrededores. Nos quedamos en silencio, disfrutando del paisaje y del viento suave que acaricia nuestros rostros.

—Este lugar es mágico —dice Beca, rompiendo el silencio—. No me puedo creer que esto esté tan cerca de la casa rural. Lo vais a petar.

—Y aún te queda mucho por descubrir —añade Izan, mirando hacia el horizonte—. La casa rural es solo el centro de la experiencia.

Nos quedamos un rato más en la terraza, viendo como Beca bromea intentando sobornar a Izan para que dé más información, hasta que decidimos volver.

—¿Qué os parece si hacemos una barbacoa? —sugiere Álex, mientras descendemos por el sendero que lleva de vuelta a la casa rural.

—Me has leído el pensamiento —responde Marcos con una sonrisa—. Yo me encargo de la parrilla.

—Me encanta la idea —dice Beca, mirándome entusiasmada.

Al llegar a la casa rural, nos dividimos las tareas. Los chicos se encargan de la carne mientras Beca y yo preparamos ensaladas y otros acompañamientos. La cocina se llena de risas y bromas mientras cortamos verduras y mezclamos aderezos.

La barbacoa es todo un éxito. La comida está deliciosa y la compañía es inmejorable. Sin embargo, después de comer, me doy cuenta de que el tiempo se me ha escapado y tengo que irme a dar clases.

—Chicos, tengo que irme —digo con pesar mientras me levanto de la silla—. Las clases de baile me esperan.

—¿Te acompaño? —pregunta Álex, acariciando mi brazo.

—No, no te preocupes —le digo con una sonrisa—. Quédate y disfruta por mí. Me recoges cuando salga, ¿vale? —me inclino y le doy un beso suave en los labios.

—Por supuesto, hasta luego, preciosa —responde, dándome otro beso, aún más dulce que el anterior.

Me despido de todos con un adiós apresurado y corro hacia la puerta. Camino hacia la escuela de baile y, al llegar, Carla me espera en recepción con cara de preocupación.

—¿Qué pasa, Carla? —pregunto mientras me acerco a ella—. Te veo preocupada.

—Han llamado del conservatorio —dice con la voz entrecortada—. Quieren verte mañana en Madrid. Dicen que tienen algo importante que comunicarte.

Un escalofrío recorre mi cuerpo.

—¿Sabes de qué se trata? —pregunto, intentando mantener la calma.

—No, no me han dado detalles. Solo han dicho que es urgente —responde, apretando mi mano para darme ánimos.

Intento sacudirme la preocupación de encima para empezar a dar las clases. Me esfuerzo por mantener la energía y el entusiasmo, pero mi mente sigue divagando. Decido hacer una clase divertida y ligera, con juegos y ejercicios creativos que mantengan a las niñas animadas y a mí un poco distraída.

—Vamos a improvisar —les digo con una sonrisa—. Quiero que cada una invente un

movimiento y luego los uniremos todos en una coreografía conjunta.

Las niñas se emocionan y empiezan a planear movimientos, riendo y compartiendo ideas entre ellas. Su alegría es contagiosa y, por un rato, consigo olvidar mis preocupaciones.

Al finalizar las clases, me despido de las niñas y me dirijo hacia la salida. Álex me espera en la entrada con una sonrisa, pero su expresión cambia al ver mi rostro.

—Ey, amor, ¿qué te pasa? —me pregunta, acariciándome la cara con preocupación en la mirada.

Le cuento lo que ha pasado y su expresión se vuelve seria.

—No te preocupes antes de tiempo —dice, abrazándome—. Yo te llevaré mañana y estaré contigo pase lo que pase.

—Gracias, amor. No sé qué haría sin ti —susurro, hundiendo mi rostro en su pecho.

Nos montamos en el coche y Álex conduce con una mano en el volante y la otra acariciando mi pierna. Intentamos mantener una conversación divertida, pero la preocupación no me abandona.

—¿Qué crees que querrán decirme? —pregunto, mirando por la ventana.

—No lo sé —responde, apretando mi mano con firmeza—. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Llegamos a casa y Álex me acompaña hasta la puerta. Nos despedimos con un beso largo y tierno.

—Intenta no pensar mucho esta noche, ¿vale? —me dice, acariciando mi mejilla.

—Lo intentaré —respondo, forzando una sonrisa—. Te quiero.

—Y yo a ti —responde, dándome un último beso antes de volver al coche.

Subo a mi habitación e intento no darle más vueltas al tema, pero es superior a mí. Cojo el móvil y los auriculares, y me pongo a escuchar música tumbada en la cama, esperando que las canciones me lleven lejos de la realidad.

La música empieza a hacer efecto y me voy relajando poco a poco. Pienso en Álex, en su sonrisa, en sus palabras. Me aferro a esos pensamientos y cierro los ojos, con la esperanza de sumirme en un sueño profundo que me lleve lejos de mis inquietudes.

Álex me recoge temprano. Nos esperan más de seis horas de viaje y estoy atacada, pero él ha pensado en todo y ha preparado una *playlist* de canciones alegres y motivadoras para amenizar el camino, además, durante todo el viaje no deja de sacar temas de conversación que ayudan a evadirme de todo. Siempre sabe cómo sacarme una sonrisa, hasta en mis peores momentos.

El tiempo pasa volando con él, y cuando me doy cuenta, ya hemos llegado al conservatorio.

—¿Estarás bien? —me pregunta con preocupación—. ¿Quieres que te acompañe?

—No, amor —respondo, forzando una sonrisa—. Yo puedo con esto.

—A por ello —me anima con una sonrisa, antes de darme un beso que me deja sin aliento.

Bajo del coche y entro en el conservatorio con una sensación extraña. Miles de recuerdos abordan mi mente al cruzar la puerta y me dirijo temerosa hacia el mostrador.

—Hola, soy Leah Fernández —saludo a la recepcionista—. He venido a hablar con la directora...

—Un segundo —me interrumpe, levantando un dedo, mientras coge el teléfono con la otra mano para hacer una llamada—. Bien, señorita, espere sentada en uno de los sillones del *hall* —dice después de colgar—. La avisaré en unos minutos.

Mientras espero sentada, intento ser positiva, pero cuando escucho mi nombre, mi corazón da un vuelco.

—¿Leah? —repite la recepcionista, mirándome con superioridad—. Ya puedes pasar.

Asiento y me levanto tragando saliva. Respiro profundamente unos segundos para intentar mentalizarme, y empiezo a caminar hacia el despacho de la directora. Ella me espera en la puerta.

—¡Leah! Me alegra verte —saluda, con una sonrisa educada—. ¿Cómo va la lesión?

—Voy mejorando, gracias —respondo, intentando sonar lo más segura posible.

La directora me pide que tome asiento mientras ella se sienta en su lujosa silla enfrente de mí. Me mira a los ojos con seriedad.

—Tenemos un problema —dice, apoyando los codos sobre el escritorio y entrelazando los dedos delante de su barbilla.

Esto no empieza nada bien. Me siento desorientada y los nervios no me dejan pensar con claridad.

—Yo... aún no estoy recuperada del todo, pero en cuanto pueda, retomaré las clases —digo, esperando que sea suficiente.

Ella hace un gesto extraño con la cara.

—Leah, cielo —continúa, mirándome como si fuera un perro abandonado al que le tiene lástima—, si quieres seguir con las clases, tendrás que volver el año que viene y repetir el último curso para obtener la titulación.

Ahora mismo me siento como si me hubieran tirado un cubo de agua helada encima. Un año entero perdido, no me lo puedo creer. Me esfuerzo por mantener la calma.

—Haré lo que sea necesario —respondo, resignada.

—Eso quería escuchar —dice con una sonrisa—. Pero... Hay algo más —añade, con un tono

de voz más serio —. Lamento informarte de que no podrás volver a presentarte a ningún casting en nombre del conservatorio, debido a tu lesión. No podemos correr el riesgo de ensuciar nuestro nombre.

—¿Hasta cuándo? —pregunto, mientras siento como la desesperación se apodera de mí.

—Nunca más —se encoje de hombros—. Pero con la titulación no deberías tener problemas para conseguir trabajo —me asegura, mientras coloca unos papeles y un bolígrafo sobre la mesa—. Necesito que firmes estos documentos.

Me levanto y me acerco al escritorio posando mi mirada en ellos, hasta que estoy lo suficientemente cerca para poder leer el texto. Son unos documentos en los que se declara que la escuela no tiene nada que ver con mi lesión y que no asistiré a ninguna entrevista por mi cuenta en su nombre. Firmo con lágrimas inundando mis ojos.

—Gracias, Leah —dice la directora mientras guarda los papeles en una carpeta—. Eso es todo, ya puedes irte. Espero recibir pronto tu solicitud para la matrícula del año que viene.

Me despido, apenas sin voz, y salgo del despacho con el corazón hecho pedazos. Camino por los pasillos de la escuela melancólica, hasta llegar a la salida. Álex me espera fuera y en cuanto me ve, sabe que algo no va bien. Me acerco a él y sus brazos me envuelven en un abrazo amoroso.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con preocupación.

—Tengo que repetir el último año —le digo, conteniendo las lágrimas—. Entre otras cosas...

—¿Otras cosas? ¿Qué ha pasado, Leah?

—No podré presentarme a ningún casting en nombre del conservatorio, nunca más —confieso, mirando mi pierna con rabia—. Todo por culpa de mi maldita lesión.

Álex me sostiene con firmeza.

—Lo siento mucho, amor. Pero sabes que esto no define quién eres ni lo que puedes conseguir. Tienes tanto talento y tanta pasión... encontrarás la manera.

—Gracias —susurro, mirándolo a los ojos, sintiéndome un poco mejor gracias a sus palabras.

Nos dirigimos hacia el coche. Mi mente sigue procesando las noticias, pero su presencia me da fuerzas para no derrumbarme. Álex empieza a conducir y no deja de hacerme reír, incluso cantando desafinadamente las canciones que suenan en la radio solo para animarme.

—¿Sabes qué? No vamos a volver, de momento —dice de pronto, con una sonrisa enigmática.

—¿Qué tienes en mente? —pregunto, intrigada.

—Confía en mí —responde, apretando mi mano con cariño.

Conduce por las calles de Madrid, tomando los desvíos y atajos que dicta el GPS, hasta que llegamos a Vista Alegre, un lugar con jardines encantadores, fuentes y caminos serpenteantes. Es un oasis verde en el corazón de la ciudad.

—He pensado que un paseo podría ayudar a despejarte —dice, abriendo la puerta del coche para que salga.

Caminamos de la mano, dejando que la belleza y tranquilidad del entorno nos envuelvan. Nos detenemos frente a una fuente que brilla bajo el sol de la tarde, con reflejos danzando en el agua, y su sonido burbujeante aporta una serenidad al ambiente que parece disolver mis preocupaciones.

—Esto es mágico —digo, sintiendo una calma que no había sentido en todo el día.

—Sí, lo es —responde Álex, mirándome con ternura—. Pero no tanto como tú —añade, mientras traza delicados círculos con su pulgar sobre mi mejilla—. Leah, eres una chica increíble y conseguirás todo lo que te propongas. De eso estoy más que seguro.

Lo miro, conmovida, y sin poder contenerme más, me acerco a su boca y lo beso en los labios,

con el beso más sincero, lleno de amor y gratitud que he dado en mi vida.

—Gracias, Álex. Te has convertido en mi refugio, en mi roca —digo, apoyando mi frente contra la suya.

—Leah... tú eres mi inspiración —responde él, deslizando sus manos por mis brazos hasta abrazarme con fuerza—. Ya no puedo imaginar mi vida sin ti. Cada día contigo es un regalo. Y ver cómo luchas, cómo te levantas después de cada caída, me hace admirarte más y más.

—No sé qué haría sin ti —susurro, cerrando los ojos mientras disfruto de su olor.

Él me da un beso suave en la frente y no puedo evitar sonreír.

—Nunca tendrás que averiguarlo —me asegura—. Estoy y estaré aquí para ti, siempre. No importa lo que pase, lo superaremos todo, juntos.

Sus palabras me devuelven parte de la esperanza que había perdido por el camino.

—Me haces sentir que puedo con todo —le digo, mirándolo fijamente a los ojos.

—Porque puedes con todo —responde, acariciando mi pelo—. Eres mucho más fuerte de lo que piensas, Leah. Y no tienes que enfrentar nada sola. Yo te apoyaré en cada paso del camino, igual que Izan y el resto de tu familia, y tus amigos.

—Te amo —digo con sinceridad, mientras intento contener las lágrimas de emoción que se han acumulado en mis ojos.

—Yo también te amo —responde antes de besarme.

Nos quedamos abrazados, en silencio, dejando que el tiempo pase mientras disfrutamos de nuestro amor. El mundo exterior desaparece, y solo existimos nosotros, en nuestro pequeño rincón de felicidad.

Seguimos caminando de la mano, disfrutando del lugar, de cada momento juntos. A lo lejos, vemos un pequeño lago con botes de remo, y decidimos acercarnos. Descubrimos una pequeña cafetería cerca, y nos sentamos a tomar un café en su terraza con vistas.

—¿Recuerdas cuando dijiste que bailar era tu vida? —pregunta Álex, antes de dar un sorbo de su taza.

—Sí, lo recuerdo —respondo, intrigada.

—Pues, tu vida sigue adelante, Leah. Y tienes tantas formas de seguir bailando, de seguir compartiendo tu arte. Esto es solo una piedra en el camino, no un final —dice, mirándome a los ojos.

—Tienes razón —respondo con una sonrisa—. A veces es difícil darse cuenta, pero tengo la suerte de tenerte a mi lado para recordármelo.

Seguimos saboreando nuestros cafés, mientras disfrutamos de las vistas y de la conversación, hasta que, al caer la tarde, volvemos al coche. Álex me mira con una sonrisa juguetona.

—¿Lista para el viaje?

—Sí, lista —respondo, sintiéndome mucho más ligera.

En el camino de vuelta, seguimos charlando y riendo por cualquier tontería. El viaje se hace tan ameno que, cuando me doy cuenta, ya hemos llegado a casa. Tengo una mezcla de emociones revoloteando en mi interior. Por un lado, me siento feliz por el día que Álex me ha regalado pero, por otro, me entristece que termine y tener que separarme de él. Antes de que baje del coche, vuelve a cogerme de la mano.

—Leah, recuerda que estoy aquí para lo que necesites —dice, mirándome a los ojos—. Puedes llamarme a cualquier hora del día, para lo que sea —sonríe.

—Lo sé, amor —respondo, devolviéndole la sonrisa—. Te amo —me despido, inclinándome para darle un último beso antes de entrar en casa.

Hoy es sábado y, dado que no hay clases, tengo que ayudar a mis padres en el restaurante. Álex y yo no dejamos de lanzarnos miraditas y hacernos reír con gestos absurdos mientras trabajamos. Cuando termina el servicio, aprovechamos la oportunidad para fingir que ordenamos el almacén y nos besamos a escondidas, una y otra vez, dejando que la pasión nos envuelva mientras vigilamos la puerta de reajo.

En el proceso, tiramos un tarro al suelo, que se rompe en mil pedazos, haciendo un ruido estruendoso. No puedo evitar reírme, sin embargo, mi risa se detiene cuando mi madre entra en el almacén. Intentamos disimular, pero no se nos da muy bien.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta mi madre, mirándonos con una ceja levantada.

—Lo siento, mamá, ya sabes que soy un poco torpe. Lo he tirado sin querer —respondo, intentando sonar convincente.

Mi madre mira a Álex y luego me mira a mí, con una expresión que no deja lugar a dudas.

—Álex, ya puedes irte. Leah, quiero hablar contigo —dice, tajante.

Álex me lanza una mirada preocupada antes de salir. Me giro hacia mi madre, sintiendo una mezcla de emociones abrumadoras.

—¿Qué pasa? —pregunto, intentando mantener la calma.

Ella me observa con una mirada penetrante y una sonrisa juguetona en los labios.

—¿No tienes algo que contarme? —pregunta irónicamente.

Me he puesto muy nerviosa, pero su sonrisa es contagiosa y consigue que me relaje un poco.

—No sé a qué te refieres —respondo, aunque mi voz suena menos segura de lo que me gustaría.

—Leah, cielo, ¿cuándo piensas decirme que estás saliendo con Álex? —dice, sin rodeos—. Te veo ir y venir con él, y solo hace falta ver cómo os miráis para darse cuenta de que hay algo más entre vosotros que una simple amistad.

Sus palabras me desarman.

—Vale, sí. Estoy saliendo con Álex —confieso—. ¿Hay algún problema?

Espero ansiosa su reacción, pero ella me envuelve en un abrazo cálido.

—Te veo feliz, y eso me encanta. Álex es un buen chico. Ya sois mayores, y espero que sepáis lo que hacéis.

Sonrío, aliviada, y decido bromear para relajar el ambiente.

—No irás a darme una charla sobre sexo a estas alturas, ¿verdad? —pregunto entre risitas.

Ella se ríe y me da un golpecito en el brazo.

—No, cariño. Pero si necesitas algún consejo, ya sabes dónde encontrarme —responde, siguiendo la broma—. Ahora, ¡lárgate a disfrutar de la tarde con tu novio!

Con una última sonrisa, salgo del almacén y busco a Álex, sintiéndome más ligera y feliz que nunca.

Después de una intensa sesión de besos en el coche, Álex me deja en casa para arreglarme. Hemos quedado para cenar con los chicos y Beca. Mañana vuelve a Madrid, y quiero despedirme de ella, aunque, con lo bien que le va con Marcos, tengo la intuición de que la veré mucho más

por aquí.

Los padres de Álex están de viaje, así que tenemos la casa para nosotros solos. Álex y Lucas se encargan de la cena y, supuestamente, llevan horas en la cocina. Yo, una vez lista, me encuentro con Izan en la entrada, y juntos caminamos hacia casa de Álex. Durante el trayecto, hacemos algunas bromas sobre el talento culinario de Álex y Lucas y lo que nos deparará la noche. Al llegar, nos recibe un aroma delicioso, una mezcla de notas de hierbas frescas, ajo asado y carne a la parrilla.

La puerta está abierta y nos colamos dentro, siguiendo el sonido de las risas que vienen de la cocina. La mesa del comedor está muy bien decorada, con una atención al detalle que me sorprende. Hay velas encendidas, flores frescas en un jarrón y una vajilla que parece sacada de una revista de decoración. La comida está dispuesta en fuentes grandes, y cada plato parece más apetitoso que el anterior. Hay ensaladas de varios tipos, pan recién horneado, carnes jugosas y guarniciones exquisitas.

—¡Llegáis justo a tiempo! —dice Álex, con una sonrisa de satisfacción, mientras se limpia las manos en un trapo de cocina.

Lucas aparece detrás de él, con un delantal en el que pone “Maestro Chef”, provocando la risa de todos. Empezamos a sentarnos alrededor de la mesa, y yo me siento al lado de Beca. Ella está sentada junto a Marcos, sirviéndose vino y riendo por algo él ha dicho, mientras lo mira a los ojos con adoración.

La cena empieza con un brindis por la amistad y los buenos momentos que hemos compartido estos últimos días. Las anécdotas fluyen con libertad mientras disfrutamos de la comida. Hablamos de todo, desde recuerdos de la infancia hasta planes futuros. Álex se inclina hacia mí varias veces, preguntándome si me gusta la comida y sonriendo cada vez que le aseguro que está deliciosa.

Después de cenar, nadie tiene prisa por irse. Recogemos la mesa juntos, bromeando y compartiendo más historias. Álex y Lucas desaparecen un momento y vuelven con las manos llenas de botellas de alcohol y copas. Decidimos que es hora de ponernos más cómodos y trasladamos la fiesta al salón. Ponemos música y pronto la casa se llena de un ritmo contagioso.

La música nos envuelve, y todos nos entregamos sin inhibiciones. Bailamos, reímos y disfrutamos del momento. Luego Izan sugiere el karaoke, y no podemos resistirnos. Sacamos el micrófono y la pantalla se llena de letras de canciones. Beca y yo empezamos con un dúo, eligiendo una canción de pop clásico que todos conocen.

Después de nuestra brillante actuación, Lucas se apodera del micrófono, haciendo una interpretación exagerada de una balada romántica, provocando las carcajadas de todos. Marcos se atreve con una canción de rock, y Álex y yo cantamos juntos una balada que termina en un gran beso entre aplausos y silbidos.

No importa si alguien desafina o se olvida de la letra, lo importante es disfrutar. La noche avanza rápido y terminamos sentados en el suelo, cansados pero felices, con copas en la mano y sonrisas en los rostros.

En un momento dado, Beca se pone sentimental.

—Estos han sido unos de los mejores días de mi vida —dice con los ojos encharcados—. Gracias por todo, chicos.

Me acerco a ella y la abrazo con fuerza, sintiendo el cariño que compartimos.

—Te voy a echar tanto de menos —le susurro al oído.

—Yo a ti también, Leah —responde, con una lágrima cayendo por su mejilla.

Álex interviene.

—Beca, ahora eres una más de nosotros —dice, dedicándole una sonrisa—. Este pueblo es tu casa, y siempre serás bienvenida.

Marcos, algo borracho, se levanta y lo abraza.

—Gracias, hermano —balbucea con una sinceridad amplificada por el alcohol—. Eres mi familia, te quiero.

Todos nos reímos, conmovidos, y después seguimos charlando, entre canciones, risas y brindis por los buenos momentos que están por venir.

Pronto, todos empiezan a marcharse hasta que solo quedamos Álex y yo. La casa se vuelve tranquila, pero el eco de las risas y la música todavía flota en el aire. Álex me mira con esos ojos que me hacen sentir como si estuviera viviendo en un sueño.

—¿Quieres quedarte a dormir? —me susurra al oído.

Le sonrío y asiento.

—Sí, me encantaría.

Nos dirigimos al sofá y nos acomodamos para ver una película, con una copa de vino en la mano. La película pasa a un segundo plano. No puedo concentrarme en ella, la presencia de Álex es demasiado tentadora. Lo miro de reojo y noto que él también me observa, mordiéndose ligeramente el labio inferior.

—¿Quieres decirme algo? —le pregunto, con una mezcla de curiosidad y deseo en la voz.

Sin decir una palabra, Álex empieza a acariciarme el brazo con suavidad. Sus dedos trazan caminos de fuego en mi piel mientras se inclina para besarme en el cuello. Un escalofrío me recorre, y cada beso provoca cosquillas por todo mi cuerpo.

—Yo también sé jugar a eso —le digo en tono juguetón.

Empiezo a acariciar su pierna, subiendo poco a poco por su muslo. Me giro hacia él y lo beso con pasión y ternura. Mis manos empiezan a desabrochar su camisa, revelando su torso desnudo. Mis dedos recorren su piel, parando en cada músculo, y él responde dándome besos por el pecho, encendiendo cada vez más mi deseo.

Después, nos desnudamos uno al otro, y Álex me coge en brazos, llevándome hasta la habitación sin dejar de besarme. La habitación está iluminada por la suave luz de una lámpara en la mesita de noche, y las paredes están decoradas con fotografías enmarcadas y obras de arte que reflejan su personalidad. Además, la cama está cubierta con sábanas de lino blanco, y una colcha gris oscuro que le da un toque elegante.

Álex me tumba con cuidado sobre la cama y sigue besándome el cuerpo, pasando por mi ombligo hasta llegar a su destino. Los movimientos suaves de su lengua me hacen gemir de puro placer, mientras sus manos recorren mi cuerpo con caricias interminables.

Mi respiración se acelera y mi corazón late con fuerza. Álex sabe exactamente cómo tocarme, cómo hacerme sentir amada y deseada. La noche avanza y nuestros cuerpos se entrelazan, moviéndose al unísono, desatando por completo el deseo que hemos estado conteniendo durante días. Nos miramos a los ojos, compartiendo susurros, besos y caricias, hasta que caemos rendidos en los brazos del otro.

Mañana es el gran día de la inauguración, y todos estamos nerviosos y emocionados. Llevo semanas ayudando a los chicos a preparar cada detalle, y al fin ha llegado el momento de ver los frutos de su esfuerzo. Esta noche todos dormimos aquí, ya que, aunque el evento empieza por la tarde, queremos empezar temprano para asegurarnos de que todo esté perfecto.

Pedimos unas pizzas para cenar y las disfrutamos en la terraza, bajo el cálido resplandor de las linternas colgantes. El aire nocturno es fresco y agradable, y las risas y conversaciones llenan el ambiente con una energía contagiosa, y las cervezas frías son el complemento perfecto para la comida.

Después de la cena, Álex y yo decidimos salir a pasear por los alrededores. Caminamos de la mano, disfrutando de la tranquilidad del entorno y del sonido relajante del río. Las estrellas brillan en el cielo despejado, convirtiéndose en un telón de fondo perfecto para nuestro paseo. Los ojos de Álex brillan de emoción.

—Estoy tan orgullosa de vosotros —le digo, apretando su mano con fuerza—. Sé que todo va a ir de maravilla.

Me siento realmente feliz por ellos, pero no puedo evitar sentir un nudo en el estómago, ya que mis propios sueños y ambiciones me tienen confundida y no sé si algún día llegaré a cumplirlos, igual que han hecho ellos. Álex parece notar mi distracción.

—¿En qué piensas? —me pregunta, con una mezcla de preocupación y curiosidad en la voz.

—En la inauguración —digo, intentando disimular.

—Leah... Si hay algo que te preocupe, sabes que puedes hablar conmigo en cualquier momento —dice, mirándome a los ojos con seriedad.

Tras darle muchas vueltas, decido confesarle lo que está pasando por mi cabeza.

—Hace unos días envié la documentación para la matrícula del año que viene al conservatorio, pero ahora no estoy tan segura de querer seguir con ello —le digo, sintiendo un peso enorme sobre mis hombros.

—Déjate guiar por tu corazón, amor. Cuando llegue el momento, sabrás qué hacer —me asegura, abrazándome por la cintura.

—Ahora solo puedo pensar en mañana —le respondo con una sonrisa.

Álex sonríe.

—Tengo algo que enseñarte —dice, cogiéndome de la mano y llevándome hasta la sala que aún no me han dejado ver. Se detiene frente a la puerta—. ¿Estás lista? —me pregunta.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento —le digo, ansiosa.

Álex abre la puerta y lo que ven mis ojos me deja sin aliento. Es una gran sala de baile, y está más allá de cualquier cosa que haya podido imaginar. Las paredes están pintadas de colores neutros, y los enormes ventanales ofrecen unas vistas espectaculares del río, creando una sensación de amplitud y conexión con la naturaleza inexplicables. El suelo de madera brilla bajo las luces LED regulables del techo, y una de las paredes está llena de espejos. Las esquinas están decoradas con plantas que dan vida y frescura al espacio, y las demás paredes están adornadas con preciosas fotografías de bailarines en blanco y negro.

El equipo de sonido está preparado, las barras de ballet están alineadas a la perfección y los bancos laterales están estratégicamente dispuestos para descansar entre los ensayos. Una estantería llena de accesorios y materiales didácticos necesarios para las clases completa el espacio, demostrando una atención al detalle que me conmueve.

—¿Qué te parece? —me pregunta Álex, con una sonrisa expectante, esperando mi reacción.

—Es perfecto —respondo, maravillada, recorriendo el espacio con la mirada, admirando cada rincón.

—Cuando planeamos la reforma de la casa rural, sabíamos que queríamos incluir clases de baile. Esta sala está diseñada para ti —me explica, con la mirada llena esperanza.

Me siento emocionada, pero también confundida.

—¿Es algo oficial? —le pregunto, todavía asimilando la sorpresa.

—No hay nada escrito sobre el papel. No te sientas presionada —dice, acercándose y cogiendo mis manos—. Está pensado para que tú des las clases, pero siempre podemos buscar a otro profesor o profesora, aunque no serán tan buenos como tú.

No sé qué decir. Es un detalle precioso, pero la incertidumbre sobre mi futuro sigue pesando sobre mí. Me siento abrumada por su apoyo, pero también me siento perdida.

—Álex, esto es increíble, de verdad. Pero no sé qué voy a hacer con mi vida. Todo ha cambiado tanto y tan rápido... —le confieso, buscando sus ojos, intentando encontrar una respuesta en ellos.

Él asiente, comprensivo, y me aprieta las manos con ternura.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Leah. No hay prisa. Solo quiero que sepas que te apoyaré decidas lo que decidas —responde, con esa voz tranquila que siempre logra calmarme.

Nos tumbamos en el suelo, uno al lado del otro. Miramos el paisaje nocturno a través de los ventanales, disfrutando de la vista del río iluminado por la luna y las estrellas.

—Esto es tan bonito —digo, casi en un susurro, sin dejar de mirar el paisaje.

—Sí, lo es —responde Álex, girando la cabeza para mirarme—. Y contigo todavía más.

Sonrío y nos quedamos así, en silencio, simplemente disfrutando de nuestra compañía. El tiempo parece detenerse, y por un momento, todas mis preocupaciones se desvanecen.

Nos levantamos temprano para limpiar y dejarlo todo impoluto. Mis padres nos han traído comida del restaurante para que cojamos fuerzas, y después de comer nos ayudan con los últimos detalles. La decoración y los preparativos están listos, creando un ambiente acogedor y elegante. El fotógrafo ha sido el primero en llegar, y ya está capturando los momentos previos a la recepción de los invitados.

Pronto, vecinos y amigos empiezan a llegar, seguidos por el resto de los invitados, todos puntuales. Les ofrecemos copas de cava de bienvenida mientras Izan y Álex se colocan en el centro del salón, preparados para dar su discurso de presentación.

—Queremos agradecerlos a todos por estar aquí hoy —comienza Álex, con una sonrisa de orgullo—. Este proyecto es algo en lo que hemos estado trabajando durante años, y por fin abrimos sus puertas para compartir nuestros sueños con el resto del mundo.

Izan continúa, explicando cada detalle con entusiasmo:

—Hemos puesto todo nuestro esfuerzo y corazón en esta casa rural, y esperamos que lo veáis en cada rincón y detalle. Gracias por acompañarnos en este momento tan especial.

Después del discurso, organizan una visita guiada por la casa y los alrededores. Los invitados admiran cada habitación, los jardines cuidados y las vistas impresionantes del paisaje. En la terraza, un pequeño concierto de música en vivo de jazz y folk crea una banda sonora perfecta.

Además, ofrecen una cata de vinos locales y muestras de los talleres de artesanía y cocina que se realizarán en la casa rural.

Al llegar a la sala de baile, Álex e Izan la presentan como una de las próximas mejoras y actividades que tienen pensadas.

—Queremos que sea un espacio donde todo el que quiera pueda aprender y disfrutar del arte de la danza acompañado de los mejores profesionales —dice Álex, dedicándome una mirada de complicidad.

La visita guiada sigue hasta el anochecer. Todos nos reunimos cerca de la mesa gran mesa donde se sirve una cena buffet, un festín con productos locales y platos tradicionales de nuestro restaurante. Los invitados disfrutan de cada bocado, mientras las redes sociales echan humo con el hashtag del evento. Los asistentes han estado publicando fotos y videos en tiempo real durante toda la tarde, atrayendo la atención de más personas y haciendo que las cuentas de la casa rural ganen cientos de seguidores.

El evento culmina con un brindis final y un pequeño espectáculo de fuegos artificiales, iluminando el cielo y dejando a todos maravillados. Al despedir a los invitados, les entregamos bolsas llenas de regalos como muestra de agradecimiento por haber asistido. Terminamos la noche agotados, pero más que satisfechos con los resultados.

—¿Cómo os sentís? —les pregunto a los chicos, mientras tomamos la última copa en el salón.

—Mira esto —dice Lucas, enseñándome la agenda de reservas—. Estamos prácticamente llenos para los primeros meses, y no han dejado de llegar llamadas en todo el día.

Álex y él se abrazan emocionados, celebrando el éxito de la inauguración, mientras yo los observo conmovida.

—Sabía que todo iba a salir perfecto —digo con una gran sonrisa—. Estoy tan orgullosa de vosotros.

—Ven aquí, Leah —dice Izan, invitándome a unirme al abrazo—. Tú también formas parte de esto.

Nos abrazamos los tres, compartiendo la alegría y el orgullo de un sueño hecho realidad. En ese momento, siento que, a pesar de las incertidumbres, estoy en el lugar correcto, rodeada de personas increíbles.

(6 meses después)

Septiembre, 2023. Madrid.

Ha sido un verano perfecto. Hemos pasado la mayoría de los días en la casa rural, empezando las mañanas temprano y desayunando en la terraza, disfrutando de la brisa y el canto de los pájaros, planeando todo que haríamos durante el día.

Prácticamente he vivido allí durante meses, y se ha convertido en mi segundo hogar. Sobre todo el jardín, que ha sido el refugio verde donde Álex y yo hemos pasado horas tumbados en la hierba, leyendo, charlando o deleitándonos del silencio compartido.

Después del estrés del día, nos dedicábamos a recorrer los senderos cercanos al atardecer, disfrutando de nuestros pequeños paraísos escondidos y tomándonos tiempo para nosotros. Desaparecíamos en alguna esquina tranquila del jardín en busca de intimidad, o nos escapábamos a la terraza para mirar las estrellas. Cada momento con él ha sido perfecto, como si el tiempo se detuviera para dejarnos vivir nuestra felicidad sin prisa.

Por las noches, la casa rural se convertía en un lugar de encuentro. Izan y Álex han organizado infinidad de cenas al aire libre, reuniendo a amigos y vecinos, inundando el aire de risas, música y conversaciones. También ha habido noches de karaoke, donde todos cantábamos a pleno pulmón y, además, también organizaban pequeños conciertos, con bandas y orquestas talentosas que venían a tocar en la terraza y nos deleitaban con su música en vivo. En algunas ocasiones, Izan sacaba su guitarra y se unía a los músicos, creando un ambiente íntimo y especial. Otros vecinos y amigos también se animaban a compartir sus talentos, transformando cada velada en una experiencia única y memorable.

Los fines de semana, el lugar se llenaba de vida con los talleres y actividades. Clases de cocina, talleres de artesanía y sesiones de yoga al amanecer. Pero, sin duda, lo que más he disfrutado ha sido dar clases de baile en la sala que Izan y Álex diseñaron para mí. Cuando las clases en la escuela terminaron a principios del verano, extrañaba a las niñas, y reencontrarme con ellas, que han venido a aprender conmigo durante sus vacaciones, me ha llenado de una satisfacción indescriptible.

Sin embargo, el final del verano ha llegado, y la realidad vuelve a llamar a la puerta. Álex me dejó en la residencia hace unos días, y hoy vuelvo a empezar las clases en el conservatorio. Aunque me ilusiona retomar mi formación, no puedo evitar sentir un nudo en el estómago al pensar en lo que dejo atrás. Echaré de menos mi casa, a mi familia, la escuela de baile, las niñas, y por supuesto, a los chicos. Pero al menos tengo a Beca cerca, y eso me reconforta.

El conservatorio está igual que siempre, pero todo me parece diferente. Entro en la clase y se me hace raro tener que volver a empezar el curso con los que el año pasado iban un curso por detrás.

Mis nuevos compañeros me observan como si fuera un extraterrestre, y yo intento ignorar la incomodidad que siento mientras dejo mi mochila sobre uno de los bancos. Me dirijo a la barra para empezar a estirar, intentado calmar mis nervios.

Una de mis compañeras se acerca a mí, con una expresión de curiosidad en el rostro.

—¿Eres Leah? —pregunta, mirándome con interés.

—Sí, soy yo —respondo, intentando sonar amigable—. ¿Pasa algo?

—Tenía muchas ganas de conocerte —dice con una sonrisa.

—¿En serio? ¿Por qué? —pregunto, incrédula.

—Todo el mundo sabe que eres una de las mejores —responde, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Me quedo sorprendida. No sabía que la gente pensara eso de mí. Por un momento, me siento halagada, hasta que añade con un tono de voz que cambia a una mezcla de pena y lástima:

—Es una pena que tu lesión te haya arruinado el futuro como bailarina.

El comentario me golpea como un puñetazo en el estómago. La sombra de mi lesión siempre está presente, pero escuchar a alguien hablar de mi futuro de esa manera es doloroso. Intento mantener la compostura y le ofrezco una sonrisa forzada.

—Ya, bueno —respondo, tratando de sonar tranquila—. Pero aquí estoy.

Ella asiente, un poco incómoda, y se aleja. Termino mis estiramientos, intentando sacudir la horrible sensación que me ha provocado la conversación y enfocarme en la clase que está por empezar.

El sonido familiar del piano, la voz firme del profesor y el crujir del suelo de madera bajo mis pies me dan una sensación de consuelo. Estoy de vuelta, aunque las circunstancias hayan cambiado. Al principio, me siento fuera de lugar, pero poco a poco empiezo a encontrar mi ritmo. Me concentro en cada movimiento, cada paso, recordando por qué amo bailar.

Después de la clase, Beca me espera en la salida. Su sonrisa es un alivio después de un día lleno de altibajos.

—¿Cómo ha ido? —pregunta, abrazándome.

—Mejor de lo que esperaba —respondo, devolviéndole el abrazo con fuerza—. Aunque sigue siendo un poco raro.

—Te acostumbrarás —dice ella, con una seguridad que me tranquiliza—. Además, siempre me tendrás cerca para recordarte lo increíble que eres.

Nos dirigimos a una pequeña cafetería cerca del conservatorio. Pedimos unos cafés y nos sentamos junto a la ventana, observando el ir y venir de la gente.

—¿Sabes? —digo, mirando mi taza—. Me ha sorprendido que algunos de mis compañeros me reconocieran y me consideraran una de las mejores.

—Porque lo eres, Leah —dice Beca, mirándome fijamente—. Tienes un futuro brillante por delante, nada podrá contigo.

Sus palabras me reconfortan y me hacen sentir un poco más segura de mí misma. Pasamos el resto de la tarde charlando, riendo y disfrutando de nuestra compañía, recordando los buenos momentos del verano.

Al final del día, cuando vuelvo a la residencia, me siento un poco más optimista. Sé que el camino no será fácil, pero también sé que no estoy sola.

Los días pasan rápido y la monotonía se apodera de ellos. Me levanto, voy a clases, como algo y después paso la tarde entrenando con algunas compañeras. Después de la última sesión, me siento agotada en el suelo, mirándome al espejo y preguntándome si de verdad es esto lo que quiero.

Mónica y Diana se acercan y se sientan en el suelo conmigo. Mónica es alta y delgada, con unos aires de superioridad que se reflejan en cada uno de sus movimientos, mientras que Diana tiene una energía contagiosa que levanta el ánimo a cualquiera. Me recuerda mucho a Izan.

—Esta noche hay una fiesta —dice Mónica, sonriendo—. Habrá muchos chicos guapos. ¿Vas a venir?

—Gracias por la invitación, pero no me interesa —respondo, devolviéndole la sonrisa. Ellas se miran extrañadas durante unos segundos, y después Diana me observa curiosa.

—¿Tienes novio? —pregunta.

Asiento, sonriente, y puedo sentir como mi rostro se ilumina al hablar de Álex.

—Hemos pasado un verano increíble —les digo, recordando los momentos felices—. Es alguien muy especial.

Mónica se ríe irónicamente y me mira con una mezcla de lástima y condescendencia.

—Todo suena muy bonito, Leah, pero tienes que ser realista —dice, cruzándose de brazos—. Si quieres ser una bailarina prestigiosa, no puedes permitirte distracciones. Y menos después de tu lesión, tendrás que esforzarte el triple. La danza profesional no deja espacio para relaciones.

Sus palabras me remueven por dentro.

—Eso depende de la persona —digo, intentando mantener la calma—. Es cuestión de encontrar un equilibrio.

Hablo con seguridad, sin embargo, no puedo evitar que sus palabras se repitan en mi mente. La verdad es que desde que he vuelto al conservatorio, casi ni he visto a Álex. Él está muy ocupado con la casa rural, y yo solo puedo ir algunos fines de semana, que es cuando más trabajo tiene. La realidad de la situación me golpea de pronto, y una sensación de incertidumbre se instala en mi pecho.

Me despido de mis compañeras y vuelvo a casa con la mente inquieta. Camino por las calles iluminadas por las farolas, sintiendo el peso de mis pensamientos. Me pregunto si podré mantener mi relación con Álex mientras persigo mi sueño. ¿Es posible tenerlo todo, o tendré que sacrificar una parte de mi vida por la otra?

Al llegar a mi habitación, me tumbo en la cama y miro el techo, dejando que las dudas inunden mi mente. La danza siempre ha sido mi pasión, pero Álex se ha convertido en una parte esencial de mi vida. La idea de perderlo me duele, pero la posibilidad de renunciar a mi sueño también es aterradora.

Cierro los ojos y respiro profundamente, intentando encontrar una respuesta en medio de este torbellino de emociones. Me recuerdo que, pase lo que pase, debo seguir mi corazón y tomar las decisiones que me hagan feliz de verdad. Pero, por ahora, todo está demasiado difuso.

Ha llegado la hora de mi clase favorita. La profesora de danza contemporánea es bastante severa, pero estoy aprendiendo mucho de ella. Todos la observamos con atención mientras da las indicaciones para la clase de hoy.

—Me han pedido que monte una coreografía en parejas y hoy vamos a trabajar en la conexión y la sincronización, así que elijan bien a sus acompañantes —anuncia, con un tono firme y autoritario que no admite discusión.

Me ha tocado bailar con Aitor, el chico más guapo de la clase. Sus ojos verdes y su sonrisa fácil lo hacen destacar, pero es su talento y carisma lo que realmente llama la atención.

—Parece que seremos pareja —dice con una sonrisa mientras se acerca.

—Eso parece —respondo, sintiendo una ligera tensión en los músculos.

Aitor no es solo simpático y amable, sino también el mejor de la clase. Desde el primer movimiento, noto cómo nos compenetrados a la perfección. Su mano en mi cintura y la forma en que sigue cada uno de mis movimientos hacen que bailar con él sea casi natural.

—¡Excelente trabajo, Aitor y Leah! —exclama la profesora mientras para la música—. El resto de la clase debería aprender de ustedes. Observen cómo se mueven en perfecta sincronía.

Nos pone en primera fila, y mientras nos colocamos, puedo notar la mirada envidiosa de Mónica clavada en nosotros.

—Vaya, parece que somos el centro de atención —murmura Aitor, con una sonrisa pícaro.

—Sí, pero creo que no todos están contentos con eso —respondo, lanzando una mirada rápida hacia Mónica.

—Ni caso —dice él, encogiéndose de hombros—. Siempre habrá gente que te envidie por tu talento. Lo importante es que estamos haciendo un buen trabajo.

—Cierto —asiento, sintiéndome un poco más confiada.

La clase continúa y la profesora sigue usando nuestra actuación como ejemplo para los demás. A cada pausa, recibimos pequeños elogios y correcciones, lo que solo hace que nos esforcemos aún más. La química entre nosotros es innegable y siento que estamos creando algo especial en cada paso que damos.

Cuando la clase termina, me dirijo hacia los bancos, aún con la adrenalina del baile recorriendo mis venas. Me siento para recuperarme del esfuerzo mientras recojo mis cosas.

—Eres increíble, Leah —me dice Aitor, secándose el sudor de la frente con una toalla—. No es fácil encontrar a alguien con quien conectar tanto en la danza.

—Gracias, Aitor. Tú también eres genial —respondo, sonriendo mientras guardo mis zapatillas de ballet en la mochila—. Ha sido un placer bailar contigo.

—Deberíamos practicar más —propone, con un tono lleno de entusiasmo—. Mi amigo tiene un estudio de danza que podríamos usar después de clases. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea estupenda —respondo, emocionada por la oportunidad de mejorar la coreografía—. Aunque hoy no puedo. Es el cumpleaños de mi mejor amiga y tengo que prepararme.

—Bueno, nos vemos mañana en clase entonces. Espero que lo pases bien —dice, levantándose

y colgándose la mochila al hombro—. Ya quedaremos otro día.

—Perfecto, gracias por la clase de hoy. Nos vemos mañana —le digo, antes de dirigirme hacia la salida.

Después de una ducha relajante, me siento en el borde de la cama, examinando mis pies. Las ampollas y pequeñas heridas son el precio a pagar por el arduo entrenamiento. Con cuidado, las limpio y vendo, asegurándome de que estén lo mejor posible para la noche que se avecina. Me levanto y me dirijo al armario, donde elijo con cuidado mi atuendo.

Opto por ponerme un vestido negro ajustado que destaca mi figura. La espalda de encaje le da un toque elegante y sofisticado. Me pongo unos tacones plateados y unos pendientes largos que centellean con cada movimiento. Completo el look con un maquillaje sutil pero elegante, acentuando mis ojos con un ligero ahumado y aplicando un tono *nude* en los labios. Además, dejo que mi pelo suelto caiga con libertad sobre mis hombros. Me observo en el espejo con una sonrisa, encantada con mi aspecto.

Salgo de la residencia y camino hacia el restaurante donde he quedado con Beca. Al llegar, una gran sorpresa me espera: Álex y Marcos están allí con ella. Saludo a Álex con efusividad, besándolo con amor, demostrándole cuánto lo he echado de menos.

—No esperaba verte aquí —le digo, sonriente.

—No podía perderme esta noche —responde, acariciando mi mejilla con ternura.

Luego, saludo a Marcos, y miro a Beca a los ojos.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamo, abrazándola con fuerza y entregándole su regalo.

Ella lo abre rápidamente, emocionada como una niña pequeña que recibe sus regalos en Navidad.

—¡Es el bolso del escaparate! —dice ella, con una sonrisa radiante y un brillo especial en los ojos—. ¡Es perfecto, Leah! ¡Gracias!

—Sé que te enamoraste de él desde el primer momento en que lo viste —digo, devolviéndole la sonrisa—. Tenía claro que algún día te lo regalaría, y ahí lo tienes.

—Eres la mejor —dice, volviéndome a abrazar con fuerza.

Después, nos sentamos a cenar, y el ambiente se llena de risas y conversaciones divertidas. La comida está deliciosa y la compañía es inmejorable. Me siento en casa con ellos.

Después de la cena, cogemos un taxi que nos lleva a una discoteca del centro. La música nos recibe nada más abrir la puerta, prometiendo una noche inolvidable. La energía del lugar es contagiosa. Las luces de colores se reflejan en las paredes y el techo, creando un ambiente emocionante. Al entrar, me abruma la mezcla de ritmos y melodías que resuenan a nuestro alrededor. La pista de baile está llena de gente moviéndose al compás de la música, y no puedo evitar sonreír ante la perspectiva de una gran noche.

Nos dirigimos a la pista de baile, y pronto estamos moviéndonos al ritmo de la música, olvidándonos del resto del mundo. Las canciones cambian de un género a otro, manteniendo la energía a tope y provocando que nuestros cuerpos estén en constante movimiento.

—¡Esta noche está siendo perfecta! —grita Beca sobre el ruido del local, con una gran sonrisa iluminando su rostro.

—¡Es tu noche! —respondo, sin dejar de bailar—. ¡No podía ser menos!

La felicidad de Beca es contagiosa, y todos nos sumergimos en la magia del momento. Bailamos, reímos y disfrutamos de la noche como nunca. La música, las luces y la compañía consiguen que olvide cualquier preocupación. Álex coge mi mano y hace que dé una vuelta sobre mi misma.

—Esta noche estás increíble —me susurra al oído.

Siento un cosquilleo en el estómago.

—Y tú estás muy sexy —le respondo, tirando de él para acercarlo más.

Marcos y Beca están a nuestro lado, ambos riendo y disfrutando del momento. Marcos levanta su copa y grita:

—¡Por Beca, la reina de la noche!

—¡Por Beca! —repetimos nosotros, brindando y riendo con ellos.

La música cambia a una canción más lenta, y Álex me atrae hacia él, envolviéndome con sus brazos por la cintura. Yo rodeo su cuello con los míos, y nos balanceamos al ritmo de la música, mientras disfrutamos de nuestra pequeña burbuja.

—Me hace tan feliz estar aquí contigo —me dice en voz baja.

—A mí también —respondo, apoyando mi cabeza sobre su pecho—. Te he echado tanto de menos, a ti y a nuestro verano perfecto. Y estar aquí, ahora, contigo, es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—Y a mí, amor —dice, antes de besarme en los labios con suavidad.

La noche avanza y la discoteca sigue llena de vida. Beca se acerca y nos abraza a ambos.

—Gracias por esta noche, chicos —dice con los ojos brillantes, y algo afectada por el alcohol.

—Gracias a ti —respondo, mientras la sostengo—. Pero creo que ya va siendo hora de irnos.

Álex me ayuda con Beca, y después le hace un gesto a Marcos para que nos acompañe. Salimos de la discoteca y pido un taxi para que los lleve a casa de Beca. Álex y yo decidimos pasear y disfrutar del aire fresco, de camino a la residencia, ya que se queda a pasar la noche conmigo.

Al llegar, nos acomodamos en mi habitación, sentándonos en la cama.

—¿Te lo has pasado bien? —me pregunta, mirándome con ternura.

—Ha sido una noche increíble —respondo, mirándolo a los ojos—. Cada momento a tu lado es perfecto.

—Me alegra oír eso —dice, mientras acaricia mi pelo con amor—. Quiero que siempre seas feliz. Quiero hacerte feliz —susurra cerca de mi boca.

Nos miramos a los ojos durante unos breves instantes, y luego nos fundimos en un beso interminable lleno ternura. Nos tumbamos en la cama, con nuestras manos redescubriendo cada rincón de nuestros cuerpos. Hacemos el amor con dulzura, con movimientos y caricias llenos de significado y amor, mientras intentamos estirar el tiempo juntos lo máximo posible.

Después, nos quedamos abrazados, con nuestras respiraciones entrelazadas, hablando en susurros.

—Prométeme que, sin importar lo que pase, siempre encontraremos el camino de vuelta el uno hacia el otro —le digo, mirándolo a los ojos, con el cansancio a punto de vencerme.

—Te lo prometo —dice antes de besar mi frente—. Pase lo que pase.

Sonríó y cierro los ojos. Abrazada a él, me dejo llevar por el sueño mientras me relajo con el sonido de su corazón latiendo en mi oreja.

Ha llegado el día de la exhibición más importante del conservatorio, un evento al que acuden personalidades muy importantes del mundo de la danza, críticos, directores de compañías y profesores de renombre. La presión es enorme. La profesora de danza contemporánea nos asignó el papel protagonista de la coreografía en parejas a Aitor y a mí, y es el gran espectáculo final. Llevamos semanas preparándonos para esto, practicando siempre que teníamos un hueco y perfeccionando cada movimiento. Y aquí estamos, detrás del telón que se abrirá en unos pocos segundos.

Me agarro fuerte de la mano de Aitor y respiro hondo.

—Todo saldrá bien, Leah. Confía —me dice con una sonrisa tranquilizadora.

Yo asiento, cerrando los ojos antes de enfrentarme al público y los focos, intentando calmar los nervios que revolotean en mi estómago. Las luces del escenario cambian, indicando que es nuestro turno. El telón se abre lentamente mientras se escucha el murmullo de la audiencia.

Empieza a sonar la música y la melodía nos envuelve. Nos movemos con fluidez, sincronizándonos a la perfección. Aitor me levanta en un *arabesque*, y la brisa roza mi piel mientras giro en el aire, aterrizando con suavidad. La coreografía es un diálogo entre nuestros cuerpos, una conversación sin palabras llena de emociones y sentimientos. Cada paso, cada giro y salto está cargado de pasión y precisión.

La música aumenta la intensidad y nosotros también. El clímax de la coreografía es una serie de movimientos rápidos y complicados, pero lo tenemos más que controlado. Aitor me sostiene en el *porté* final, y yo extendiendo mis brazos. La música llega a su fin, y nos congelamos en nuestra última pose, escuchando el estruendo de los aplausos que llena el auditorio.

El público aplaude de pie, y nosotros nos reunimos con el resto del cuerpo de baile para saludar en grupo, sonriendo y agradeciendo todo el apoyo. Cuando el telón se cierra, Aitor y yo nos miramos, ambos con sonrisas radiantes.

—¡Lo hemos conseguido! —exclama Aitor, con la voz llena de entusiasmo mientras me envuelve en un abrazo.

—¡Sí, ha salido perfecto! —respondo, riendo mientras correspondo su abrazo.

Nos quedamos unos segundos en ese abrazo, compartiendo la alegría y el alivio de haber terminado la actuación con éxito. Después, chocamos las manos con fuerza y nos dirigimos juntos hacia el vestuario. Camino por los pasillos con una sensación extraña, una mezcla de alivio, euforia y nostalgia.

En el vestuario, todas las bailarinas se felicitan unas a otras, y el ambiente es de pura celebración. Me doy una ducha rápida, dejando que el agua caliente relaje mis músculos tensos. Mientras el agua corre, repaso mentalmente cada instante de la actuación, sonriendo al recordar que ha sido impecable.

Cuando salgo del vestuario, me dirijo a la salida, y allí me encuentro a Álex, mi familia y Beca, esperándome con grandes sonrisas. Izan es el primero en acercarse.

—¡Ha sido increíble, Leah! Enhorabuena —dice mientras me abraza, con la voz llena de orgullo.

—Gracias, Izan —respondo, sintiendo una oleada de emoción al escuchar sus palabras.

Mi madre se acerca, con los ojos brillantes.

—Ha sido tan bonito, hija —dice, abrazándome con fuerza.

Asiento, agradecida, y me aparto de ella, mirando a mi padre con expectación.

—Estoy orgulloso de ti, Leah. Tenías razón, vas a conseguir todo lo que te propongas —dice él, acariciando mi mejilla. Sus palabras me emocionan más que nada.

Álex, con una gran sonrisa, me envuelve en sus brazos y me besa con ternura.

—Sabía que lo harías genial. Eres la mejor —dice, con los ojos llenos de orgullo.

Nos quedamos charlando un rato en la entrada del teatro, compartiendo risas, hasta que la directora se acerca y se presenta a mis padres.

—Solo quería decirles que su hija es una de nuestras mejores bailarinas —dice, con un tono de admiración inesperado—. A pesar de los obstáculos que ha encontrado por el camino, ha sabido superarlos con creces.

Mis padres sonríen, claramente emocionados.

—Estamos muy orgullosos de ella —responde mi madre, con los ojos más brillantes que le he visto nunca.

—Leah, ¿podría hablar contigo a solas? —pregunta la directora, mirándome con una sonrisa.

—Claro —respondo, nerviosa.

Nos apartamos un poco del resto, y ella me mira fijamente con seriedad.

—Han hablado mucho de ti y Aitor —dice, esbozando una sonrisa—. Estamos impresionados con vuestra actuación. Quiero que os presentéis a un casting que puede ser una gran oportunidad para ambos. Disfruta de la noche y mañana hablaremos de los detalles en mi despacho.

—Claro —baluceo incrédula—. Buenas noches, Elsa.

—Buenas noches, Leah.

Vuelvo con los demás, todavía descolocada con la noticia. No quiero que nadie se haga ilusiones antes de tiempo, así que disimulo diciendo que solo quería felicitar me en privado.

Decidimos celebrar el éxito de la exhibición, y nos dirigimos a cenar todos juntos, disfrutando de una comida deliciosa en uno de los mejores restaurantes de la zona. Después de la cena, mis padres se despiden y el resto decidimos continuar la celebración en un bar de cócteles cercano.

El ambiente del local es tranquilo y sofisticado, perfecto para continuar con la celebración. Pedimos bebidas y brindamos por el futuro y por seguir todos juntos en momentos tan importantes. La noche sigue llena de risas, y por un momento, todo parece perfecto.

Mientras le doy el primer sorbo a mi segunda copa, veo a Mónica y su séquito aparecer por la puerta. Se acercan a donde estamos nosotros y saludan. Izan se queda embelesado con las chicas, pero Álex parece darse cuenta de que no me gusta la situación. Me pone la mano en la rodilla.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

Yo le lanzo una mirada despreocupada yuerzo una sonrisa.

—Perfectamente —respondo.

Termino mi copa de un trago, sin apartar la vista de Izan y Mónica, que charlan demasiado cómodos. Álex frunce el ceño.

—No lo parece —insiste, con la voz cargada de preocupación.

Lo miro a los ojos y me siento un poco más tranquila. Hay algo en su mirada que siempre consigue calmarme.

—No es nada que no pueda solucionar pasar un rato contigo —le digo, sonriendo, antes de inclinarme para besarlo.

Luego, me levanto para ir al baño y Beca me sigue.

—No soporto a Mónica y sus amiguitas —dice en cuanto cerramos la puerta del baño.

No puedo evitar reírme con la situación, y ella se contagia, aunque me mira como si no tuviera ni idea de lo que está pasando.

—Yo tampoco las soporto —digo entre risas, lo que la hace reír aún más.

Beca se limpia las lágrimas con las manos.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te ríes tanto? —pregunta.

—La verdad es que no tengo ni idea —digo mientras intento recuperarme—. Es que Mónica siempre se entromete en todo. Saca lo peor de mí.

—Vámonos de aquí —propone, mirándome a los ojos—. Que le den a esa princesita.

—Encantada —respondo, aliviada—. Vamos.

Salimos del baño y volvemos con el resto. Le explico la situación a Álex y él, sin dudarlo, acepta acompañarnos. Izan, sin embargo, decide quedarse con Mónica. Parece que disfruta de su compañía mucho más de lo que me gustaría.

Salimos del bar y vamos a dar un paseo por las calles tranquilas de la ciudad. La noche es fresca y el aire me despeja la cabeza. Beca se despide poco después, y Álex me acompaña a la residencia.

Frente a la puerta, me detengo y lo miro a los ojos.

—¿Y qué pasa con Izan? —pregunto, preocupada—. ¿Tiene que volver contigo?

—No te preocupes —responde, sonriendo para tranquilizarme—. Hemos venido cada uno con su propio coche.

—Entonces, ¿quieres quedarte a dormir?

—Me encantaría, pero mañana tengo asuntos importantes y tengo que irme ya —dice, acariciando mi mejilla—. Tranquila, no he bebido nada.

Asiento, entristecida.

—Avísame cuando llegues —le pido, mirándolo a los ojos.

—Lo haré —sonríe antes de darme un beso—. Te amo.

—Yo también te amo —respondo, robándole un último beso antes de que se marche.

Aitor y yo esperamos en la recepción del conservatorio, con los nervios a flor de piel. No dejo de mirar el reloj, deseando que el tiempo pase más rápido. Los minutos parecen eternos. La recepción está llena de estudiantes y profesores que van y vienen, ocupados con sus tareas cotidianas, pero yo me siento ajena a todo, concentrada en lo que está por venir.

—¿Nerviosa? —me pregunta Aitor, rompiendo la tensión con una sonrisa.

—Un poco —respondo, devolviéndole la sonrisa—. ¿Y tú?

—También, pero eso es bueno —dice, intentando animarme—. Sé que esto es solo el comienzo de algo grande, Leah.

Sus palabras me reconfortan, e intento enfocarme en lo positivo. Al fin, la secretaria se acerca y nos dice que ya podemos pasar. Nos miramos, intercambiamos una sonrisa alentadora y nos dirigimos hacia la puerta del despacho de la directora. Entramos y nos sentamos en las sillas frente a su escritorio. Ella está al teléfono, hablando con voz baja y profesional, mientras mi corazón late con fuerza.

—Esto es tan emocionante como aterrador —murmuro.

Aitor asiente, manteniendo su sonrisa.

—Sea lo que sea, lo haremos bien —me asegura, apretando mi mano ligeramente bajo la mesa.

La directora cuelga el teléfono y se nos queda mirando con seriedad, pero con un brillo de satisfacción en los ojos. El suspense es casi insoportable.

—La actuación de ayer fue brillante —rompe el silencio—. Muchos están interesados en contar con su talento —dice, haciendo una pausa para que asimilemos sus palabras.

Siento un nudo en el estómago, una mezcla de alivio y emoción.

—Nos han invitado a un casting al que pocos tienen acceso —continúa la directora—. Se trata de una compañía de danza que precisa bailarines para actuaciones en directo con cantantes y grupos famosos, para videoclips y otros proyectos.

Nos miramos con incredulidad. La oportunidad es monumental, y cada palabra que dice la directora hace que mi corazón se acelere aún más.

—Tienen un mes para preparar un total de tres coreografías de distintos estilos para presentarse —añade la directora, sonriendo—. Este casting es una gran oportunidad, pero también un desafío enorme. Les sugiero que trabajen duro y se preparen lo mejor que puedan.

—¡Muchas gracias! No la decepcionaremos —dice Aitor, entusiasmado.

—Haremos todo lo posible por estar a la altura —añado, sintiendo una oleada de energía y motivación—. Es una oportunidad única, y no vamos a desaprovecharla.

La directora asiente y nos despedimos. Salimos de su despacho, todavía asimilando la noticia. Nos detenemos en el pasillo, mirándonos con una emoción desbordante.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo, abrazando a Aitor con fuerza.

—¡Somos los mejores! —responde él, devolviéndome el abrazo—. Ahora a trabajar duro.

—Sí, tenemos un mes para dar lo mejor de nosotros —digo, mirándolo a los ojos.

Nos dirigimos hacia la sala de prácticas, listos para planificar y trabajar en los primeros pasos

de nuestras coreografías antes de que empiecen las clases.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Aitor mientras deja sus cosas en uno de los bancos.

—Creo que deberíamos hacer una lista de los estilos que queremos cubrir y luego trabajar en las primeras ideas —respondo, intentando ser organizada—. Necesitamos algo que muestre nuestra versatilidad y nuestras fortalezas.

—Podemos hacer una mezcla de contemporáneo, jazz y hip-hop. Eso debería cubrir una buena gama de estilos —sugiere, mostrándome algunos movimientos increíbles.

—Me gusta la idea. Pero también estaría bien incorporar algunos elementos de ballet para mostrar nuestra técnica —añado, entusiasmada con las posibilidades.

Pasamos la siguiente hora esbozando ideas y probando movimientos, dejando que la creatividad fluya en un torrente imparable. A pesar del tiempo limitado, trabajamos de manera eficiente y rápida, enfocándonos en los movimientos clave que necesitamos perfeccionar. La sala de práctica se llena de música y movimientos sincronizados, Aitor y yo nos complementamos a la perfección, empujándonos uno al otro a mejorar y perfeccionar cada detalle.

—Creo que esto va a ser increíble —dice Aitor, respirando con dificultad después de un ensayo intenso.

—Si seguimos así, estaremos más que listos para el casting —respondo, sintiéndome más confiada con cada paso que damos.

Mientras seguimos practicando, el tiempo vuela y pronto nos damos cuenta de que estamos al borde de llegar tarde a nuestra primera clase del día. Nos miramos alarmados y rápidamente recogemos nuestras cosas.

—¡Vamos, Leah! ¡Nos queda un minuto! —exclama Aitor, corriendo hacia la puerta.

—¡Voy detrás de ti! —respondo, corriendo tras él, con el corazón acelerado, no solo por la prisa, sino también por la emoción de lo que acabamos de crear en tan poco tiempo.

Salimos de la sala de prácticas y corremos por los pasillos del conservatorio, esquivando a otros estudiantes y profesores en nuestro camino. La adrenalina corre por nuestras venas, y aunque estamos a punto de llegar tarde, no podemos evitar reírnos ante la situación.

—¡Esto parece una carrera de obstáculos! —dice Aitor entre risas, mientras esquivamos a un grupo de estudiantes que charlan en medio del pasillo.

—¡Intenta llegar a la meta! —respondo, riéndome también.

Llegamos a la puerta del aula justo a tiempo. Nos detenemos, intentando recuperar el aliento, y nos miramos con una mezcla de alivio y triunfo.

—Hemos llegado —dice Aitor, sonriendo.

—Sí, lo hemos hecho —respondo, devolviéndole la sonrisa.

Entro en la clase, todavía respirando con dificultad, pero con una sensación de satisfacción indescriptible. Aunque el tiempo para practicar ha sido corto, hemos avanzado significativamente en las coreografías, y eso me genera una seguridad indescriptible.

La clase empieza y, aunque intento concentrarme en las instrucciones de la profesora, mi mente sigue repasando los movimientos y las ideas que he planeado con Aitor. Cada gesto y cada paso bailan en mi cabeza, llenándose de una mezcla de excitación y ansiedad. Después de la clase, nos encontramos de nuevo en el pasillo.

—Tenemos que planificar las prácticas de una forma más eficiente —digo, todavía sintiendo el subidón de adrenalina de nuestro primer entrenamiento.

—Estoy de acuerdo. Si podemos hacer tanto en tan poco tiempo, imagina lo que conseguiremos dedicando más horas —responde Aitor, con una sonrisa optimista.

—¿Nos vemos más tarde? —pregunto—. Dijiste que tenías un sitio para practicar, ¿no?

—Exacto —afirma, mirándome a los ojos—. Te mando la dirección y nos vemos allí después de clase.

—Perfecto, allí estaré —digo emocionada, dándole un beso en la mejilla—. Tengo que irme, ¡hasta luego!

Al final del día, me encuentro con Aitor en la escuela de su amigo. El estudio de danza está vacío y tranquilo, lo que nos da la oportunidad perfecta para practicar sin distracciones. Las grandes ventanas dejan entrar la luz del atardecer, creando una atmósfera cálida y motivadora.

—¿Preparada para otra sesión intensa? —pregunta Aitor, quitándose la camiseta, dejando ver sus perfectos y relucientes músculos.

—Preparada —respondo con una sonrisa.

Empezamos a calentar y pronto nos sumergimos en nuestro propio mundo. A pesar del cansancio acumulado del día, la pasión por la danza nos mantiene en movimiento, perfeccionando cada detalle y sincronizando nuestros pasos.

—¿Qué te parece si intentamos el giro de nuevo? —sugiere Aitor, mostrando un paso complicado en el que hemos estado trabajando.

—Claro, vamos a hacerlo hasta que salga perfecto —respondo, decidida.

Repetimos los movimientos una y otra vez, ajustando y corrigiendo cada pequeño error. El tiempo vuela, y antes de darnos cuenta, el estudio está bañado en la suave luz de la luna.

—Creo que es suficiente por hoy —dice Aitor con una gran sonrisa, mientras intenta recuperar el aliento.

—Sí, hemos hecho un gran trabajo —respondo, limpiando el sudor de mi frente con una toalla.

Nos despedimos en la puerta del estudio, y quedamos en encontrarnos mañana temprano para continuar con los ensayos. El camino que nos queda por delante es desafiante, pero siento que estamos listos para enfrentarlo.

Vuelvo a la residencia, y mientras me preparo para dormir, no puedo evitar pensar en todo lo que ha sucedido en las últimas 24 horas. La actuación de ayer, la noticia del casting, y la intensa práctica de hoy. Me siento más viva y motivada que nunca, y aunque sé que el camino será duro, también sé que valdrá la pena.

Me recuesto en mi cama, repasando mentalmente los movimientos de las coreografías. A pesar de los nervios, una extraña sensación de calma se apodera de mí. Este es el sueño por el que he trabajado tan duro, y ahora está al alcance de mi mano. Con una sonrisa en los labios, cierro los ojos y me dejo llevar por el sueño.

El día amanece con una mezcla de nervios y emoción. Aitor y yo hemos trabajado sin descanso durante el último mes, perfeccionando nuestras coreografías y asegurándonos de que cada movimiento sea impecable. Me levanto temprano, con el sol apenas asomando por el horizonte, y me preparo mentalmente para lo que será uno de los días más importantes de mi vida.

Después de un desayuno ligero y nutritivo, me visto con mi ropa de baile más cómoda: unos *leggings* negros, una camiseta ajustada y mis zapatillas de danza favoritas. Recojo mi pelo en un moño alto y reviso una vez más mi bolsa para asegurarme de que tengo todo lo necesario.

Llego al estudio de danza donde Aitor y yo hemos quedado en encontrarnos. Él ya está allí, calentando y practicando.

—¿Lista para hoy? —me pregunta con una sonrisa que refleja tanto sus nervios como su entusiasmo.

—Más que lista —respondo, intentando sonar segura mientras siento cómo mi corazón late con fuerza.

Pasamos la siguiente media hora calentando y revisando nuestras coreografías una última vez. Cada vez que ejecutamos un movimiento sincronizado a la perfección, una ola de confianza me recorre. Aitor es un compañero increíble, y juntos formamos un gran equipo.

Llega el momento de ir al casting. Caminamos hasta el teatro donde se llevará a cabo la audición. Al entrar, nos encontramos con otros bailarines, todos ellos igual de nerviosos y concentrados que nosotros.

—¿Esto es real? —pregunto, mirando a nuestro alrededor.

—Lo es —responde Aitor, apretando mi mano en señal de apoyo.

Nos registramos y nos asignan un número. Mientras esperamos nuestro turno, repasamos las coreografías e intentamos mantenernos calmados, hasta que una asistente nos llama.

—Leah, Aitor, es vuestro turno.

Nos levantamos y seguimos a la mujer hasta la sala de audiciones. Entramos en un amplio estudio, donde un grupo de jueces nos espera.

—Buenos días —saluda uno de ellos—. Estamos impacientes por ver su actuación. Tómense unos segundos y cuando estén listos, pueden empezar.

Nos colocamos en nuestra posición inicial y la música empieza a sonar. La primera coreografía es una pieza contemporánea, llena de emociones y movimientos fluidos. Aitor y yo nos movemos en perfecta armonía, con nuestras expresiones reflejando la intensidad de la música. Ejecutamos con precisión cada giro, cada salto, cada caída.

Terminamos la primera coreografía y, aunque estamos sin aliento, pasamos a la segunda pieza, una rutina de jazz vibrante. Los ritmos rápidos nos llenan de energía, y por un momento, me olvido de los nervios y me pierdo en la danza.

Llega la tercera coreografía, una pieza de hip-hop llena de fuerza y actitud. Esta es la más desafiante, pero también la más divertida. Nos movemos con confianza, respondiendo a cada nota musical con nuestros cuerpos. Cuando terminamos, el estudio se queda en silencio por unos instantes, antes de que los jueces empiecen a aplaudir.

—Increíble —dice uno de los jueces—. Realmente increíble.

Nos reunimos en el centro del estudio, respirando con dificultad pero sonriendo como nunca.

—Leah, Aitor —dice la única mujer del jurado, levantándose de su asiento—. Ha sido una actuación brillante. Han demostrado un nivel de talento y dedicación que pocas veces vemos. Nos complace informarles que han sido seleccionados para unirse a nuestra compañía de danza.

Una mezcla de emoción y alivio me invade. Aitor y yo nos abrazamos, riendo y llorando al mismo tiempo.

—Empezarán en enero —añade la jueza—. Todavía tienen unos meses para organizarse, pero estoy segura de que estarán más que preparados.

Nos despedimos de los jueces y salimos del teatro, aún asimilando la noticia. Una vez fuera, nos abrazamos de nuevo, saltando de alegría.

—¡Sabía que lo conseguiríamos! —exclama Aitor, con la cara iluminada por una sonrisa radiante.

—¡Somos los mejores! —respondo, sintiendo una felicidad indescriptible.

Mientras me separo del abrazo de Aitor, veo a Álex de reojo esperando en la entrada del edificio. Se acerca a nosotros con paso decidido.

—Parece que ha ido bien —dice, esbozando una sonrisa.

—¡Sí, nos han cogido! —respondo, lanzándome a sus brazos.

Él me da un beso y luego mira a Aitor.

—Enhorabuena —añade, extendiendo la mano hacia él.

—Gracias —responde Aitor, estrechando la mano de Álex con firmeza.

Noto una extraña tensión en el ambiente, aunque ambos se esfuerzan por parecer amables. Me acabo de dar cuenta de que no se conocen de nada.

—Álex, este es Aitor, mi compañero. Aitor, este es Álex, mi novio —los presento.

Ambos se sonríen durante unos instantes, pero la incomodidad es palpable.

—Bueno, nos vemos pronto para más ensayos —le digo a Aitor, intentando aliviar la tensión—. Hasta luego.

—Claro, Leah. Nos vemos pronto —responde Aitor, dándome un último abrazo—. Adiós, Álex —dice antes de darnos la espalda y empezar a alejarse.

Álex y yo nos dirigimos al coche cogidos de la mano. Nos subimos, y el silencio se instala unos segundos entre nosotros.

—¿No es increíble? ¡Lo he conseguido, Álex! —exclamo emocionada, incapaz de contener mi alegría.

—Me alegro mucho por ti —responde, pero noto una seriedad en su voz que me preocupa.

—¿Te pasa algo? —pregunto, mirándolo con atención.

—No, no pasa nada. Verte tan feliz es lo que más quiero —dice, aunque su expresión no refleja del todo sus palabras.

—Empiezo en enero —añado—. Todavía no tengo todos los detalles, pero esa es la fecha provisional.

—Bien —dice con una sonrisa y un tono algo más relajado—. Al menos vamos a poder pasar las navidades juntos.

—Lo estoy deseando —digo, inclinándome para besarlo.

Antes de irnos, le pido que me lleve al conservatorio un momento. Necesito compartir las buenas noticias con la directora. Álex me deja en la puerta y me despido con una sonrisa, antes de salir corriendo hacia el interior del edificio.

Subo las escaleras rápidamente y llego al despacho de la directora, tan emocionada que no

puedo esperar el permiso de su secretaria, que me mira como si me hubiese vuelto loca. Llamo a la puerta varias veces con energía.

—¡Adelante! —responde la directora desde dentro.

Entro en el despacho y la veo levantar la vista de unos documentos.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamo, incapaz de contener mi entusiasmo.

—¡Sabía que lo conseguiríais! —dice ella, levantándose para abrazarme—. Pasa, pasa. Tenemos que celebrarlo.

Nos sentamos en los sillones que hay delante de su escritorio y ella saca una botella de champán de una pequeña nevera escondida en un armario.

—Este será nuestro pequeño secreto —dice con una sonrisa cómplice mientras llena dos copas—. ¡Brindemos!

—¡Por nuestro gran éxito! —respondo, levantando mi copa y dando un par de sorbos.

La conversación con la directora es muy interesante y consigo relajarme después de un día agotador, pero ahora que he podido pensar en frío, me he dado cuenta de que las cosas van a cambiar mucho en muy poco tiempo.

—¿Qué va a pasar con las clases? —le pregunto, preocupada por cómo conseguiré compaginarlo todo.

—No te preocupes por eso, Leah —responde con una sonrisa tranquilizadora—. Poco más podemos enseñaros a estas alturas. Tendréis un permiso especial y solo necesitaréis presentaros a los exámenes prácticos para conseguir la titulación.

—¿De verdad? —respondo, sintiendo cómo si una enorme carga se levantara de mis hombros.

—Sí, de verdad. Confío en que estaréis más que preparados para las evaluaciones —añade, llenando nuestras copas una vez más.

Nos reímos y brindamos de nuevo. La directora parece tan emocionada como yo por lo que está por venir.

—Muchas gracias por todo su apoyo —digo, levantándome para despedirme.

—Es un placer, Leah. Estoy muy orgullosa de ti. Ahora ve y celebra este logro con tus seres queridos.

Asiento y salgo del despacho con una sensación indescriptible. Mientras bajo las escaleras, mi mente se llena de planes y sueños para el futuro. Al salir, veo a Álex esperándome en el coche, y me doy cuenta de que lo he dejado ahí solo mucho tiempo.

Subo rápidamente al coche.

—¿Todo bien? —pregunta él, mirándome con curiosidad.

—Sí, muy bien. La directora ha insistido en celebrarlo —respondo, sin poder contener mi sonrisa.

—Me alegro mucho por ti —dice Álex, acariciando mi mano.

—Gracias por estar siempre ahí —le digo, mirándolo con gratitud.

Él sonríe, con los ojos brillando con una ternura que me derrite.

—Gracias a ti por dejarme estar a tu lado, Leah. Verte cumplir tus sueños es lo mejor de este mundo —dice con dulzura.

Me inclino hacia él para besarlo y luego apoyo mi cabeza sobre su hombro.

—No sé qué haría sin ti —susurro.

—Ni yo sin ti, amor —responde él, acariciando mi pelo con delicadeza.

—Gracias por creer en mí, incluso cuando yo misma dudaba —digo, mirándolo a los ojos.

—Siempre creeré en ti, porque sé que eres capaz de lograr todo lo que te propongas —responde él, con una sonrisa que me hace sentir más amada que nunca.

—Te amo, Álex.

—Yo también te amo —responde, abrazándome con fuerza.

Mis dos semanas de vacaciones empiezan hoy, y he vuelto a Miravet para pasar las navidades con mi familia y ayudar a mis padres en el restaurante, ya que es temporada alta y está todo lleno de turistas.

Al llegar, me he encontrado con el pueblo transformado por las luces navideñas que iluminan las calles con un brillo cálido y festivo. Muchos hogares y negocios han decorado sus fachadas con guirnaldas, luces y belenes, creando una atmósfera mágica que te envuelve nada más poner un pie en el pueblo.

Después de dejar mis maletas en casa, me dirijo al restaurante. Es raro trabajar sin Izan y Álex, que están demasiado ocupados con la casa rural para ayudar en el restaurante este año. Los nuevos camareros son eficientes, pero no es lo mismo. Echo de menos las bromas que hacían que las horas pasaran volando.

El restaurante está lleno de turistas que han venido a disfrutar de la comida y el ambiente navideño. Las horas pasan lentas mientras tomo pedidos, sirvo platos y ayudo en lo que puedo. A pesar del cansancio, hay algo reconfortante en reconectar con mis raíces. Me gusta ver las caras felices de los clientes disfrutando de las comidas preparadas con tanto cariño por mi padre.

Termino el día completamente agotada. Después de despedirme de mis padres, que todavía están ocupados con el cierre del restaurante, me dirijo a casa y me doy una ducha caliente, justo lo que necesito para relajarme y quitarme el cansancio del cuerpo.

Me visto con mi pijama más cómodo y me acurruco en la cama con el teléfono en la mano. Llamo a Álex, deseando escuchar su voz.

—¡Hola, amor! —responde él, y es como si pudiera sentir su sonrisa a través del teléfono.

—¡Hola! Te he echado mucho de menos hoy. El restaurante está a tope, pero no es lo mismo sin vosotros —le digo, suspirando.

—Yo también te he echado de menos. Estoy hasta arriba con la casa rural, pero me las he arreglado para despejarme mañana por la noche. ¿Qué te parece si vamos juntos al concierto? —me propone.

—¡Suenan perfecto! Tengo muchas ganas de verte —respondo, sintiendo una oleada de felicidad.

Después de charlar un rato más, colgamos, y con una sonrisa en los labios, me acurruco bajo las sábanas y cierro los ojos, soñando con la noche mágica que me espera mañana.

Mi madre y yo nos hemos levantado temprano esta mañana, animadas por la idea de visitar el mercado navideño que se instala en el centro del pueblo todos los años. Miravet se ve mucho más encantador bajo la luz matutina, con las calles adoquinadas decoradas con guirnaldas y luces parpadeantes.

Caminamos juntas hacia la plaza principal, donde el mercado está en pleno apogeo. Las casetas coloridas se alinean a lo largo de la plaza, ofreciendo una gran variedad de productos locales y artesanales. El aire está impregnado con el aroma tentador de castañas asadas, canela y chocolate caliente. Nos detenemos en cada puesto, curioseando entre los objetos hechos a mano

y las delicias culinarias que inundan los sentidos.

—¿Qué te parece este collar de piedras naturales para la abuela? —sugiero, sosteniendo una joya delicadamente tallada entre mis manos.

—Oh, es precioso. Seguro que le encantará. Y estos jabones artesanales, ¿no son una maravilla? —responde mi madre, levantando unos paquetes envueltos en papel de seda con un cuidado exquisito.

—Serían perfectos para las tías —digo, asintiendo—. Les encanta todo lo que está hecho a mano.

A medida que recorremos el mercado, nuestras conversaciones se vuelven más íntimas. Hablamos de recuerdos de mi infancia, de los momentos especiales que compartimos en familia y de lo mucho que significa este pueblo para nosotros.

—¿Te acuerdas de mi primer pesebre viviente? Era tan pequeña —comento, riendo al recordar lo divertido que fue.

—¡Claro que sí! Tú ya eras una estrella, cariño. Siempre tan entusiasta por participar en todo —me responde, con un brillo de nostalgia en los ojos.

Mientras continuamos explorando el mercado, elegimos algunos adornos hechos a mano para el árbol de Navidad, y pequeños detalles para amigos y vecinos. Me encanta ver la sonrisa en el rostro de mi madre mientras escoge con cariño cada regalo.

Pasamos por un puesto donde venden galletas de jengibre decoradas con glaseado y pequeños caramelos de colores. La vendedora, una amable señora mayor, nos ofrece probar una.

—Estas galletas me recuerdan a las que hacíamos juntas cuando era niña —digo, saboreando el dulce sabor de la galleta.

—Sí, el sabor es muy parecido. Deberíamos hacer para estas fiestas —responde, con una expresión de pura felicidad.

Después de un par de horas disfrutando del mercado, volvemos a casa con nuestras bolsas llenas de tesoros navideños. Nos sentamos juntas en la cocina, con una taza de té caliente entre las manos, y continuamos compartiendo historias.

—Creo que este ha sido uno de mis mejores días en mucho tiempo —dice mi madre, mirándome con cariño.

—Yo también lo creo, mamá. Estos momentos son los que hacen que la Navidad sea tan especial —respondo, apretando su mano con ternura.

Nos quedamos un rato sentadas, disfrutando de la compañía mutua y del cálido ambiente del hogar.

Después de cenar algo rápido en el restaurante, vuelvo a casa para prepararme para el esperado concierto navideño en el castillo de Miravet. Al llegar a casa, me doy una ducha rápida para refrescarme.

Llamo a Álex mientras me seco el pelo.

—Me muero de ganas de verte. Ha sido un día genial, y seguro que el concierto contigo será el broche perfecto —comento mientras me pongo un vestido rojo que me he comprado para la ocasión.

—Yo también estoy deseando verte, amor. ¿Estás lista? —responde, con la voz llena de entusiasmo.

—Sí, ya casi estoy —le digo, sonriendo mientras me pongo los zapatos.

Álex llega puntual y, aprovechando que la noche está despejada y estrellada, decidimos hacer el camino a pie hasta el castillo. Paseamos por las calles iluminadas por las luces navideñas que

crean una atmósfera mágica a nuestro alrededor.

—El pueblo está precioso —comento mientras caminamos.

Álex sonríe y me mira con ternura.

—Sí, lo está. Me alegra que hayas vuelto para las fiestas. ¿Cómo lo llevas?

—Me encanta estar de vuelta —respondo con una sonrisa.

Nos adentramos en el camino que conduce al castillo, iluminado con farolillos y decoraciones navideñas. El camino serpenteante nos permite disfrutar de momentos de tranquilidad, solo interrumpidos por el sonido suave de nuestra conversación, hasta que, a lo lejos, empezamos a escuchar la música y los murmullos de la gente reunida para el concierto.

Al llegar al castillo, nos encontramos con Izan y Marcos, que ya están allí disfrutando del ambiente. Saludamos a todos y nos unimos al grupo que se ha congregado en la plaza del castillo, donde el escenario está listo y decorado con guirnaldas y luces.

—¡Vaya ambiente! —exclamo, mirando a mi alrededor maravillada.

—Sí, todo está muy bien organizado. Miravet sabe cómo montar una buena fiesta —dice Álex, pasando su brazo alrededor de mis hombros mientras buscamos un lugar despejado para disfrutar del concierto.

—¡Leah, Álex! —nos llama Izan desde una mesa cercana—. Venid, hemos encontrado sitio.

Nos acercamos a la mesa donde Izan y Marcos ya están sentados. Está decorada con velas y pequeños adornos navideños.

—Este sitio es genial —digo mientras tomamos asiento.

—¿Habéis visto el programa? Hay muchos artistas nuevos este año —dice Marcos, mostrándonos un folleto del concierto.

—Sí, la noche promete —responde Álex, mirando el programa.

Durante el concierto, nos dejamos envolver por la música navideña, interpretada por artistas locales que llenan el aire con melodías emotivas y festivas. Conversamos entre canción y canción, compartiendo momentos de complicidad y risas.

—¿Recuerdas el último concierto navideño al que vinimos? —pregunta Álex, mirándome con una sonrisa nostálgica.

—Claro que sí, nos peleamos, para variar. Pero este año todo es diferente —respondo, apretando su mano.

—Leah, contigo todo es perfecto, incluso cuando discutíamos —dice, besándome suavemente en la mejilla—. Siempre he disfrutado cada momento contigo, y no recuerdo una Navidad sin ti. Este año es el primero de muchos que la pasaremos juntos de verdad.

—Tienes razón. Supongo que a pesar de todo siempre hemos estado juntos, y este año es especial —respondo, sintiendo una emoción desbordante.

El concierto continúa y la música fluye, creando un ambiente de alegría y serenidad. Nos unimos a los aplausos y ovaciones, disfrutando cada instante del evento. La noche avanza y el castillo, iluminado por las luces y decoraciones, parece sacado de un cuento de hadas.

—Mira, nuestra canción —digo cuando empieza a sonar la melodía.

Álex sonríe y me coge de la mano, llevándome a un rincón más tranquilo. Nos miramos a los ojos y empezamos a bailar lentamente, olvidándonos del mundo a nuestro alrededor.

—No te imaginas cuanto te amo, Leah —susurra Álex, mientras me acerca todavía más a él.

—Y yo a ti, amor —respondo, poniéndome de puntillas para besarlo en los labios con suavidad.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos, sin poder dejar de sonreír. Luego, me acurruco sobre su pecho y nos seguimos balanceando al ritmo de la música hasta que el concierto llega a

su fin. Nos quedamos un rato más en el castillo, disfrutando del ambiente, antes de empezar a caminar de vuelta a casa.

El domingo empieza con el almuerzo comunitario navideño, una tradición muy arraigada en el pueblo que reúne a todos los vecinos en torno a platos caseros y calientes, compartiendo risas y conversaciones. Es un evento que refleja la calidez y el espíritu comunitario del pueblo, y me siento parte de algo muy especial mientras ayudo a servir platos y me aseguro de que todos estén bien atendidos. La plaza central del pueblo está decorada al detalle y más llena de vida que nunca.

La mesa del almuerzo comunitario está repleta de una gran variedad de platos tradicionales, cada uno preparado con esmero por los vecinos. Hay turrones, polvorones, cordero asado, y ensaladas frescas, entre muchas otras delicias. Mientras sirvo las comidas, noto las caras felices de la gente, y escuchar el murmullo de las conversaciones que fluyen alrededor me llena de satisfacción.

Los niños corren por la plaza, riendo y jugando, mientras los adultos charlan y comparten anécdotas de años anteriores. Es la clara imagen del verdadero espíritu navideño.

Después del almuerzo, todos los vecinos nos unimos para recoger las mesas y limpiar la plaza. Una vez despejada, es hora de colocar el gran árbol de Navidad en el centro.

—¡Cuidado con esa rama! —grita mi padre mientras varios vecinos levantan el árbol entre risas y gritos de ánimo.

—¡Está quedando perfecto! —añade mi madre, supervisando la colocación desde el otro lado.

Una vez que el árbol está firme en su lugar, empieza la verdadera diversión: decorarlo. Las cajas de adornos y luces se abren, revelando esferas brillantes, cintas y guirnaldas de todo tipo. Todos los vecinos trabajamos en armonía, cada uno aportando su granito de arena. Los niños, ayudados por sus padres, colocan los adornos más bajos, mientras los adultos se encargan de las luces y adornos en las ramas más altas.

—Leah, ¿puedes pasarme esas luces? —me pide mi madre, señalando una caja cercana.

—Claro, mamá —respondo, acercándole las luces para que ella y mi padre empiecen a colocarlas alrededor del árbol.

—Esto me recuerda a cuando eras pequeña, hija. Siempre estabas tan emocionada por ayudar a decorar —dice mi madre, con una mirada nostálgica.

—Sí, y siempre insistías en colocar la estrella en la cima —añade mi padre, riendo.

—Mira, papá, es la esfera que compraste hace años —digo, sosteniendo una esfera dorada con las iniciales de nuestra familia.

La música navideña suena de fondo, añadiendo un toque de magia al momento. Las luces parpadeantes del árbol se mezclan con las de la plaza, creando un espectáculo de colores y destellos que parece sacado de un sueño.

—El árbol está más bonito que nunca —comento, mirando nuestro trabajo con orgullo.

—Cada año nos superamos —responde mi madre, dando un paso atrás para admirar el resultado.

El árbol está completamente decorado. La estrella en la cima brilla con un resplandor especial, iluminando la plaza y los rostros sonrientes de todos los presentes.

Con el árbol decorado y la plaza transformada en un remanso de alegría y color navideño, me despido de los vecinos y me dirijo a la casa rural, donde Izan y Álex han estado ocupados con los huéspedes y los preparativos para la fiesta de Nochebuena. Al llegar, me encuentro con la casa decorada con luces y guirnaldas que crean un ambiente acogedor y navideño. Álex se acerca con una sonrisa y me besa suavemente en los labios.

—Me alegra mucho verte por aquí —dice, mirándome a los ojos—. Gracias por venir.

—Estoy aquí para lo que necesitéis —respondo, emocionada por poder contribuir en algo.

Saludo a Izan, que está ocupado en la cocina, supervisando la preparación de los platos. Él me sonríe unos segundos, antes de volver a concentrarse en su trabajo, y yo me dirijo al salón para ponerme manos a la obra con los últimos detalles.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —pregunto, mirando a mi alrededor.

—Podrías empezar organizando la mesa de aperitivos —sugiere Álex, señalando una mesa cercana que está a medio arreglar.

Empiezo a colocar los platos de aperitivos, asegurándome de que cada uno esté bien presentado. Coloco bandejas de queso, embutidos, frutas y pequeños bocados. Luego, me encargo de arreglar algunas decoraciones que han quedado sueltas, colgando más guirnaldas y ajustando las luces para que todo luzca perfecto.

—Leah, ¿puedes mirar si hay suficientes copas en el comedor? —me pide Izan desde la cocina.

—Claro, voy ahora mismo —respondo, dirigiéndome a la mesa del comedor para contar las copas y asegurarme de que todo esté en orden.

La casa rural empieza a llenarse del sonido de la música navideña y el aroma delicioso de la comida que Izan está preparando. Una vez que termino con la mesa de aperitivos, vuelvo a la cocina para ayudarlo con lo que queda por hacer.

—¿Cómo va todo por aquí? —le pregunto.

—Va bien, pero todavía queda mucho por hacer. Gracias por echar una mano —responde mientras mezcla una salsa.

—No hay de qué —digo, sonriendo, mientras empiezo a recoger la cocina.

Pasamos la siguiente hora asegurándonos de que cada plato esté listo y cada detalle de la decoración esté perfecto. La casa rural está lista para recibir a los invitados que empezarán a llegar pronto, y yo me despido de Izan y Álex para volver a casa y arreglarme para esta noche.

Después de una ducha rápida, paso un buen rato eligiendo ropa. Quiero verme especial para la ocasión, así que opto por un elegante vestido verde esmeralda que cae suavemente hasta mis rodillas, con mangas largas y un escote sutil que añade un toque sofisticado. Completo el conjunto con unas medias negras finas y unos zapatos de tacón de color negro, cómodos pero elegantes. Me pongo un collar dorado con un colgante en forma de estrella y unos pendientes a juego que brillan con sutileza bajo la luz. Decido dejar mi pelo suelto, y me aplico un maquillaje natural, con un toque de brillo en los ojos y un pintalabios rojo intenso que contrasta con el verde del vestido.

Una vez lista, me miro en el espejo, satisfecha con mi elección, y sonrío al imaginar la reacción de todos cuando me vean. Después, me reúno con mi familia en el restaurante para la cena tradicional.

—No hay nada como estar en casa —digo, mirando a mis padres y abuelos con una sonrisa.

—La Navidad no sería lo mismo sin la familia —responde mi madre, sirviéndose un poco más de vino.

Mi padre asiente, levantando su copa.

—Por muchas más Navidades como esta —brinda.

Todos alzamos nuestras copas y brindamos con él.

Después de la cena, me despido de mi familia y camino hacia la plaza donde he quedado en encontrarme con Lucas y Marcos para dirigirnos juntos hacia la casa rural. Cuando llegamos, Álex nos recibe en la puerta con una gran sonrisa.

—¡Bienvenidos! Me alegra veros aquí —dice, abrazándolos.

—¡Feliz Navidad, Álex! Todo ha quedado de lujo —responde Lucas, admirándolo todo a su alrededor con asombro.

—Sí, os habéis superado —añade Marcos, asintiendo con admiración.

Álex sonríe con orgullo y luego dirige su mirada hacia mí. Se acerca poco a poco, con un brillo especial en los ojos.

—Hola de nuevo, amor —dice en un susurro, justo antes de inclinarse y darme un beso suave y mágico.

Nos quedamos mirándonos a los ojos en silencio, y el mundo a nuestro alrededor desaparece durante unos segundos.

—¡Qué bonito! —exclama Marcos, rompiendo el hechizo con un tono cómico.

Volvemos a la realidad y Álex, todavía sonriendo, nos indica el camino con un gesto de la mano.

—Vamos, seguidme. Hay mucha comida y bebida, y la fiesta acaba de empezar —nos dice, cogiéndome de la mano antes de acompañarnos al interior.

El salón está lleno de vida. La chimenea está encendida, proporcionando un calor acogedor, y las mesas están llenas de delicias navideñas. Nos dirigimos a la mesa de bebidas, donde Izan está sirviendo copas de su ponche especial navideño.

—¡Esto está buenísimo! —le digo, dando otro sorbo de mi copa.

—Gracias, Leah. Nos hemos esforzado mucho para que todo sea perfecto esta noche —responde, sonriendo.

—Y lo habéis conseguido. Todo esto es increíble —añade Marcos, acercándole su copa para que la rellene de ponche por tercera vez.

La noche avanza y, cuando ya están más tranquilos, Izan y Álex se reúnen con nosotros en la pista de baile improvisada del salón. Álex y yo nos sumergimos en la alegría de la noche, bailando al ritmo de la música y compartiendo momentos especiales con nuestros amigos. Me siento agradecida por estar rodeada de tantas personas queridas. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que la magia de la Navidad ha llenado cada rincón de la casa.

—Mira como disfrutan todos —digo, apoyando mi cabeza en el pecho de Álex—. Esto es perfecto.

—No me puedo creer lo bien que ha salido todo —dice, besándome en la frente mientras nos movemos al ritmo de una canción lenta.

—Yo estaba segura de ello —respondo, mirándolo con ternura—. Os lo merecéis.

Al final de la noche, cuando los últimos invitados se despiden y la casa se tranquiliza, Álex y yo nos retiramos a un rincón tranquilo para disfrutar de la calma después de la gran celebración. Nos abrazamos bajo el resplandor de las luces navideñas.

—¿Alguna vez has pensado en cómo sería vivir juntos? —pregunta Álex, rompiendo el silencio.

—Sí, a veces lo pienso —respondo, con el corazón más acelerado de lo normal—. Me encantaría compartir nuestra vida diaria, despertarme junto a ti cada mañana...

—A mí también me encantaría. Pero... —se calla, como si dudara en continuar.

—¿Pero qué? —le animo a seguir, aunque tengo una idea de lo que va a decir.

—Sé que tu nuevo trabajo es importante para ti y que si todo va bien tendrás que quedarte a vivir en Madrid. Y yo tengo que quedarme aquí para llevar la casa rural. No quiero que ninguno de los dos tenga que renunciar a sus sueños —dice, con la voz llena de preocupación.

—Lo sé —digo, sintiendo una punzada de tristeza—. Pero eso ahora da igual, solo quiero disfrutar de este momento contigo. Ya veremos qué nos deparará el futuro.

Él sonríe y asiente, mirándome fijamente a los ojos.

—Tienes razón —responde, abrazándome con más fuerza que antes—. Disfrutemos del presente.

El día amanece con el aroma tentador de churros recién hechos y el chocolate caliente que mi madre siempre prepara con esmero. Nos reunimos alrededor de la mesa en familia, compartiendo risas y anécdotas mientras disfrutamos de esta delicia que solo tomamos en ocasiones especiales. Mi padre está especialmente de buen humor, recordando viejas historias de nuestra infancia que nos hacen reír a carcajadas.

—No hay nada como el chocolate caliente de mamá en Navidad —comenta mi padre con una sonrisa, mojando un churro en su taza.

—Perfecto para empezar el día con buen pie —añado, disfrutando cada sorbo y bocado.

Mi madre, con su delantal navideño, nos mira con una mezcla de amor y satisfacción. Ella siempre ha sido el corazón de nuestras celebraciones, asegurándose de que cada detalle sea perfecto.

—Me alegra que os guste, chicos —dice, sirviendo más chocolate en nuestras tazas.

Después del reconfortante desayuno, nos dirigimos al pesebre viviente del pueblo, una tradición que llena de orgullo a toda la comunidad. Los vecinos recrean escenas del nacimiento de Jesús con un detalle y una devoción que se reflejan en cada gesto y cada palabra. Caminamos por las calles del pueblo, transformadas en un viaje en el tiempo, donde cada rincón cuenta una parte de la historia navideña.

—Mira esa estrella, es tan bonita —le digo a mi madre, señalando una estrella gigante que cuelga sobre el establo.

—La familia López siempre se supera. Es impresionante lo que hacen —responde, admirando el trabajo de los vecinos.

Nos encontramos con amigos y vecinos, todos compartiendo la alegría navideña. El ambiente está lleno de risas y murmullos de admiración mientras los niños corren de un lado a otro, emocionados por las escenas que cobran vida ante sus ojos. Álex se une a nosotros en el recorrido, y compartimos momentos especiales mientras observamos cada escena con atención.

Después de disfrutar del pesebre, volvemos a casa para la comida tradicional de Navidad. La mesa está repleta de platos típicos y aperitivos. Hay carne asada, ensaladas de varios tipos, turrones y, por supuesto, el irresistible *panettone* que mi madre hornea cada año.

Nos sentamos juntos, compartiendo un gran festín familiar y brindando por la salud y la felicidad de todos. Luego llega el momento más esperado: el intercambio de regalos. Rodeada de papel de colores y cintas brillantes, comparto la emoción al ver las sonrisas en los rostros de mis seres queridos al abrir sus regalos. Mi madre recibe un hermoso collar que mi padre ha escogido con mucho amor, y sus ojos se llenan de lágrimas de alegría.

—Es precioso, gracias, cielo —dice, besándolo con dulzura.

—Sabía que te encantaría —responde él, con una sonrisa de orgullo.

Mi regalo para Álex es un libro raro que ha estado buscando durante años, y su expresión de sorpresa y gratitud lo dice todo.

—No me puedo creer que lo hayas encontrado. Esto es increíble, Leah —dice, dándome un fuerte abrazo.

—Sabía cuánto lo querías —respondo, feliz de haber acertado.

Él me sorprende con una pulsera delicada y elegante, con un pequeño colgante en forma de estrella con nuestras iniciales grabadas.

—Para que siempre recuerdes nuestros momentos de paz bajo las estrellas —dice, colocándomela en la muñeca.

—Es perfecta, Álex. Gracias —respondo emocionada.

Después de un día lleno de emociones, decido pasar la tarde a solas con Álex. Vamos al cine y nos sumergimos en una película que nos permite desconectar un rato del caos de las navidades. Nos reímos, compartimos palomitas y comentamos la trama mientras disfrutamos de una tarde tranquila y relajada.

—Ha sido un día perfecto, ¿verdad? —pregunta mientras caminamos de vuelta a casa, agarrados de la mano.

—Sí, lo ha sido. Me encanta pasar estas fechas contigo —respondo, apoyando mi cabeza en su brazo, sintiendo una profunda sensación de paz y felicidad.

La noche continúa mientras paseamos bajo las estrellas, disfrutando de la tranquilidad. Intentamos alargar el día, dirigiéndonos hacia el camino más largo, cruzando un pequeño puente que siempre me ha encantado. Nos detenemos a contemplar el reflejo de las luces navideñas en el agua.

—Este sitio tiene algo —dice Álex, pensativo.

—Sí, es un sitio muy especial —respondo, nostálgica, pensando en todas las veces que he venido aquí en mi vida.

Nos quedamos en silencio unos minutos, disfrutando de la compañía del otro y del ambiente sereno.

—¿Sabes, Leah? Cuando te fuiste a vivir a Madrid, venía a este puente todos los días a reflexionar. Fue aquí donde me di cuenta de que no podía vivir sin ti —dice, con la voz cargada de emoción.

Lo miro a los ojos, sorprendida por la profundidad de su confesión. Siento una mezcla de tristeza y gratitud.

—Yo también solía venir aquí cuando era adolescente, cada vez que me sentía mal. Parece que siempre hemos estado más conectados de lo que pensábamos —le digo, sintiendo una nueva conexión con él.

Álex se pone serio, y su expresión se oscurece mientras continúa.

—Hay algo más. Cuando tuviste el accidente... estuve a punto de hacer una tontería aquí mismo. No sabía cómo enfrentar la posibilidad de perderte —admite, con la voz entrecortada.

Siento un nudo en la garganta al escuchar sus palabras. Lo abrazo con fuerza, queriendo asegurarme de que sabe cuánto significa para mí.

—Álex, no. Eso nunca es una opción. Tienes que prometerme que nunca volverás a pensar así —le digo, con los ojos llenos de lágrimas.

Él asiente, con el dolor reflejándose en sus ojos.

—Izan solo me dijo que habías tenido un grave accidente. Pensar que no podría volver a verte me quitó las ganas de vivir —dice, en apenas un susurro.

—Estoy aquí, amor, y estamos juntos. Quien iba a decir que meses después estaríamos aquí, compartiendo este momento —digo, sonriendo, con una lágrima cayendo por mi mejilla.

Álex me acaricia el pelo y me da un beso suave, lleno de amor y ternura. Me mira con devoción, y me doy cuenta de que para él, estar aquí conmigo es tan importante como para mí.

—Nunca imaginé que podría hacer esto —susurra.

Le devuelvo el beso, sintiendo una conexión todavía más profunda con él.

—El pasado solo es parte de nuestra historia. A partir de ahora, la escribiremos juntos —le digo, con una sonrisa llena de esperanza.

Nos abrazamos bajo el resplandor de las luces, sintiendo la magia de la Navidad. Nos quedamos en silencio, mirando las estrellas y disfrutando del momento, sabiendo que hemos superado muchas pruebas y que nuestro amor es más fuerte que nunca.

La noche es tranquila y el frío aire invernal nos envuelve, pero en nuestro abrazo encontramos todo el calor que necesitamos. El río murmura suavemente bajo nosotros, como si también compartiera nuestra felicidad.

Desde Navidad todo ha transcurrido con una calma relativa, pero hoy, la víspera de Año Nuevo, el ambiente se llena de una energía especial. Las luces parpadean con un brillo adicional, y el aire está cargado de la anticipación de la celebración que se avecina.

Mis padres insisten en que disfrute de las vacaciones y no me permiten trabajar en el restaurante, así que aprovecho la tarde para pasear por las calles del pueblo, que todavía están impregnadas de la magia navideña. Las guirnaldas cuelgan de los balcones y las ventanas están decoradas con gracia. Las tiendas exhiben sus mejores productos en escaparates adornados, y los niños juegan en las calles, abrigados con bufandas y gorros de colores.

Sin darme cuenta, mis pasos me llevan hasta la escuela de baile. La fachada del edificio, con sus ventanas altas y su entrada de madera, me llena de una nostalgia profunda. Este lugar ha sido testigo de mi crecimiento y desarrollo como persona y bailarina, y las niñas a las que he enseñado aquí me han robado un trocito de mi corazón.

Me acerco a la puerta cerrada y paso mis dedos sobre la madera fría, recordando los momentos vividos aquí: las risas, el esfuerzo, las lágrimas de alegría y de frustración.

—Cuántos recuerdos —murmuro para mí misma, sonriendo.

Justo cuando la melancolía empieza a apoderarse de mí, mi teléfono suena.

—¡Hola, Beca! —respondo, intentando sonar animada.

—¡Leah! Estoy en el pueblo. He venido a pasar fin de año con Marcos y contigo. ¿Nos vemos en la plaza? —dice, con ese entusiasmo que siempre logra contagiarme.

—¡Claro! Estoy cerca, nos vemos en unos minutos —respondo, sintiendo cómo la tristeza se disipa ante la idea de verla.

Nos encontramos en la plaza y nos saludamos con efusividad.

—¡Feliz casi Año Nuevo! —exclama Beca, abrazándome con fuerza.

—¡Feliz casi Año Nuevo! —respondo, riendo.

Marcos llega poco después, y nos abrazamos los tres, contentos de estar juntos para celebrar el final de un año y el comienzo de otro.

—Este pueblo es genial, pero en estas fechas parece mágico —comenta Beca, mirando a su alrededor con atención.

Marcos asiente.

—Sí, Miravet tiene ese encanto especial —responde, tomando la mano de Beca.

—Tenemos que aprovechar esta noche al máximo —digo, emocionada por la celebración.

—Por supuesto. Vamos a cenar todos juntos en el restaurante, ¿verdad? —pregunta Beca.

—Sí, va a ser una noche increíble —respondo con una sonrisa.

Nos despedimos y vuelvo a casa con muchas más ganas de que llegue esta noche de las que ya tenía. Con Beca aquí, nada puede salir mal.

Entro en casa rebosante de felicidad. Subo a mi habitación, cojo mi cuaderno de dibujo y los lápices y decido que el jardín es el lugar perfecto para dejar volar mi imaginación. La tarde es fresca, pero no demasiado fría, así que me acomodo en una silla bajo el sol que calienta suavemente el ambiente.

Mientras hojeo las páginas de mi cuaderno, me doy cuenta de que cada uno de los dibujos cuenta mi historia. Desde los primeros esbozos inseguros hasta las ilustraciones más detalladas y elaboradas, cada página es un reflejo de mi viaje, de mis emociones y experiencias. Me siento orgullosa de todo lo que he conseguido y de cómo he crecido, tanto como artista como persona.

Con una sonrisa, empiezo un nuevo dibujo. La escena que intento plasmar es una imagen navideña del pueblo. Nos visualizo a Álex y a mí, besándonos bajo el muérdago en la plaza, rodeados de nuestros amigos, riendo y pasándolo en grande. Las luces brillan a nuestro alrededor, y la nieve cae con suavidad, añadiendo un toque mágico.

Mientras dibujo, pierdo la noción del tiempo. Cada línea, cada sombra, cada detalle dan vida a la imagen que tengo en mi mente. El rostro de Álex toma forma bajo mi lápiz, con su sonrisa cálida y sus ojos llenos de amor. Dibujo a Beca y a Marcos a un lado, riendo abrazados, mientras que al otro lado dibujo a Izan y Lucas tirándose bolas de nieve, capturando su alegría y complicidad.

Poco a poco, los contornos de las figuras se vuelven más nítidos, y el ambiente parece cobrar vida sobre el papel. Miro el resultado con orgullo, sabiendo lo afortunada que soy por tenerlos en mi vida. Con una sonrisa, guardo mis lápices y el cuaderno, decidida a enmarcar este dibujo algún día.

La cena transcurre entre risas. La mesa está repleta de delicias festivas: pavo relleno, patatas asadas, ensaladas variadas y, por supuesto, una selección de postres irresistibles como tarta de manzana y flan casero. Mis padres han hecho un trabajo estupendo, y el ambiente está lleno de calidez y alegría.

—Esto está delicioso, papá. No hay nada como tu comida —comento, saboreando cada bocado.

—Gracias, cariño. Es un placer teneros a todos aquí —responde, sonriendo con orgullo.

—¿Y cuáles son vuestros propósitos para el Año Nuevo? —pregunta mi madre, mirando a cada uno de nosotros con curiosidad.

—Para mí, seguir mejorando en mi trabajo y tal vez viajar más —responde Beca, mientras se sirve un poco más de ensalada.

—Y yo quiero centrarme más en mi salud y bienestar. Quizás tomarme un año sabático y viajar con Beca —añade Marcos, dándole un cariñoso apretón de manos.

—Yo solo quiero seguir disfrutando de vuestra compañía —digo, mirando a Álex con una sonrisa.

—Yo quiero más momentos como este. Pasar tiempo con las personas que me importan y que la casa rural esté siempre a tope —responde él, devolviéndome la sonrisa.

La conversación fluye mientras disfrutamos de la comida y compartimos historias y anécdotas divertidas. Al final de la cena, todos estamos llenos y satisfechos, pero la verdadera celebración todavía no ha llegado.

Después de tomar las uvas con mis padres, nos dirigimos a la fiesta de Nochevieja que el ayuntamiento monta todos los años. La plaza vibra bajo las luces brillantes y el resto de decoración. Un DJ está animando la noche con buena música, y el entusiasmo de la multitud crea un ambiente eléctrico. Nos unimos a la fiesta, bailando y riendo, disfrutando del inicio del nuevo año.

Todo parece perfecto hasta que aparece Mónica con sus amigas. La observo mientras se acerca a nosotros con aires de superioridad, y la inquietud se apodera de mí, acelerando mi corazón. Saluda con una sonrisa que no alcanza a ocultar su actitud desafiante.

—¡Feliz Año Nuevo! —dice, con un tono cargado de condescendencia.

—¿Qué haces aquí, Mónica? —le pregunto, sin cortarme ni un pelo.

—Izan me habló maravillas del pueblo y me invitó a pasar la Nochevieja con vosotros —responde—. Incluyendo una habitación en la casa rural, la cual probablemente comparta con él.

Su respuesta me toma por sorpresa, y no puedo evitar sentir una mezcla de incomodidad y desagrado. Álex frunce el ceño, parece incómodo con la situación.

—Bueno, Miravet es especial. Espero que disfrutes de tu estancia aquí —digo, intentando parecer cordial.

—Seguro que lo haré. ¡Nos vemos! —dice, lanzándome una última mirada desafiante antes de dirigirse hacia el centro de la plaza, donde se encuentra Izan.

La noche avanza y, a pesar de todo, nos divertimos. Me siento agradecida por estar rodeada de personas que me quieren y apoyan. La música y las risas inundan el aire, y trato de no pensar en nada más. Pero, mientras bailamos, Mónica choca conmigo a propósito y me tira su copa encima.

—¿De qué vas, tía?! —exclamo mientras intento secar mi ropa con una servilleta, rezando para que la mancha salga.

—Lo siento mucho —dice con una sonrisa que intenta disimular sin éxito.

La rabia empieza a consumirme. Ahora mismo le pegaría un puñetazo que borraría esa estúpida sonrisa de su cara de golpe, pero intento mantener la calma. No es el momento. Álex me mira preocupado, pero le hago un gesto para que siga disfrutando y salgo al jardín a tomar aire fresco mientras intento calmarme. No pienso dejar que esa bruja me arruine la noche.

En el jardín, me encuentro con Aitor, que parece preocupado al verme. Me acerco a él, sorprendida.

—¡Feliz Año Nuevo! —dice con una sonrisa, abrazándome con entusiasmo.

—¡Feliz Año Nuevo, Aitor! —respondo, emocionada, devolviéndole el abrazo—. ¿Qué haces tú por aquí?

—Tenía ganas de verte —dice, sonriendo con dulzura—. Mónica me dijo que venía y...

—No me hables de Mónica, por favor —murmuro, poniendo los ojos en blanco.

Aitor me mira con seriedad y coge mi mano con cariño.

—Leah, necesito decirte algo.

—Claro, dime —digo, mirándolo a los ojos preocupada, en busca de alguna pista.

Él me mira como si buscara las palabras adecuadas para continuar. Espero que lo que diga no tenga nada que ver con malas noticias sobre el trabajo.

—Hacer esto es muy difícil para mí —continúa—. Pero no puedo seguir guardándomelo. Leah, no puedo dejar de pensar en ti. Cada segundo que estás lejos es un infierno. Intento concentrarme en el trabajo, en los ensayos, pero siempre termino pensando en ti, en tu sonrisa, tu risa... —su voz se quiebra y sus ojos reflejan una mezcla de esperanza y miedo—. Desde el primer momento en que te vi, supe que eras tú. No puedo negarlo más, estoy enamorado de ti.

Me quedo en silencio, sorprendida por sus palabras, intentando encontrar la forma correcta para expresarme.

—Aitor, eres una persona increíble, y nuestra amistad significa mucho para mí. Pero... mi corazón pertenece a Álex —le digo con cariño, esperando no herirlo demasiado.

Aitor asiente con tristeza, intentando disimular sus sentimientos heridos.

—Lo entiendo. Solo quería ser honesto contigo —responde en apenas un susurro—. Eres todo lo que siempre he buscado en una chica, pero si tu corazón ya tiene dueño, no puedo hacer otra cosa que respetarte.

Nos miramos en silencio, y la incomodidad de la situación empieza a pesar.

—Aitor, agradezco mucho que seas sincero conmigo. De verdad. Pero significas mucho para mí, y no quiero perderte.

—Yo tampoco quiero perderte —dice, forzando una sonrisa—. ¿Volvemos con los demás? No quiero perderme la diversión —cambia de tema.

—Sí, vamos —respondo, aliviada por poder escapar de esta tensión.

Aitor asiente y me sigue de vuelta al interior. La fiesta sigue en pleno apogeo, e intento sumergirme de nuevo en el ambiente. Álex nos ve y se acerca con una expresión diferente. Está muy borracho.

—¿De verdad lo has invitado? —pregunta con una ceja levantada, con un tono lleno de desconfianza.

—No sabía que estaría aquí —respondo molesta—. Pero... ¿cuál es el problema?

—Mónica me ha dicho que pasáis mucho tiempo juntos, demasiado. La mayor parte del día para ser exactos. Y no solo para ensayar —dice, alzando la voz.

—¿Y tú le crees? —le pregunto, buscando en sus ojos alguna señal de confianza.

—No sé qué pensar —admite, bajando la mirada.

—Mónica no es mi amiga, y ni una sola de las palabras que salen de su boca son verdad. Nunca. Pero si de verdad dudas de mí, no sé qué haces conmigo —le digo, sintiendo una bola de rabia y tristeza formarse en mi estómago.

Álex se pasa la mano por el pelo, visiblemente arrepentido.

—Perdóname, amor. No sé qué me pasa. Te echo mucho de menos y me he dejado llevar por la rabia. Te prometo que no me creo nada de lo que he dicho —dice, con los ojos brillando por las lágrimas contenidas.

—Necesito pensar, Álex —respondo, dando un paso atrás—. Esto me supera.

Beca, que ha estado observando la escena desde la distancia, se acerca y me coge del brazo.

—Vamos a dar una vuelta —dice, arrastrándome con ella.

Caminamos por el jardín, dejando atrás la música y las luces de la fiesta. Beca me guía hacia un rincón tranquilo, y allí, la presión me desborda y rompo a llorar.

—Lo siento mucho, Leah —dice, abrazándome con fuerza—. No entiendo cómo Álex ha podido pensar eso de ti ni un solo segundo. ¿Quieres volver conmigo a Madrid mañana? Creo que necesitas un respiro de todo esto.

Sus palabras me envuelven en una sensación de alivio y apoyo. La idea de escapar de este tumulto emocional y encontrar un poco de paz en Madrid suena tentadora, aunque la tristeza por lo que acaba de ocurrir sigue pesando.

—Sí. Creo que será lo mejor —respondo entre sollozos—. Necesito tiempo para pensar.

Ella me mira con comprensión y asiente, como si supiera exactamente por lo que estoy pasando. Seguimos caminando hasta llegar a mi casa. Al entrar, me tiro sobre el sofá mientras ella me prepara una infusión caliente.

—¿Te apetece hablar de lo que ha pasado? —pregunta, mientras me entrega la taza.

—No estoy segura —admito, tomando un sorbo de mi té—. Solo sé que esta situación con Álex me ha dejado muy confundida. No entiendo nada, Beca.

—Lo importante es que hables con él cuando estés lista —dice, apoyando su mano en mi hombro.

—Lo sé —respondo mientras me acurruco sobre sus piernas.

Nos quedamos en silencio un momento, disfrutando de la tranquilidad de la noche. La sala de estar está iluminada por una luz suave, creando un ambiente acogedor y cálido, y la música suave de fondo ayuda a que sea aún más relajante.

—¿Sabes? —Beca rompe el silencio después de un rato—. A veces, cuando todo parece estar en caos, es útil recordar lo que realmente importa. Tómame tu tiempo para encontrar lo que necesitas, ya sea con Álex, o sin él.

—Lo haré —le digo, mirándola a los ojos—. Gracias por estar siempre aquí para mí y por ofrecerme respiros como este cuando lo necesito.

—No hay de qué —sonríe, acariciándose el pelo—. Para eso están las mejores amigas.

Nos quedamos un rato más en el sofá, hablando de cosas triviales para distraernos del peso de la situación. A medida que la noche avanza, siento que la tensión en mi pecho empieza a aliviarse. Beca me trae una manta y me acomodo en el sofá, intentando relajarme y dejar que el sueño me envuelva.

—Mañana, cuando lleguemos a Madrid, haremos algo divertido, ¿vale? —sugiere con una sonrisa—. Podemos ir de compras, comer en nuestro restaurante favorito y desconectar de todo esto.

—Suenas genial —respondo, sonriendo por primera vez desde hace horas—. Creo que me vendrá bien el cambio de aires.

Beca asiente, visiblemente contenta por estar ayudando a que me sienta mejor. Se asegura de que esté cómoda y luego se sienta a mi lado. Nos sumergimos en una conversación ligera, dejando que el tiempo pase hasta que el sueño nos vence.

Han pasado semanas desde la última vez que hablé con Álex, y el silencio entre nosotros se ha vuelto inquebrantable. A pesar de mis intentos por evitar sus llamadas y mensajes, el eco de nuestra última conversación sigue resonando en mi mente. Además, el trabajo con Aitor se ha vuelto bastante incómodo. Los ensayos están cargados de una tensión que antes no existía. Sin embargo, la compañía de danza exige nuestro máximo rendimiento, y el compromiso con el espectáculo que se avecina nos obliga a dejar de lado cualquier problema personal.

Estamos a punto de enfrentar uno de los mayores retos de nuestras carreras: una actuación en el concierto de Alizzz, un artista conocido por su innovador estilo musical que mezcla ritmos electrónicos con una fuerte dosis de energía. La actuación está programada para dentro de unos pocos días, y nuestra pieza será una de las centrales del espectáculo. Es un gran honor para nosotros, pero trae consigo una presión abrumadora. La actuación no solo nos permite destacar como protagonistas, sino que también nos ofrece la oportunidad de mostrar nuestra versatilidad y habilidad en un entorno de alto perfil.

La coreografía que hemos estado ensayando es una compleja fusión de danza contemporánea y danza urbana. La pieza está diseñada para ser un viaje emocional, con movimientos que van desde la lucha y el conflicto hasta la resolución y el triunfo. Necesitamos transmitir una profunda conexión a través de nuestra danza, simbolizando una relación que enfrenta desafíos pero que emerge más fuerte y unida. Todo lo que contamos con nuestros cuerpos me recuerda a mi relación con Álex, pero no puedo permitirme ninguna distracción. Nuestro debut está a la vuelta de la esquina y cada ensayo es crucial.

Esta mañana, el estudio está repleto de actividad. El espacio, normalmente lleno de una energía vibrante, parece aún más agitado de lo normal. Los miembros del equipo se preparan para la última ronda de ensayos antes del gran día. Los espejos reflejan nuestro esfuerzo, entre gotas de sudor y respiraciones entrecortadas, mientras la música de Alizzz suena a todo volumen, creando una atmósfera electrizante que nos sumerge en el espíritu del espectáculo.

—No ha estado mal, ¿verdad? —me pregunta Aitor.

—Podemos hacerlo mejor —respondo con una sonrisa, intentando ocultar la tensión que siento—. Tenemos que asegurarnos de que todo salga perfecto.

Aitor asiente, con sus ojos reflejando una concentración similar a la mía. Nos dirigimos al centro del estudio, donde el resto del grupo ya está preparado, y volvemos a empezar la coreografía desde el principio. Es una pieza desafiante, con movimientos que requieren precisión y coordinación. La combinación de estilos exige una ejecución impecable para conseguir la conexión emocional que estamos buscando.

—A por todas —me anima Aitor, colocándose en su posición.

La música empieza a sonar y me sumerjo en la coreografía por completo. Los movimientos fluyen a través de mí y cada paso narra la historia buscada a la perfección. La combinación de estilos crea una experiencia visualmente impactante, y la energía del resto del grupo es increíble.

A medida que avanzamos en el ensayo, Aitor y yo conseguimos una mejor sincronización, volviendo a nuestros inicios. A pesar de las tensiones que ha habido entre nosotros, el esfuerzo

compartido y nuestra pasión por la danza nos permiten crear una conexión auténtica. Pero la ausencia de Álex sigue pesando, es un agujero negro en mi vida, y no puedo evitar pensar en él a menudo. Me encantaría que fuera testigo de lo que estamos consiguiendo.

La coreografía alcanza su clímax, y la combinación de movimientos rápidos y fluidos nos lleva a un punto culminante. La coreografía no solo representa un desafío físico, sino también una prueba de nuestra capacidad para transmitir emociones a través de la danza. Cuando terminamos, el estudio estalla en aplausos y gritos de entusiasmo.

—¡Ha sido impresionante! —exclama uno de los miembros del equipo de luces y sonido—. A Alizzz le va a encantar.

—Impecable, chicos —añade su compañero—. Solo necesitamos ajustar algunos detalles de las luces.

Aitor y yo intercambiamos miradas, ambos conscientes de que no ha sido tan perfecto como dicen y que aún queda trabajo por hacer. Nos acercamos a ellos para discutir los ajustes necesarios, mientras el resto del grupo se prepara para el próximo ensayo.

—Creo que ya lo tenemos —dice Aitor, mirándose con orgullo.

—Casi. Me gustaría que el *porté* final sea más impactante —respondo, buscando en su rostro una señal de apoyo—. ¿Qué te parece?

—Perfecto —dice, con una gran sonrisa—. A por ello.

Mientras discutimos los pequeños cambios, un miembro del equipo se acerca y me entrega una nota.

—Es para ti —dice, con una expresión de curiosidad en su rostro.

La nota está escrita a mano, con una caligrafía familiar que reconozco de inmediato.

Querida Leah,

Sé que he sido un capullo y me arrepiento profundamente de cómo me he comportado contigo. No puedo dejar de pensar en ti y en lo que hemos pasado juntos. Cada segundo lejos de ti es un infierno y me he dado cuenta de que ya no puedo vivir sin ti.

Te echo tanto de menos que duele. Extraño tu risa, tus abrazos, y la manera en que haces que todo en mi vida tenga sentido. Sé que fui injusto al dudar de ti y lamento haber permitido que la inseguridad y los celos nublaran mi juicio.

Quiero que sepas que te amo con todo mi corazón y que estoy dispuesto a esperar todo el tiempo que haga falta para que volvamos a estar juntos. Tú eres el amor de mi vida, Leah.

Espero que puedas perdonarme y que encontremos una manera de superar esto. La vida sin ti está vacía y estoy dispuesto a hacer todo lo posible para demostrarte que podemos con todo.

Te estaré esperando siempre.

Con todo mi amor,

Álex.

Me quedo mirando la nota con una mezcla de emociones tan intensa que es difícil procesarlo todo de golpe. Mis manos tiemblan mientras vuelvo a leer cada línea. El arrepentimiento y la sinceridad de sus palabras me conmueven. Recuerdo cada momento que hemos compartido, y cómo me han moldeado y fortalecido. Mis ojos se llenan de lágrimas al pensar en todo lo que hemos pasado juntos y en lo mucho que él significa para mí.

Siento una calidez en mi pecho, una sensación de esperanza que no he sentido en semanas. Su vulnerabilidad y su deseo de enmendar los errores me tocan de una forma que pocas cosas pueden hacerlo. Sin embargo, también siento un nudo en el estómago al pensar en la distancia

que ha crecido entre nosotros, en los malentendidos y en el dolor que ambos hemos experimentado en el proceso.

Respiro profundamente, intentando calmar mis emociones. Necesito tiempo para pensar, para procesar lo que quiero en realidad. No puedo ignorar la intensidad de mis sentimientos, pero también necesito asegurarme de que estamos en la misma página y de que podemos superar nuestras diferencias. Tenemos que hablar, cara a cara, para ver si podemos reconstruir lo que hemos perdido, pero esa conversación me asusta demasiado.

—¿Qué pasa? —pregunta Aitor, preocupado.

—Es de Álex —respondo, intentando mantener la calma.

Aitor asiente, comprensivo pero también un poco tenso.

La tarde se acerca a su final y, con los ensayos terminados, nos dirigimos al vestuario. El ambiente en el estudio está lleno de un silencio contemplativo que me permite reflexionar sobre todo lo que ha pasado. Sé que es importante aclarar las cosas con Álex, pero ahora tengo que centrarme en el trabajo.

La anticipación por el concierto crece por momentos, y el deseo de ofrecer una actuación memorable se mezcla con la esperanza de resolver mis problemas personales. Mientras me cambio de ropa, no puedo sacar las palabras de Álex de mi mente, pero el día del concierto se acerca, y tengo que mantenerme enfocada.

Necesito encontrar una forma de reconciliar mis sentimientos y dar lo mejor de mí en la actuación. Me miro en el espejo, retocando mi maquillaje, mientras mis pensamientos van y vienen. Lo único que tengo claro es que tengo ofrecer una actuación impecable. Sé que en el escenario, puedo dejar que mi cuerpo hable por mí, comunicando lo que mis palabras no pueden expresar.

La víspera del concierto ha sido un torbellino de nervios y adrenalina. Tras semanas de ensayos agotadores y tensión emocional, al fin ha llegado el gran día. El *backstage* del concierto está lleno de actividad, con el equipo ultimando detalles y los bailarines preparándose para la gran actuación. El bullicio es ensordecedor, y la atmósfera está cargada de una mezcla de excitación y ansiedad.

Mientras espero nuestro turno, repaso mentalmente cada movimiento de la coreografía. Aitor está a mi lado, intentando calmar mis nervios con palabras de aliento, pero sé que él también está tan tenso como yo. La energía en el vestuario es palpable, y cada uno de nosotros está inmerso en sus propios rituales de preparación.

—¿Estás lista? —me pregunta, con sus ojos buscando una respuesta positiva en medio de la inquietud.

—Sí, creo que sí —respondo, intentando sonar más segura de lo que me siento—. Solo quiero que salga bien.

—Lo haremos genial, Leah. Hemos trabajado demasiado para no dar lo mejor de nosotros mismos —dice, con una determinación que es casi contagiosa.

El tiempo pasa rápido, y pronto recibimos la señal para entrar en el escenario. Mientras nos dirigimos al punto de salida, el sonido de la música de Alizzz llena el aire. La transición entre su última canción y nuestra pieza está a punto de empezar. Los nervios se apoderan de mí, pero intento concentrarme en mi objetivo.

Cuando el escenario está listo, las luces se atenúan y se produce un breve silencio. La transición es fluida, y el inicio de nuestra pieza empieza con una introducción instrumental que establece el tono para lo que está por venir. La pista está cargada de una atmósfera emocional que prepara al público para lo que está a punto de suceder.

El escenario está decorado con una serie de paneles de luces LED que cambian de color y patrones, creando un entorno dinámico y vibrante. Las proyecciones que adornan el fondo se adaptan a los cambios en las coreografías, creando una experiencia visual envolvente que complementa la música y el movimiento. Cada cambio en la música y la coreografía está sincronizado perfectamente con las luces y las proyecciones, realzando el impacto emocional buscado.

Desarrollamos la coreografía con precisión, combinando los movimientos fluidos de danza contemporánea con los ritmos rápidos de la danza urbana. La pieza alcanza su clímax con una secuencia de movimientos enérgicos y emocionantes. La sincronización entre Aitor y yo es casi perfecta, y el trabajo conjunto se convierte en un espectáculo impresionante. Cada movimiento resalta nuestra habilidad técnica y la química entre nosotros.

Al llegar al final de la actuación, culminamos la coreografía en una pose final impactante, una imagen que captura la esencia de la historia que hemos intentado contar. Mientras el telón se cierra y las luces se desvanecen, el agotamiento y la emoción se reflejan en nuestros rostros. Hemos dado lo mejor de nosotros, y el público responde con una ovación de pie, celebrando la excelencia de la actuación con entusiasmo.

Mientras nos dirigimos al *backstage*, la adrenalina y el cansancio se combinan en un torbellino de emociones. La ovación del público es un testimonio del trabajo arduo y la dedicación que hemos invertido en la coreografía. Sin embargo, a medida que la emoción del momento empieza a disiparse, me encuentro envuelta en una profunda confusión.

El escenario, que siempre ha sido mi lugar de sueños y aspiraciones, ahora me parece lejano. Me doy cuenta de que, a pesar de la emoción y el honor de estar aquí, lo que realmente me llena no son los aplausos ni el reconocimiento en el escenario. El verdadero sentido de la felicidad para mí está en las cosas más simples y personales: estar cerca de mi familia, enseñar a las niñas en la escuela de baile y estar con Álex.

Mientras me cambio y me preparo para salir, mi mente sigue dando vueltas a la revelación que acabo de tener. Me doy cuenta de que he estado persiguiendo un sueño que, aunque importante, no puede sustituir lo que realmente valoro en mi vida.

Ahora tengo más claro que nunca que necesito solucionar las cosas con Álex. No puedo permitir que un malentendido tonto me aleje del amor de mi vida. Decido que, a pesar del éxito en el escenario, el verdadero desafío ahora es enfrentar mis sentimientos y tratar de resolver las cuestiones personales que han estado pesando en mi corazón.

Cuando salgo del vestuario, el bullicio del *backstage* ha disminuido, y la noche cae con calma sobre la ciudad. Me encuentro con Beca y Aitor, quienes celebran el éxito de la actuación con entusiasmo, pero mi mente está en otra parte.

—Ha sido increíble, Leah —dice Beca, con una sonrisa de orgullo—. Pero te noto pensativa. ¿Todo bien?

—Sí, solo... necesito un respiro —respondo, intentando mantener la compostura—. Gracias por estar aquí.

Aitor me da una palmada en el hombro y sonrío.

—Si necesitas hablar, estoy aquí.

—Gracias, Aitor. Lo aprecio —digo, sintiendo una mezcla de gratitud y tristeza.

Decido salir a dar un paseo a solas por la ciudad para ordenar mis pensamientos. La noche está tranquila, y el aire fresco me ayuda a despejar la mente. Mientras camino por las calles iluminadas, me doy cuenta de que lo que realmente necesito es volver a conectar con lo que me hace feliz y con las personas que más valoro en mi vida.

Beca me ha traído al Miravet y, después de despedirse con un cálido abrazo, se va con Marcos, dejándome en la puerta del restaurante. Respiro profundamente, sintiendo la familiaridad del pueblo que, a pesar de los cambios, sigue siendo el mismo lugar al que siempre he querido volver.

Entro al restaurante y encuentro a mis padres ocupados en la cocina. Me miran sorprendidos.

—¡Leah! —exclama mi madre, dejándolo todo para correr hacia mí—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo algo que contaros —respondo con una sonrisa nerviosa.

Mis padres me miran con una mezcla de preocupación y curiosidad mientras me siento en una de las mesas.

—¿Qué pasa, hija? —pregunta mi padre, con un tono lleno de inquietud.

—He dejado la compañía de danza —les digo, con la voz temblando—. He decidido volver al pueblo y retomar las clases en la escuela de baile. Ya he hablado con Carla y empezaré la semana que viene.

Mis padres intercambian miradas de sorpresa. Mi madre se sienta frente a mí y coge mi mano con ternura.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. Pensábamos que estabas tan feliz con tu carrera como bailarina...

—Lo estaba, al principio —admito—. Pero me he dado cuenta de que estaba persiguiendo un sueño que no era mío. Mi verdadero lugar está aquí, con vosotros. No puedo seguir persiguiendo algo que no me llena.

Mi padre se acerca y me abraza con fuerza, mientras mi madre también me rodea con sus brazos.

—Estamos orgullosos de ti, Leah —dice mi madre—. Por todo lo que has conseguido y por tener siempre el coraje de hacer lo que crees que es mejor para ti.

—Gracias —digo, sintiendo una ola de alivio y gratitud mientras disfruto del abrazo cálido de mis padres.

Después de una conversación profunda, me despido de mis padres y camino reflexiva hacia casa. Dejo mis cosas en mi habitación y me siento en la cama, sacando el móvil para mirar las fotos con Álex. Cada imagen me recuerda lo que hemos compartido y lo importante que es para mí. Me siento decidida a corregir mi error y a luchar por lo que realmente quiero.

Con el corazón en un puño, me mentalizo para enfrentar lo que viene y salgo de casa, dirigiéndome hacia la casa rural. La noche está serena, y la paz del pueblo contrasta con el torbellino de emociones que hay mi interior.

Al llegar, Izan me recibe con un gran abrazo.

—¡Leah! —exclama—. No esperaba verte tan pronto. ¿Cómo estás?

—Hola, Izan —intento sonar natural, mientras busco a Álex con la mirada—. Estoy bien, gracias. ¿Podemos hablar más tarde? —digo al encontrarlo.

Izan asiente con una sonrisa comprensiva y me deja pasar. Me dirijo hacia la recepción, donde Álex está atendiendo a unos huéspedes. Me acerco a él por la espalda.

—Hola —saludo con un susurro tímido.

Él se da la vuelta, sorprendido de verme. Sus ojos se abren con sorpresa y se iluminan con una mezcla de alegría y confusión.

—Leah... —dice, mientras nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos. La tensión es palpable y el momento está cargado de emociones no expresadas.

Cojo aire y decido romper el hielo.

—No sé por dónde empezar —digo, nerviosa—. Cometí un gran error al desaparecer. No debería haberme alejado sin explicaciones. Lo siento mucho.

Álex da un paso al frente, acercándose todavía más a mí.

—No, Leah —responde con voz suave—. Soy yo quien debe disculparse. Me dejé llevar por mis inseguridades y cometí un gran error al dudar de ti. Te he echado mucho de menos.

—Fue una tontería por mi parte irme sin hablar contigo —digo, sintiendo la verdad en cada palabra—. Pero quiero que sepas que tú y yo podemos superar cualquier cosa, si todavía estás dispuesto a darme una oportunidad. Espero que no sea tarde para nosotros.

Álex sonríe, con una sonrisa que ilumina su rostro y disipa parte de la tensión acumulada.

—Nunca será tarde para nosotros —dice con firmeza.

Con la emoción a flor de piel, nos cogemos de las manos y las acariciamos suavemente. El contacto es reconfortante y está lleno de promesas de un futuro mejor. Luego, nos abrazamos, con un abrazo que mezcla alivio con amor, y nos besamos, con un beso lleno de ternura y pasión que expresa todo lo que no hemos podido decir con palabras.

Decidimos salir al jardín, donde podemos hablar sin las distracciones del ajetreo de la casa rural. La noche estrellada y el jardín iluminado suavemente por las luces de la casa me llenan de una paz y serenidad indescriptible.

—Necesito contarte todo lo que ha pasado —digo, mientras nos sentamos en una mesa cercana.

Álex me mira con atención, con su mano todavía acariciando la mía.

—Cuéntame —dice—. Estoy aquí para escucharte.

Empiezo a relatarle los eventos recientes, desde el éxito de la actuación en el concierto hasta mi decisión de volver al pueblo. Le explico que me he dado cuenta de que el verdadero valor de la vida está en las cosas simples y en las personas que amo.

—He aprendido que lo que de verdad quiero es estar aquí —digo.

Álex me escucha en silencio, con sus ojos reflejando comprensión y apoyo. Cuando termino de hablar, él sonríe con una mezcla de felicidad y alivio. Respira profundamente, con su mirada fija en la mía.

—Has vuelto justo en el momento perfecto —dice, con voz suave pero firme—. Acabo de alquilar una casa cerca de aquí, y quiero que vengas a vivir conmigo. Si tú quieres, claro.

Sus palabras me toman por sorpresa, llenándome de una alegría tan intensa que mis ojos se llenan de lágrimas. No puedo creer lo que estoy escuchando, pero al mismo tiempo, todo parece encajar.

—¿De verdad? —pregunto, con la voz temblando de emoción—. Sí, claro que quiero vivir contigo.

Álex sonríe con una ternura que derrite cualquier resto de duda que pudiera tener. Se levanta, toma mi mano con delicadeza y me guía hacia la puerta. Nos despedimos de Izan y caminamos juntos, cogidos de la mano, hasta la casa que ha alquilado. Está a solo unos minutos andando de la casa rural.

La casa es pequeña y acogedora, rodeada de un jardín que ya imagino lleno de flores. Álex

abre la puerta y me invita a entrar. Está totalmente vacía, pero al recorrer cada habitación, puedo ver el potencial y la belleza que podríamos crear juntos. Mientras pasamos por el salón, la cocina y el dormitorio, visualizo cada rincón amueblado con nuestro estilo, lleno de detalles que reflejen nuestra vida y amor compartido.

—La amueblaremos juntos —dice Álex, sonriendo mientras me guía a través de la casa—. Crearemos nuestro propio hogar.

Me abrazo a él, sintiendo una profunda felicidad y gratitud.

—Esto es perfecto, Álex —digo, emocionada—. No puedo esperar para empezar esta nueva etapa contigo.

Nos detenemos en la sala principal, donde la luz de la luna entra a raudales a través de las ventanas, bañando la habitación con un brillo plateado. Álex me mira con una intensidad que hace que mi corazón lata con fuerza.

—Leah —dice, acariciando mi mejilla con ternura—, no puedo imaginar mi vida sin ti. Creo que siempre he sabido que eras la persona con la que quería pasar el resto de mi vida. Quiero que esta casa sea el verdadero comienzo de nuestra vida juntos, un lugar donde podamos construir nuestros propios sueños.

—Yo también —respondo, mirándolo con ternura—. Lo eres todo para mí. Me has dado tanto amor y apoyo... Quiero pasar cada día de mi vida contigo, creando nuevos recuerdos felices y enfrentando cualquier desafío, juntos.

Nos acercamos aún más, y nuestras respiraciones se entrelazan mientras nos miramos a los ojos, perdiéndonos en el momento. Álex me besa con suavidad mientras mis manos recorren su espalda con caricias. Nos dejamos llevar, olvidando todo lo demás.

Nos besamos cada vez con más intensidad, y nuestros cuerpos se presionan uno contra el otro mientras la necesidad de estar más cerca se vuelve abrumadora. Álex me levanta en sus brazos y me lleva al dormitorio, donde nos recostamos sobre el suelo desnudo.

Nuestros besos se vuelven más apasionados, y nuestras manos exploran cada rincón del cuerpo del otro con una desesperación alimentada por semanas de separación y anhelo. Despacio, nos desvestimos, dejando la ropa tirada en el suelo de cualquier manera mientras nos miramos con deseo.

Hacemos el amor, llenando la casa vacía con el eco de nuestros gemidos, creando el primer recuerdo de nuestra nueva vida aquí. Cada caricia, cada beso, cada susurro es una promesa de un futuro lleno de amor y felicidad. Nos movemos juntos, sincronizados a la perfección, como si fuéramos dos piezas de un rompecabezas que al fin encajan.

Después, nos quedamos acostados en el suelo, abrazados, con nuestras respiraciones aún entrecortadas. Miro a Álex, con su rostro iluminado por la luz de la luna, y sé que este es solo el comienzo de algo maravilloso.

—Te amo, Álex —susurro, besando su pecho desnudo.

—Yo también te amo —responde, acariciando mi pelo—. Más de lo que las palabras pueden expresar.

Nos quedamos así, abrazados en silencio, dejando que el momento nos envuelva. La casa, aunque vacía, se siente llena de amor y promesas. Sabemos que, a partir de ahora, cada día será una nueva oportunidad para construir una vida juntos.

Y así, bajo la luz de las estrellas y con nuestros corazones llenos de esperanza, empezamos este nuevo capítulo, preparado para enfrentar lo que venga, seguros de que, mientras estemos juntos, todo será posible.

Epílogo

Junio, 202. Miravet.

El sol apenas asoma por el horizonte cuando me despierto al lado de Álex. Él duerme plácidamente, mientras yo lo observo, disfrutando de la calma y la sensación de plenitud que inunda mi corazón. Me levanto con cuidado para no despertarlo y me dirijo a la cocina. Empiezo a preparar el desayuno, mezclando ingredientes y tarareando una melodía alegre.

—Huele genial —dice Álex, apareciendo detrás de mí, rodeándome con sus brazos y dándome un beso en el cuello.

—Buenos días, amor —respondo, girándome para besarlo en los labios—. ¿Has dormido bien?

—Contigo, siempre —contesta con una sonrisa pícaro antes de coger la taza de café que le he preparado.

Terminamos de preparar el desayuno juntos, entre risas y besos. Nos movemos sincronizados en la cocina, en una danza cotidiana que hemos perfeccionado con el tiempo. Nos sentamos a la mesa, llena de tostadas, fruta fresca y un revuelto de huevos con verduras, y comemos disfrutando de la compañía mutua.

—Tengo que irme a la casa rural, pero prometo que será solo un rato —dice Álex después de terminarse el café.

Ya tienen varios empleados, pero le gusta pasarse de vez en cuando a supervisar y asegurarse de que todo esté en orden. Es un perfeccionista en el trabajo, y eso me encanta de él.

—No hay problema —respondo, besándolo antes de que se levante.

—Nos vemos más tarde —dice, acariciando mi mejilla antes de dirigirse a la puerta.

—Hasta luego, amor —me despido con una sonrisa.

Me siento en la terraza con mi taza de café en la mano, disfrutando de las vistas espectaculares de Miravet. La tranquilidad del lugar me llena de paz mientras recuerdo cómo comenzó nuestra historia. Quién nos conoce desde hace poco nunca diría que alguna vez Álex y nos llevábamos fatal. Y la casa vacía que hemos ido llenando poco a poco de muebles y recuerdos ahora es nuestro verdadero hogar, más perfecto de lo que jamás hubiera soñado.

Termino mi café, recojo mis cosas y me preparo para ir a la escuela de danza. Carla me ha pedido que me pase por allí para hablar de algo importante. Subo a mi Jeep y conduzco con la música a todo volumen, cantando felizmente mientras disfruto del viaje.

Aparco frente a la escuela y me dirijo al despacho de Carla. La puerta está abierta y ella está sentada en su escritorio, concentrada con el papeleo.

—¡Hola, Carla! —saludo con entusiasmo, entrando en la oficina.

—¡Leah, querida! —responde ella, levantando la vista y sonriendo—. Pasa, siéntate.

Me siento frente a ella, curiosa por saber de qué quiere hablarme. Ella respira hondo y empieza a hablar:

—Leah, he estado pensando mucho. Me hago mayor y este trabajo requiere una energía que ya no tengo. He tomado una decisión importante y quiero proponerte algo.

La miro, expectante y algo nerviosa.

—Claro, dime.

—Quiero traspasarte la escuela de danza —dice, mirándome fijamente a los ojos—. Quiero que seas la directora. Este negocio siempre ha sido familiar, pero nunca he tenido hijos, y tú eres lo más parecido a una hija que he tenido. Los alumnos y padres te conocen y confían en ti. No hay nadie mejor que tú para continuar con mi legado.

Me quedo sin palabras por un instante, asimilando lo que acaba de decir.

—Carla, no sé qué decir... —murmuro, emocionada.

—Solo di que sí —responde ella, con una sonrisa cálida—. Sé que amas esta escuela tanto como yo, y que la cuidarás y harás crecer como se merece.

Las lágrimas empiezan a llenar mis ojos mientras asimilo la magnitud de su propuesta. Carla ha sido mi mentora, mi amiga, casi una segunda madre. La idea de seguir sus pasos y dirigir la escuela es un honor inmenso.

—Sí, Carla, claro que acepto —digo, con la voz entrecortada por la emoción—. Haré todo lo posible para estar a la altura.

Carla se levanta y me abraza con fuerza.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso, Leah.

Nos sentamos y empezamos a hablar sobre los detalles del traspaso. La emoción crece dentro de mí mientras Carla me explica todo lo que implica ser la directora de la escuela. Mi mente está llena de ideas y planes para el futuro.

Después de un par de horas, salgo de la escuela con una mezcla extraña de emociones. Subo a mi Jeep y conduzco de vuelta a casa, deseando compartir la noticia con Álex. Cuando llego, lo encuentro en el jardín, arreglando algunas plantas.

—Amor, tengo algo increíble que contarte —digo, sin poder contenerme ni un segundo.

Él se gira y me mira, intrigado.

—¿Qué pasa? —pregunta, acercándose.

—Carla me ha ofrecido traspasarme la escuela de danza. ¡Voy a ser la nueva directora!

Él me coge entre sus brazos y me levanta en el aire, riendo.

—¡Es una gran noticia, amor! Sabía que lograrías grandes cosas. Estoy tan orgulloso de ti.

Nos besamos y abrazamos, compartiendo la alegría del momento. Álex siempre ha sido mi mayor apoyo, y saber que está tan emocionado como yo hace que todo esto sea aún más especial.

—Hay que celebrarlo —dice, con los ojos brillantes de felicidad—. Vamos a invitar a todos a cenar. ¿Te parece?

Asiento con entusiasmo. Llamo a mis padres mientras él se encarga de avisar a los demás, y pronto estamos todos reunidos. Beca y Marcos, Izan y Laura, mi cuñada desde hace poco más de un año, y Lucas, además de mis padres.

Disfrutamos de la deliciosa cena que Álex ha preparado con todo su cariño. La mesa se llena de risas y conversaciones, creando una atmósfera acogedora. Los aromas de los platos recién preparados se mezclan con el sonido de los brindis y las anécdotas que compartimos. Beca y Marcos narran historias divertidas de su reciente viaje a México, mostrando fotos y recuerdos que provocan carcajadas a todos. Izan y Laura se miran con complicidad, comentando sus planes para el futuro, mientras mis padres sonríen orgullosos al vernos a todos juntos.

La conversación fluye de un tema a otro, desde recuerdos de la infancia hasta sueños y aspiraciones. Lucas bromea con Álex sobre sus habilidades culinarias, mientras yo observo a cada uno de los presentes, sintiendo una profunda gratitud.

Álex se pone en pie y levanta su copa.

—Quiero hacer un brindis —dice, atrayendo la atención de todos—. Por Leah, que ha conseguido lo imposible y que siempre nos inspira a todos con su dedicación y pasión. Y por

todos nosotros, por estar aquí, juntos, y por los maravillosos momentos que aún nos quedan por vivir.

Todos levantamos nuestras copas, y el sonido del cristal al chocar resuena en el aire. Siento una oleada de emoción mientras miro a mi alrededor, observando los rostros de las personas que han estado conmigo en cada paso del camino.

Mientras observo a mis amigos y familiares, me doy cuenta de que ya lo tengo todo. He encontrado mi lugar en el mundo, rodeada de personas que me quieren y me apoyan incondicionalmente. Este siempre ha sido mi verdadero sueño, y ya puedo decir con seguridad que lo he cumplido.

FIN